

P A U L A C O N T R E R A S



CUENTOS

CUENTOS

PAULA CONTRERAS

I.S.B.N. 84—7755—040—9
Depósito Legal: GR 1.169/1993

Talleres de Ediciones ANEL, S.A.
Polígono Industrial Juncaril. Albolote. Granada.

*Para mi amiga Paula con cariño,
respeto y admiración. Soy feliz al
saber que tengo un huequito en
el panalillo de tu corazón.*

M.^a Victoria Gallardo

Había una vez... una niña, de chispeantes ojos traviosos y larga trenza apretada.

Era una niña mágica.

Dios le puso un dedo en la frente y los duendes de las viñas, los pagos y los lagares bailaron sobre su cuna.

Nueve amas tuvo. Difícil crianza. Pero la niña se agarró a la vida con sus manecitas seguras y fuertes, y a pesar de la mezcolanza láctea, floreció y cuajó, llevándose de cada abrazo la energía que le acompañaría ya por siempre.

Su última ama (Soledad se llamaba) la llevó a la feria de ganado de Montilla. Sin permiso de los padres iban. La niña escondida en un serón de la mula, sobre la que cabalgaba el ama.

Llovía, resbaló el animal y cayó descargando todo su peso sobre el costado en el que portaba a la niña mágica.

Cuando se levantó al animal, ante las miradas aterradas del ama y las de los allí presentes, cuando sacaron el serón y de éste el bulto que abrieron temblorosos, apareció la niña viva y riendo.

Entonces todos comprendieron que era una niña mágica.

La niña crecía, paseaba mirando a los bichitos del suelo y a los pájaros del cielo. Se fijaba en todo de tal manera que su imaginación les

componía historias, pequeños cuentos, largos cuentos, que envolvían a su infancia en un halo de oro solo visible para ella.

A veces por las noches, sentada con otras niñas en la era, bajo un tachonamiento sensual de estrellas, cantaba cantares antiguos.

Ella podía dar vida a los árboles y a las nubes o conferir el don de la palabra a los gatos y a las gallinas.

La niña crecía, estudiaba, casaba, tenía hijos... y escribía.

Contaba a solas con el blanco papel, en cualquier rincón de la casa, tierna de amor de Puerto Real, historias de pasión y vida casi siempre en el marco de aquellas tierras de su infancia, hechas mito en su alma.

Y la niña ya era abuela. Ya no tenía las trenzas prietas, sino una hermosa aureola de plata ondulada sobre su cabeza. Lo que si seguía teniendo eran los mismos ojos pícaros y traviesos que miraban a las estrellas desde la era Chacón.

La niña-abuela, cuyo corazón era panal de mieles y almohadilla para recostar la cabeza, seguía contando cuentos.

—Escríbelos abuelita, decían sus nietos, para que los podamos leer cuando estemos lejos.

—Escríbelos Paula, decían sus amigos, que no se vayan a olvidar con el tiempo.

—Escríbelos...

—Escríbelos.

Y la niña-abuela los escribió.

Aquí están. Bueno, aquí están algunos, hay para más libros.

Esta es la primera recopilación hecha por su autora, sacándolos de entre sus compañeros, que quedan, esperando la hora de la luz, entre sus papeles llenos de letras apretaditas, iguales y hermosas.

Dice García Márquez:

—El cuento, no tiene principio ni fin; fragua o no fragua. Y si no fragua, la experiencia propia y la ajena enseñan que en la mayoría de las veces es más saludable empezarlo de nuevo por otro camino o tirarlo al cubo de la basura.

Los cuentos de Paula Contreras, fraguan, fraguan desde el primer párrafo, fraguan en el calor del corazón de su autora y en la imaginación de quien los lee.

Son cuentos para leer y releer, para pensar, llorar o reír, para llevárselos a la cama o al campo, para comentarlos sobre la mesa camilla o aprendérselos de memoria. Los cuentos de Paula Contreras no son para olvidarlos. Nacen de la tierra, de lo hondo y ancestral, y poco a poco se elevan buscando los círculos astrales del amor, la fantasía y la fe.

Los cuentos de Paula Contreras nos hacen buenos.

Cádiz, 1993
M.^a Victoria Gallardo Núñez

A MIS NIETOS

Cuando era niña le suplicaba a mi abuelo que me contara cuentos y los escuchaba mientras asábamos en las ascuas de la chimenea bellotas y castañas. Mi abuelo cada año contaba el mismo, al que llamaba "La Torre de la cabrilla", pero nunca lo terminaba; igual le pasaba a mi hermana Carmen con su cuento que llamaba "Transfurgao"; nunca supe el final, y como al abuelo y a mi hermana les resultaba molesta con tanto —"Cuéntame un cuento", dejaron de hacerlo, y fue entonces, tan pequeña que aún no sabía ordenar ni las letras ni los números, cuando empecé a inventarlos.

Cuando me regalaron el primer libro de cuentos, editado por Calleja, descubrí una mina maravillosa para alimentar mi desbordada fantasía.

Y cuando vosotros llegásteis a enriquecer mi vida, se formó en mi mente la idea de ir escribiéndolos y aquí están parte de ellos.

Seguiré escribiendo más, si Dios quiere, puesto que os gustan; creo que porque sabéis que cada uno se basa en un hecho real.

Para mi, estos deseos vuestros son el mejor regalo, la más bella compensación. ¡Benditos seáis!

Puerto Real, 17-08-1993

INDICE

UN FICUS INDICA	17
UN NIÑO FELIZ	29
LAS PALMERITAS CAMBIARON DE NOMBRE	37
EL NIÑO INAPETENTE	43
LA GATA PARIDA	49
PAPA EOLO, MAMA EOLA Y EOLITO	73
GATOPOLLO	81
EL GALGO CUCO Y EL GATO MICHI	103
LA GALLINA CATI Y EL POLLITO ALVI	121
TRISTAN	127
EL OLIVO DE LAS DISCORDIA	141
LA PERRA DE LA BOVEDA	151
TENSA Y GOCÚ	161
LAS CAÑAS ABANDONADAS	175

EL FICUS INDICA

*A mi nieta Silvia que creció
a la sombra del Ficus que yo planté.*

La primavera se acerca. La noto en mis raíces. La tierra está jugosa, suave, tierna, mullida. Mi savia sufre una alteración; hay en lo más hondo del terreno que ocupo un bullir que se traduce en un leve cosquilleo que me sube por el tronco. La primavera es eso: júbilo, alegría, color, ruido. Dicen los humanos: "La primavera ha venido y no sabemos como ha sido". Yo sí lo sé; lo sabemos todos en este jardín. La Palmera lo ha dicho algunas veces: —"Siento un calorcito y unas cosquillitas en mis raíces como si las hormigas jugaran en ellas...; y calculo la llegada de la primavera también, porque en los nidos que albergo entre mis palmas hay demasiado movimiento y los pajarillos cantan con más fuerza..." —El Heliotropo dijo muchas veces: "Sé que llega porque el Sol me besa con más pasión..."

¡Pobre Heliotropo! Vivió muchos años cerca de mí, en el rincón del fondo; ya estaba él aquí cuando a mí me trajeron; se recostaba coquetón sobre la pared; era hermoso y os regalaba su perfume generosamente. Se escuchaba decir a los que entraban en el recinto:

—¡Qué maravilla de Heliotropo! ¡Qué hermosura! ¡Parece un árbol...!

Era vanidoso y a toda costa quería que no se interrumpiera su amistad con el Sol y le buscaba las vueltas y solo se rendía cuando al llegar el ocaso pardeaba la tarde.

Cuando llegué aquí...

Yo era entonces muy pequeñito; sólo tenía alrededor de mi tronquito tres hojitas muy tiernas; tan tiernas, que la señora que me trajo de Cádiz hasta aquí dijo al poner mi cunita en el suelo:

—Son tan delicadas estas hojas que parece que puedan romperse con el aliento.

—¿Por qué no escogiste otra planta más fuerte?

—Porque ésta era la más bonita...

Fue esa señora la que llamó cunita al tiesto donde me tenían en la floristería esperando que me comprasen, con el cartelito del precio colgado de una de mis hojas; estábamos toda la familia en fila pero yo un poquito escondido porque me avergonzaba ser el más barato; mis hermanos pasaban con mucho de las cien pesetas y me despreciaban porque yo solo llegaba a noventa; que ellos sobrepasaban los cuarenta centímetros y yo apenas si llegaba a los veinte. Pero la señora, después de mirar a todos, dijo:

—Me gusta éste —y me cogió con una delicadeza, que me pareció la caricia de la brisa al amanecer.

Seguro que mis hermanos sufrieron de envidia al verme salir. En la floristería conocemos la envidia, la vanidad y el sufrimiento. No hay otro mayor que no poder convivir con el aire, con la lluvia, con las estrellas, con la Luna, con el Sol... Cuando cierran la tienda al público, la angustia se apodera de nosotros y deseamos con todas nuestras fuerzas ser llevados al campo, al parque, al jardín, al patio...; cuando nos quedamos solos vamos contando nuestras esperanzas: aire, viento, huracán, espacio para estirar en todas direcciones nuestras raíces, Yo, una noche en que apenas podíamos respirar, dije tímidamente: —"Me gustaría salir pronto de aquí...", y no pude seguir hablando porque todas las plantas y hasta mis hermanos los Ficus, se rieron de mí.

—¡Infeliz! —sentenció un rosal de blancas y cándidas rosas— Nadie te llevará. ¡Infeliz, te pudrirás aquí dentro!...

¡Pero salí! Salí loco de orgullo y de vanidad; ya no sufriría más humillaciones... Pero ¡ay! que al llegar aquí volvieron mis sufrimientos por culpa del Heliotropo y de la Palmera.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó ésta.

Yo contesté con orgullo: —Me llamo Ficus Indica.

—¿Ficus...? ¿Y qué eres, una yerba, una mata o un arbusto?

—Soy un árbol corpulento.

En lo alto de la Palmera hubo una gran agitación; todas las palmas batían el aire como si estuviesen de fiesta; más tarde supe que se burlaban de mí cuando siguió hablando: —¿Has oído, Helio? ¡Un árbol...!

Y Heliotropo contestó: —¡Y corpulento...!

Luego se desentendió de mí haciéndole arrumacos al Sol. Y yo quedé tan abatido que no advertí que la señora me sacaba del tiesto y me plantaba en la tierra.

—¿Tiene raíces...? —preguntaba el señor.

—Puede que las tenga pero no se notan.

Me regó. El primer riego. Sentí a mis tres hojitas reírse y brillar; mi cuerpecito se estremeció de gusto; la tierra se esponjó y abrazó mi pie; luego sentí como trepaba la savia por el tronquito hasta llegar a la punta. Muchísimas veces he sentido este placer, pero nunca tan grande como el primero, porque ese día, además del baño, tuve otra satisfacción que vino a borrar la amargura que me hicieron sentir las palabras de la Palmera y el desprecio del Heliotropo. Ocurrió que, con el gozo del agüita, miré a mi alrededor, para conocer a mis otros vecinos: rosales que me ignoraron, un celindo que apenas me miró; cerca de mí, a ras del suelo, había una espesa capa de hojas verdes; entre ellas, asomó una flor con un perfume que me pareció que untaba mis hojitas.

—¡Qué grande eres! ¿Cómo te llamas?

¡Me había llamado grande! Por la emoción me temblaba la voz al decirle:

—Me llamo Ficus Indica y soy un árbol corpulento.

—¡Ya se ve, ya! —decía con admiración— Seremos amigos. Yo me llamo Violeta.

Así fui rodeado de hojas verdes y de violetas que me abrigaron de los fuertes vientos.

—Hay tierra para todos —decían ellas— nuestras raíces están muy cerca de la superficie; las tuyas ahondarán...

Y ¡vaya como ahondaron! Yo las sentía alargarse y engordar; tomaron un color de paja y mamaban la tierra y se hicieron tan fuertes y tan

trabajadoras que transmitieron su fuerza a mis tres hojitas. A los pocos días se hicieron tan fuertes y tersas que la señora al verme exclamó:

—¡Qué delicia! Las hojas son más grandes y parecen de hule...! — luego, dio un gritito de alegría: —Mira, mira, vá a nacer otra hoja...

Así comenzó mi vida en este jardín. Antes del año alcancé en altura al Heliotropo y me nacieron pequeños brazos. Pasaba el tiempo y ya con hermosos brazos y robustas hojas fui un obstáculo para los amores del Heliotropo y el Sol porque mi sombra se interponía entre ellos. En vano me suplicaba:

—Aparta tus ramas... No me quites mi amor...; sin el Sol no puedo vivir, ¡por caridad, no me quites sus besos...; si me faltan sus caricias moriré y tú, Ficus feísimo, serás el causante...!

Me llamó Ficus feísimo. La Palmera aireó su copa.

"Algún día, —pensé, porque lo deseaba con ansia— seré superior a tí, altiva Palmera".

Lo curioso era que el Sol no parecía molesto conmigo y esto me pareció de un gran valor.

Un día, la señora trajo un Ficus Benjamina. Lo plantaron en el otro extremo del arriate, cerca de la escalera que daba acceso a la azotea. Mi pariente era precioso: alto, esbelto, de hojas como miniaturas de las mías, que se balanceaban en el aire y jugueteaban con la luz. Era la admiración de los visitantes porque, de haber nacido humano, hubiera sido un bello doncel, un efebo lleno de gracia y picardía. Durante algunos años disfruté viéndole crecer.

Dicen que no hay dicha ni desgracia que cien años dure. Eso dicen ellos. Mi dicha, la de mi crecimiento, la de mi amistad con las violetas y las margaritas que llegaron más tarde al pie de la Palmera, fue muy corta, porque poco a poco fue cambiando el jardín. El jardín y la gente. La casa fue ocupada por un joven matrimonio y la señora que me compró espaciaba sus visitas.

Desapareció el Heliotropo ya que yo no dejaba al Sol; una muerte romántica; murió de amor; no pude evitar aquella crueldad; el Heliotropo era bello y su perfume enriquecía el aire del jardín; no pude evitar su muerte; a medida que se hinchaba mi tronco y mis brazos, y mis hojas

formaron una copa ampulosa, el Heliotropo fue descarnando sus varas, amarilleando y dando por flores unos remedos ridículos.

Ambicioso me llamaron los rosales y el celindo, y yo no podía impedir que, en los hondones de la tierra, mis raíces, como aceradas serpientes, trabajasen para alimentar la savia que corría por todo mi ser en aluviones frescos y dulces. Cada primavera era anunciada por torrenceras de júbilo, con elevaciones de trojes imaginarios almacenando substancias para el parto de amor. Cada primavera...

Todo iba cambiando: la casa y el jardín. Por eso hubo que talar a mi familiar Benjamina por el pie casi a ras de la tierra. Fue una muerte indigna. Quedaron sus raíces sepultadas y por la herida del tronco fluía la savia por el suelo en un llanto inútil ¡si al menos hubiera sido abatido por el viento...!

Pasaron muchas cosas. Muchísimas. El jardín se iba transformando. Y un día ¡bendito día! colocaron al amparo de mi sombra a una niña preciosa: la llamaban Silvia y era como un trozo de naturaleza: sus ojos, que miraban el balanceo de mis hojas, eran profundos, brillantes y me parecieron dos estrellas posadas en su cara, iluminando las manzanas de sus carrillitos y las cerezas de sus labios y el movimiento alado de sus piernas y brazos. Junto a mí aprendió a andar y, apenas dio los primeros pasos, aparecieron por aquí dos muchachotes que reían, lloraban, comían, hacían sus necesidades a la par; yo esperaba con deleite sentirlos algún día subir por mis brazos para montarse en las tapias; con ellos continuaban disfrutando del jardín los perros que nunca han faltado en la casa. Y aún no podían andar los muchachotes cuando apareció otro nuevo: hermoso, rubio, blanco con unos ojos tremendamente grandes y seguros. Así que ya tenía yo familia: Silvia, Ignacio, Javier y Gonzalo.

Habían achicado el jardín y agrandado la casa, pero ya no era suficiente y capaz para albergar a la familia.

Durante un año, la casa y el jardín fueron teatro de grandes reformas. Cada día temblaba yo temiéndole al hacha; se me desgajaban las ramas... "No importa —me consolaban mis raíces— son pequeñas heridas... ¡no pasará nada!" A veces escuchaba con escalofríos de muerte: "Ese Ficus estorba..." Y mi agonía se agrandaba acordándome de Benjamina; y llegué a envidiar a la Palmera cuando decían los hombres: "No. La Palmera no estorba porque además es muy alta y no quita sol..."

Hubiera querido crecer, crecer y crecer en los momentos en que se discutía mi vida. Y lo más triste fue la soledad: ni rosales, ni enredaderas, ni el celindo, ni margaritas, ni violetas; todos murieron bajo capas de cal y escombros. Mi soledad. Mi tremenda soledad, porque la Palmera aumentaba mi sufrimiento hablándome de su familia; no tenían desperdicio, hasta los cogollos o palmitos servían de alimentos a las personas, y formaban oasis en los desiertos, y daban dátiles tan dulces o más que los higos, y sus palmas acompañaban en las procesiones y eran bendecidas, y daban aceite y miel y asilo a los pájaros... Por cada una de mis hojas me llegaba el trallazo de sus palabras y las sufría en silencio. No quería hablar con la fatua aunque hubiera podido decirle tantísimas cosas de mi familia las moráceas, que somos más de seiscientas especies; le hablaría de la higuera común, del sicómoro, de la higuera del caucho, de la Benjamina que da la goma laca (aunque la Benjamina de este jardín no pudo producirla); hasta le hablaría de la higuera infernal que produce el aceite de ricino; y le diría también que yo soy Ficus Indica, que he nacido para dar sombra y adornar paseos y jardines públicos.

¡Para qué hablar con una engreída! Seguí con mi soledad y con mis temores tan justificados.

¡Un año tardaron en volver a vivir aquí los niños, sus padres y sus abuelos! Cuando a la noche se apagaron las luces de las habitaciones yo hice recuento de todas mis alegrías. Que estábamos ya en familia; que junto a mí, estaba la casita, casi de juguete, donde iban a vivir los abuelos y enseguida me di cuenta de que mi tupido follaje iba a ser un alivio para la abuelita a quien el Sol molestaba hasta sentirse enferma, y que mi alta copa iba a ser como otro techo que librara al abuelito de los rigores del verano; por eso me sentí satisfecho y útil. Y en la primera mañana del retorno de la familia me di cuenta de que ésta había aumentado. Otra niña. Martita. Fui para ella y para el perro una madre más; más que la abuelita Teresa y más que Julia, que cuidaban de la niña. Yo era igual: a mi amparo ni calor, ni viento, ni peligro. Y fuimos todos muy felices aunque ellos tuvieron enfermedades y sinsabores propios de los humanos. Pero yo fui plenamente feliz: rodeado de niños, piropeado por los mayores, soportado gallardamente por la abuela Teresa, que cada día tenía que limpiar el suelo regado por las hojas que se me desprendían.

Presente en reuniones, juegos y fiestas. La primera Comunión de Martita. Todos buscaban mi sombra. Ese día me di cuenta de que la familia es grande y los amigos numerosos. Disfruté mucho. Todos disfrutamos.

Y un día comprendí lo que es desaparecer. Aquella mañana triste se fue la abuela Teresa. Ya no tiene que soportarme pero a mí me gustaría seguir oyéndola: —"Este árbol da mucho trabajo..."

Más de veinte años llevo plantado en este jardín. Soy hermoso y soy útil. Miro con amor a los rosales, a las enredaderas, a los jazmines y a la Palmera. A la Palmera también, porque he comprendido que es natural su orgullo, porque es alta, firme, bonita, acogedora y sufrida; de vez en cuando la despojan a la fuerza de algunas de sus palmas y ella responde subiendo más alto; no sabe decirme los años que tiene; dice que la trajeron muy chiquita con otras más que luego al paso de los años fueron taladas para edificar en su tierra hecha solar; que este jardín era muy grande y en él cabían las palmeras, cedros, y árboles frutales. Y que siempre ha temido por su vida...

Cuando me dijo esto empecé a quererla. Ahora ella y yo pensamos y deseamos las mismas cosas: que nuestra Silvia, la primera flor de este jardín humano, celebre aquí sus mejores fiestas; y que los mellizos, Ignacio y Javier, traigan por aquí a sus amiguitas o sus novias; lo mismo Gonzalo, el de los ojos seguros. ¿Y Martita? ¿Podría ser una pintora que nos inmortalizara? ¿Podría cantarnos en poemas? Nos basta con que nos quieran y cuiden. ¡Dios bendiga a esta familia!

La primavera se acerca. No he querido pensar en lo que me atormenta de un modo atroz. He estado recordando cosas para no pensar en esta primavera que se acerca para hermoear la vida, para hacerla plenitud. Estaba sintiendo los pasos de la primavera. Cuando en estos días pasados en que ha llovido tanto y los humanos renegaban del agua y del frío, yo sentía el vaho caliente de la tierra y me he estremecido de placer cada vez que he notado la savia impregnando todas las fibras de mi cuerpo, de la suavidad húmeda del suyo en afán de posesión. Llega la primavera. La deseo ardientemene. Me hermoeará aún más. Cada rama asistirá gozosa al prodigio del parto feliz: hojas y hojas y tal vez pueda en alguna axila nacer un pequeño y dulce fruto.

Esto es un bello sueño. La realidad es que está llegando y yo estoy triste. Unos hombres han llegado hasta mí, me han atacado y herido sin compasión. Han subido hasta mi copa, por mis mismos brazos y han destruido la hermosa bóveda que subía por encima de las azoteas. Me han mutilado. Me han desnudado. Solo en un brazo han dejado algunas hojas (de hule o de porcelana). Yo era un coloso y ahora... ¿qué soy ahora? No comprendo por qué han hecho esto conmigo. Yo solo he cumplido la misión que el Creador puso en mí: crecer, dar sombra y facilitar al aire su fragancia.

La Palmera me mira entristecida y calla.

Llega la primavera y me encontrará fea y triste. ¿Qué hará la savia? Me estremezco al recordar la muerte de Ficus Benjamina: sus bonitas y delicadas hojas queriendo en vano embellecer su tronco abatido sobre el cesped mientras la savia empapaba la tierra en la inutilidad de su germen de vida... ¡Mi savia!

Alguien dice en el jardín: —"¡Qué feo está el Ficus...!"

No quiero ver a la gente. No la quiero oír. Me siento muy desgraciado.

La Palmera me habla por fin. Es de noche. Muy tarde. Y todas las estrellas están mirándome.

—¿No te fijaste nunca en que podan los rosales y el jazmín?

Yo callo. ¿Cómo puede comparar mi fortaleza con la ternura de esos bellos arbustos?

—¿Sabes lo que yo hago cuando podan mis palmas? Seguir creciendo mientras cicatrizan las heridas y entretanto mi savia se acumula sobre las palmas que quedan y hace que nazcan otras...

—Pero a mí solo me quedan algunas hojas...

—La savia hará que nazcan más y más fuertes... Es el milagro de cada año... Es el milagro de Dios. Y el Sol, que ahora puede acariciar tu tronco y tus brazos rotos, hará que por cada beso te estallen nuevas ramas.

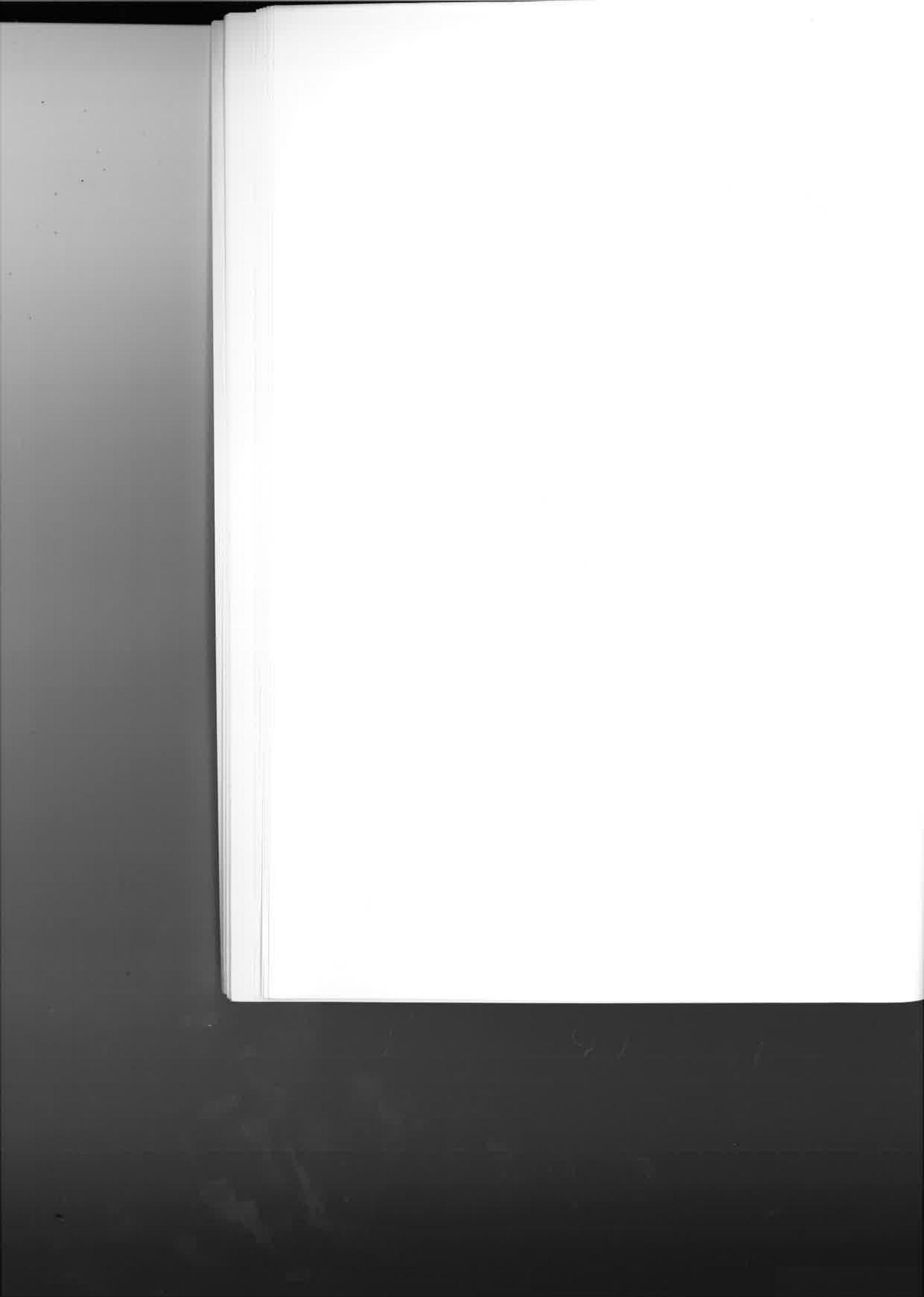
Las estrellas me siguen mirando. Me guiñan como si fuesen cómplices de la Palmera. La Luna se ha parado para alumbrar los nidos. Un viento agudo limpia mis heridas.

Es buena la esperanza. Ya se esconden los luceros. Se aclara el cielo. Ya va dorándose por donde ha de asomar el Sol. Ya llegan los rayos como agujas larguísimas. No hay ningún impedimento para que llegue hasta mí: me bañará por arriba y por abajo; estoy ya inmerso en su calor; toda la savia sube impetuosa y no se derrama; parece querer salir por todos los poros de la envoltura de mi cuerpo; estallará en hojas; siento el aliento del Sol en los besos que recorren mis maderas; y siento estremecimientos de placer en lo más recóndito de mis raíces... ¡Bendito Sol! ¡Bendita esperanza!

Hay que superarse y vivir.
Llega la primavera.
Me acuerdo de Heliotropo...

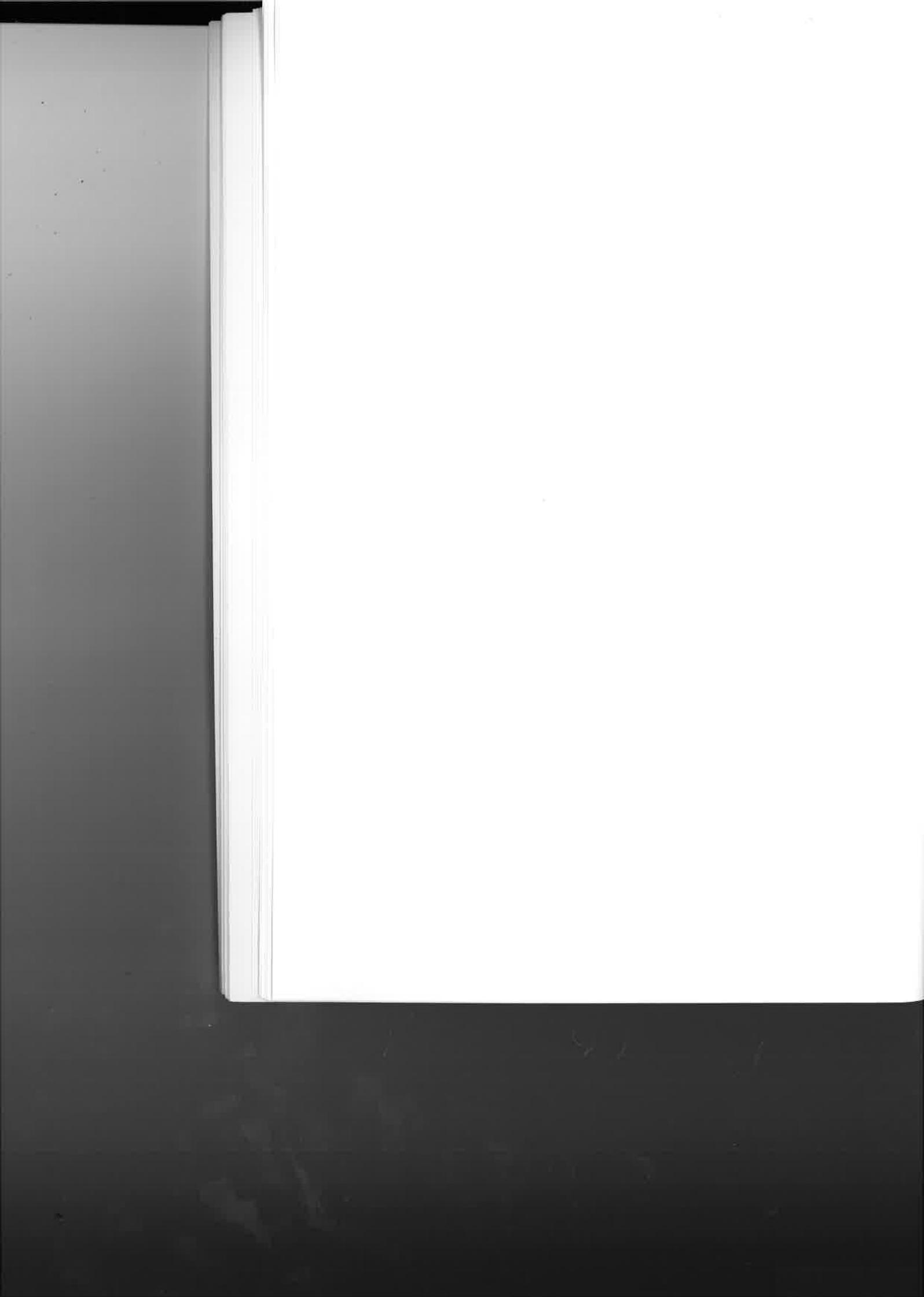
Puerto Real, marzo 1988

Paula Contreras



UN NIÑO FELIZ

*Al niño Jacinto García Naranjo,
que fue claridad y resplandor,
en los días pálidos y alegres, por
las lluvias.*



Pues señor...

Erase una vez, que, en el País de la Blancura Indómita, vivía un niño feliz. Y era feliz por muchas cosas: tenía unos padres que lo adoraban y tres hermanas que lo mimaban; con solo esto, ya era feliz; pero había más: una escuela, unos maestros, una iglesia y el aprendizaje del catecismo que, a su vez, habían aprendido antes sus hermanas, sus padres, sus abuelos y los abuelos de sus abuelos; con solo esto, ya era feliz; pero había más: vivía en el País de la Blancura Indómita; con solo esto... Porque el País de la Blancura Indómita era un país de ensueño, de cuento, de dibujo. Parecía irreal, pero era de verdad; estaba colgado de unos picachos y las casas se juntaban unas con otras para no caerse, y formaban calles extrañas; unas subían, otras bajaban; a veces, jugaban a hacer placitas, y otras se juntaban y se alargaban hasta tocar el abismo, que las gentes llamaban el Asomadero, y lo habían bordeado con barandas de hierro para que las calles no se escaparan a jugar con el río y a meterse entre los árboles de raíces gordas, que siempre se estaban bañando. ¿Por qué no se llamaría el País de las Calles Indómitas?

Os lo diré: la blancura del País era tan pura, tan penetrante, tan brillante, tan fuerte, tan nívea, que no había otra igual en los Países colindantes, ¡cómo sería que hasta los atardeceres que en otros países son dorados, azules, violetas, grises, rojos, allí eran blancos! Y las piedras que formaban los picachos sentíanse humilladas por ser grises, de un gris plateado, pero grises, y, solo cuando llegaban los inviernos, les bullía en las entrañas el orgullo de ser blancas; los picachos aguardaban cada año con impaciencias de enamorados —los Picachos requerían de amores a las

calles y casas del País— la llegada de las nieves. ¡Cómo gozaban! Y cantaban una canción que todos escuchaban embelesados:

*San Cristóbal y Mahón,
juegan al amor.*

Porque no os había dicho que los Picachos tenían nombre; había muchos Picachos, arriba, abajo, enfrente; pero los que mandaban eran San Cristóbal y Mahón. San Cristóbal era grande, grande, y siempre estaba jugando con las nubes; cuando atrapaba a una se hacía con ella una bufanda, o un gorro, o una capa; Mahón se extendía protector y decía, cantando siempre:

Mi amor, mi amor...

era una cantinela preciosa que "tos" entendían y agradecían.

¡Ay, el País de la Blancura Indómita!

¡Ay, el País extraño y embrujado!

Cuando llegaba la noche ocurrían cosas extraordinarias. Entre San Cristóbal y Mahón se entablaba un diálogo que escuchaban atónitos los demás Picachos. Entre los dos colosos se daban el parte del día: Mahón relataba los acontecimientos de las gentes, de las casas, de las calles...

—Hoy ha nacido una niña.

—Hoy salió a pasear el abuelo de...

—Hoy se recibieron muchas cartas de los emigrados...

—Hoy han dado cal a la casa vieja de la esquina...

—Hoy había música en la Alameda...

—Hoy...

—Hoy...

—Hoy...

Y San Cristóbal preguntaba:

—¿Y vosotros, qué contáis...? —y nombraba a cada Picacho.

Lo que escuchaba lo ponía triste:

—Me han talado los árboles más bonitos...

—Me arrancaron unos pinsapos que prometían ser los más hermosos del País...

—Hurgaron en mis entrañas, en mis cuevas, en mis madrigueras, matando...

—Persiguen a mis aves...; destrozan nidos...

Y San Cristóbal:

—¡Hombres...! ¡Hombres...! No me dejen tranquilo...

Abajo, los Picachos se iban haciendo tiernos, porque la tierra iba cubriendo sus piedras; se hacían casas, huertas, se plantaban árboles frutales y de adorno, y empezaron a vivir muchos animalitos que era sumisos al hombre. Pero aquellos animalitos también estaban embrujados y escuchaban las canciones de los Picachos y hablaban entre ellos. Bueno, todos los animalitos no podían hablar; solo lo hacían los que se criaban al pie, sombra y amparo de un Picacho solitario y soberbio que se llamaba Audita; Audita hablaba directamente con San Cristóbal y Mahón, porque él, antes de ser despojado de sus rocas, fue muy importante y todos le respetaban.

Pero bueno, decíamos que en el País de la Blancura Indómita vivía un niño feliz. Todos los niños son felices, es cierto, pero este era más feliz que ninguno. El día que nació...

Ese día fue de fiesta. San Cristóbal se lo dijo a las nubes y les encargó que lo participaran a las lluvias y a todos los vientos; y ordenó además, que cada Picacho diera la noticia a sus animales, árboles y plantas. Y todos supieron el acontecimiento: los pinsapos, los algarrobos, las encinas, las higueras y las más insignificantes matitas; el mirlo, el petirrojo, el colirrojo y todas lasavecillas; y las grandes: el pajarraco, el gavián, el azor, el cuervo, el águila real; la víbora, y la culebra, el conejo, la garduña, el gato montés, la cabra montés...

Y el Mahón fue encargado de dar cada día noticias del niño porque podía vigilar su casa.

¿Y por qué tanto alboroto en el País? Pues muy claro: sabían todos que aquel niño sería amigo de todos: de las piedras, de los animales y de las plantas. Lo sabían.

—¿Cómo llamarán al niño? —se preguntaban las rocas, aunque ya le tenían reservado un nombre; el nombre de una flor bonita y perfumada: el niño feliz se llamará Jacinto.

Y Jacinto vivió unos años de viajes, recorriendo mundo, sin parar hasta que volvió a su País para no viajar más. Y por toda la sierra se sintió un clamor de alegría; las piedras, los animales, los árboles, el agua, el aire, todo era como una inmensa voz que repetía:

—¡Jacinto ha vuelto...! ¡El amigo está aquí...!

Y así fue.

¿Qué se decía por el Peñón de Audita? Porque todos aquellos animales estaban embrujados y sabían muchísimo; sabían hasta los días de la semana; y ya el viernes comenzaba el cuchicheo entre los cerdos, las cabras, las gallinas, los conejos, los perros y el gato.

—Mañana es sábado —se decían unos a otros— mañana es sábado y viene Jacinto...

Y al amanecer del sábado, el quiquiriquí en el gallinero era más agudo, y las gallinas aleteaban esponjadas, pechugonas, volviendo a un lado y otro la cabeza en una gimnasia rutinaria, con un cloqueo de satisfacción. ¿Y los cerdos? Perfilando aún más el tirabuzón colgante de sus lomos, mientras hocicaban impacientes. ¿Y las cabras? Con un balido tierno, sus miradas húmedas, sus patitas abiertas, sus chivitas jugando a tener cuernecitos y topar, amigables, al niño; los conejos, los perros, el gato, alegrándose porque el sábado con el domingo eran día grande para toda la familia. Y los conejos, además, sabían que Jacinto cuidaba amorosamente a uno, que era feliz aunque no sabía del disfrute de un campo, gozaba a diario del cuidado y compañía del niño.

A Jacinto lo querían todos, porque había algo en él que era fortaleza de tronco y blandura de hoja recién nacida.

Un día... Se podría decir así, porque aquello fue como un cuento:

Erase una vez, que Jacinto se encontró con una amiga. Una amiga con la que no podía jugar, y sí hablar. Y hablaron los dos y empezaron a quererse. Ella le contaba cuentos y el niño quedaba embelesado; eran unos cuentos inventados en el momento en que él le decía mimoso: —"Cuéntame un cuento..." La imaginación de la amiga era grande, pero el ansia de

Jacinto era mayor; y la amiga recurrió a los cuentos que escuchó en su niñez, cuando su abuelo, para entretenerla, comenzaba a decir: —"Pues señor..., érase una vez..." Y empezaba a narrar el cuento de Las Pencas. Cuando Jacinto lo oyó, quedó prendado del cuentecillo; un cuentecillo que nunca tuvo final, pero a él, como a todos los niños que lo han oído una vez, le embargaba participar en la narración y decir a compás: "De penca en penca, de penca en penca..."

No olvidará nunca este cuento.

La amiga tuvo que marcharse del País de la Blancura Indómita, y dejó al niño feliz con los suyos. Jacinto tuvo un gesto precioso como despedida:

—Toma —le dijo entregándole un paquete— por los cuentos que me has contado..., son almendras...

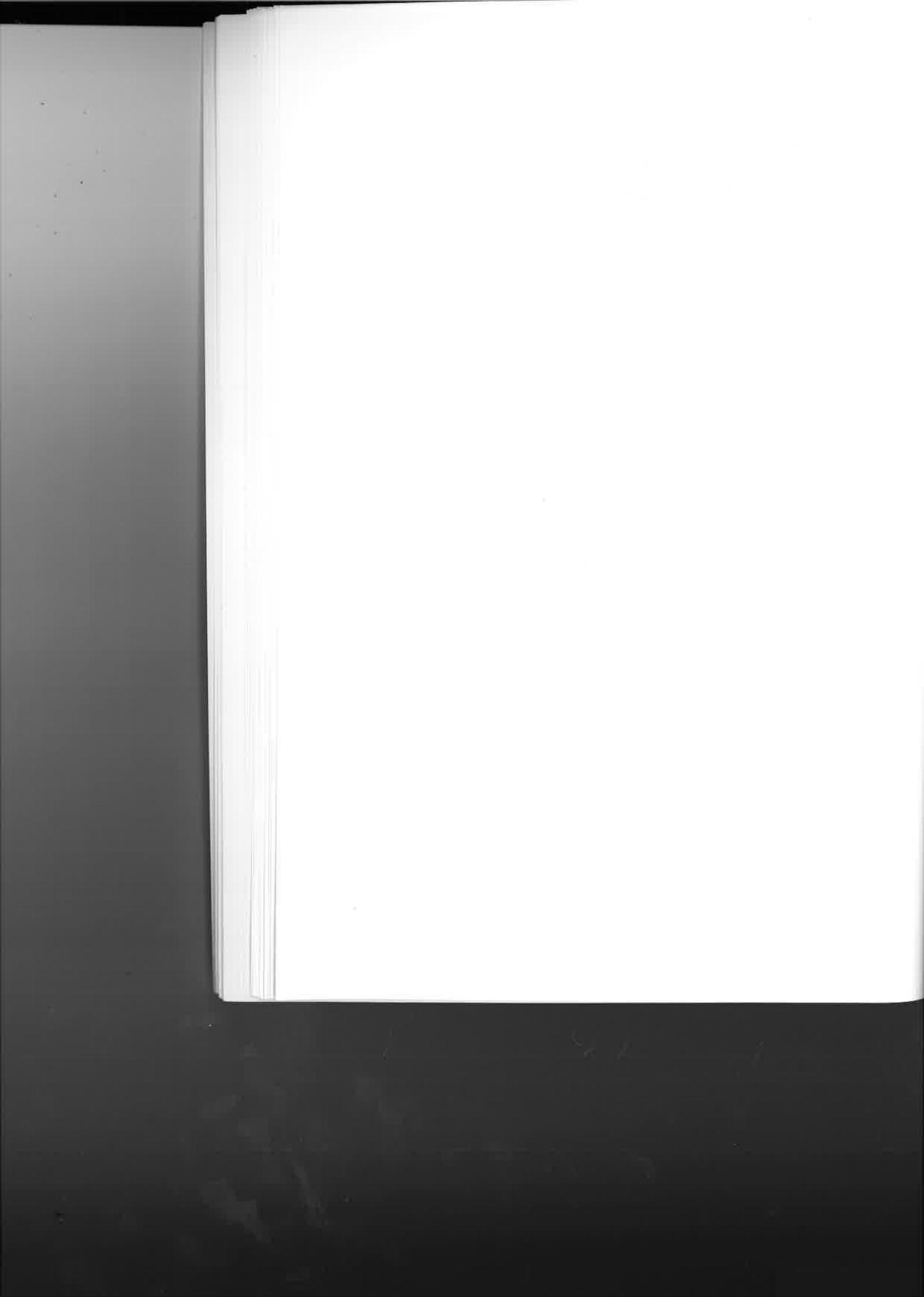
La amiga dejó el País donde la felicidad era de todos los niños, con el corazón apretado y con los ojos húmedos. Atrás quedaban el San Cristóbal, el Mahón y todo: el aire, la lluvia, el río, las piedras, los árboles, las flores, todo con una envoltura de inocencia y esperanza.

En su casa, la amiga, abrió el paquete de las almendras...

¡Oh, poder del cariño! Todas las almendras se habían convertido en oro y brillaban como los ojos del niño feliz.

Puerto Real, 3 mayo 1983

Paula Contreras



**LAS PALMERITAS CAMBIARON
DE NOMBRE**

*A mi nieto Carlos
En Algeciras*



Pues, señor, érase una vez, que...

Vivía una familia en un pueblo muy lejos. Tenía una casita muy limpia, con un patio donde la madre criaba gallinitas y flores. Muchas flores: rosas, alhelíes, azucenas, gladiolos, claveles, margaritas y qué se yo cuántas. Los hijos decían:

—Mamá está loca por las flores...

Y se reían. Eran tres: dos preciosas niñas y un niño muy majo que había nacido el último. El padre, para que las gallinitas no estropeasen las flores, había hecho en el fondo del patio con palos y telas metálicas un sitio a propósito como gallinero, con sus bebederos y sus ponederos. El padre hubiera querido hacer el gallinero más grande, pero no pudo hacerlo porque para eso hubiera tenido que cortar por su base una palmera muy grande que había en el patio, tan vieja, que las pencas eran gordas y grandes y por ellas podría subirse de penca en penca, hasta poder coger dátiles y nidos de pajaritos. Fue por esta palmera, aquel cuento de Periquito y Mariquilla que empieza: "De penca en penca..."

Bueno, pues la mamá no quería que se cortase la palmera, aunque el gallinero fuese más chico.

—Pero, mujer —decía él— al ser más grande, tendríamos más gallinas, y al tener más gallinas, tendríamos más huevos, y al tener más huevos, podríamos venderlos, y al venderlos tendríamos más dinero, y al tener más dineros...

Y ella respondía siempre: —No me cuentes el cuento de la lechera...

(Niños, niños, ¿sabéis el cuento de La Lechera?)

Entonces el padre se enfadaba un poquito y decía:

—Los pájaros me despiertan todos los días al amanecer... Un día, voy a subir de penca y penca y voy a tirar al suelo todos los nidos y los voy a quemar hasta con las crías dentro...

(Las crías son los pajaritos recién salidos de los huevos y que los padres los alimentaban en los nidos, hasta que ellos puedan volar y comer solitos).

Las niñas escuchaban muy calladitas y el niño se iba muy triste al pie de la palmera y miraba para arriba. Los pájaros, como si entendieran, dejaban de cantar. El padre apretaba la boca y las manos y se iba a la calle; la madre entraba en la cocina a preparar la comida y los dulces, que casi todos los días hacía, porque aquellos hijos "son muy golosos". El más goloso, el niño. (¿Cómo se llamaría? Yo no sé el nombre y nadie me lo ha dicho). Al niño le gustaban mucho los rosquitos, los pestiños, las pastas y las magdalenas, que las cocía la madre en el horno. Un día le dijo:

—Mamá no hagas las pastas y los hojaldres siempre igual.

—Pues, ¿cómo los he de hacer?

—Ven —le dijo el niño tirando de la mano de su madre llevándola al pie de la palmera, y le dijo al llegar allí: —Mira para arriba ¿qué ves?

—¡Hijo!, el cielo a través de las hojas de la palmera.

—Pues hazme los dulces como esas hojas...

Ella comenzó a reír y dijo que era muy difícil, pero, que por darle gusto lo iba a intentar. ¡Y lo hizo! ¡Vaya si lo hizo! ¡Claro que no eran como las hojas de la palmera, pero algún parecido tenían y por eso los llamaron PALMERITAS.

Cuando los niños volvían del colegio merendaban y después ¡a tomar palmeritas!

¡Y venga hacer palmeritas!

Pero ocurrió que el niño tuvo que ir, para cambiar de aires, con su abuelita, que vivía lejos, muy lejos y se tardaba mucho en llegar. El estaba muy contento porque tenía muchos amigos, pero en casa de la abuelita no había patio y ¡claro! ni flores, ni gallinas, ni pájaros, ni palmera... Con la abuelita se estaba muy bien, pero las comidas no eran como las de la casa de sus padres; la merienda era siempre igual: leche con cola-cao, que anunciaba la radio y la tele, y galletas o magdalenas. ¡Con las cositas tan buenas que hacía su mamá!

Y ocurrió, que pasó mucho tiempo, muchísimo tiempo, y la madre le pedía al padre que la llevara a ver al niño; por fin un día dijo el padre:

—¡Ea, mañana vamos a ver a la abuela y al niño...!

La madre daba saltos de alegría; lo preparó todo y luego se metió en la cocina y estuvo allí horas y horas, ... (¿Qué estaría haciendo?)

Y llegaron al pueblo de la abuelita. ¡Qué alegría tenían todos! ¡Y cuanto había crecido el niño! ¡Si parecía un hombre! ...Luego la madre sacó de la bolsa una caja que contenía unas bandejitas con... (Ya podemos calcular con qué, pues sabemos que la mamá estuvo muchas horas en la cocina).

El niño miró con alegría la caja y dijo con una gracia zalamera:

—¡¡Lo sabía!!...

¡Ea, ya estaba el cambio del nombre, porque desde aquel día las Palmeritas se llamaron ¡LO SABIA!, y así fueron conocidas desde entonces; y colorín colorado, este cuento se ha acabado..

¡Oh, no! Falta el nombre del niño...

¿Cómo se llama el niño que cambió el nombre a la palmerita?

(¡Ah!, ¿Carlos?... Yo lo sabía...).

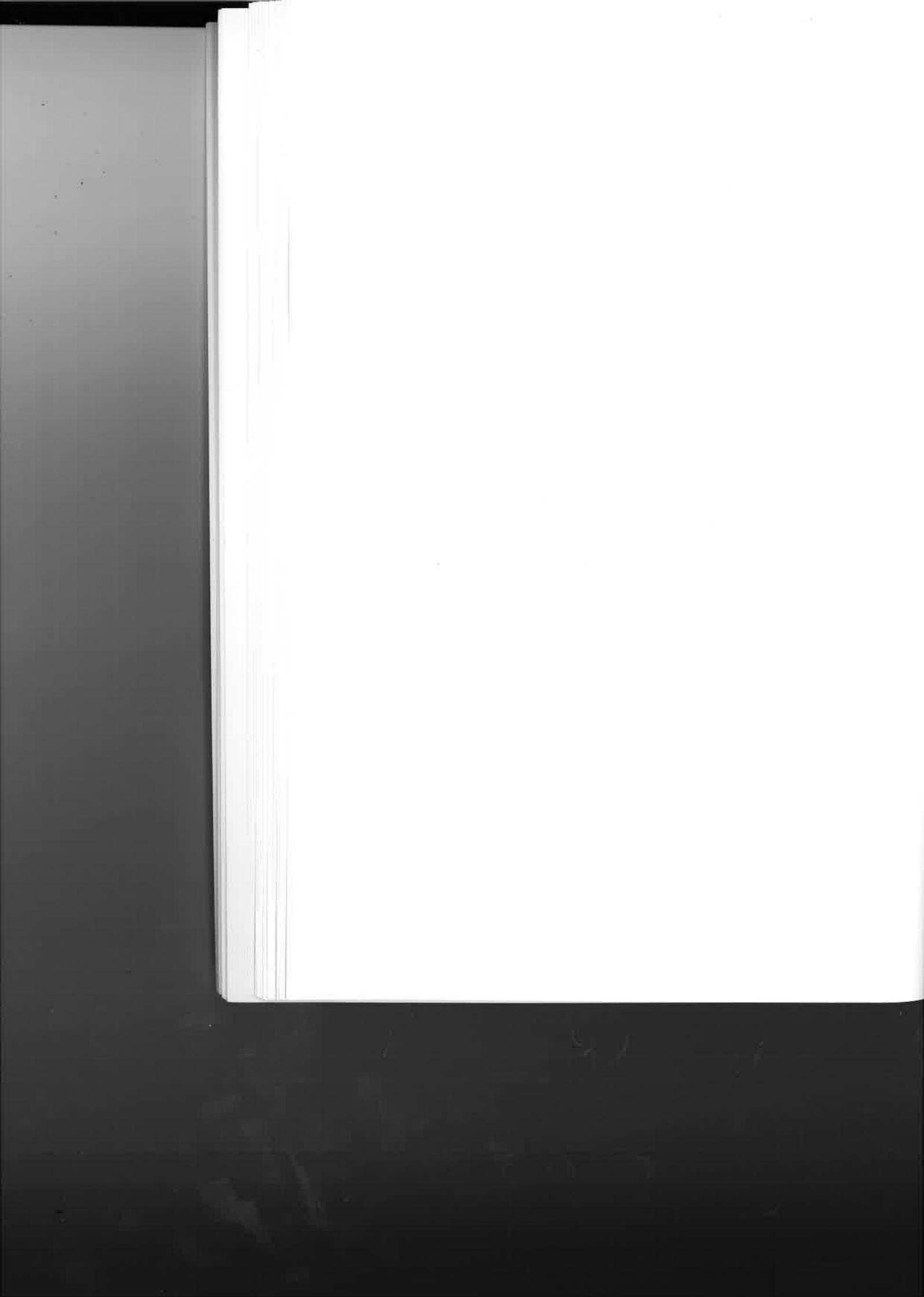
Puerto Real, noviembre 1985

Paula Contreras



EL NIÑO INAPETENTE

*A mi nieto Alvarito en recuerdo
del verano de 1987.*



Como me lo contaron lo digo; como me dijeron lo cuento. Advierto que todo es tan raro que parece mentira, que no ha podido ser verdad nunca. Sin embargo, hay cosas que son reales; por ejemplo: que existe un muchacho llamado Alvaro, guapo, alto, esbelto, noble e inteligente que pasaba unos días en casa de sus abuelos, en Andalucía. Esto me consta que es verdad.

Pero lo otro...

¡Qué sé yo!

Vamos a contarlo:

Dicen que la abuela del niño soñaba hasta despierta y que oía y veía cosas que nadie sino ella oía y veía. Como le ocurrió el día que fue a comprar al Autoservicio que había cerca de su casa. Ella misma lo contó así:

"había hecho la compra, pero cuando ya me disponía para ir a la caja a pagar, al pasar al lado del estante de las conservas, escuché unas palabras que llamaron mi atención; miré a los lados y nadie hablaba, solo se sentía el ruidito de la registradora marcando los pagos; pero yo oí claramente, que varias voces decían como suplicando: "Alvaro, Alvaro, Alvaro..." No tuve duda de que las voces salían de los frascos de cristal que contenían los garbanzos precocidos. Alargué la mano y tomé uno para llevarlo a casa; callaron las voces y dentro de la cesta sentíanse risas y en el estante donde

se alineaban los frascos, algo así como suspiros. Era la primera vez que me pasaba esto y sentí tal curiosidad, que todo el día estuve observando el frasco de los misteriosos garbanzos. A mi nieto le daba mucho gusto comerlos y los había bautizado llamándoles "garbanzos modernos" tal vez por la forma de guisarlos, cada vez distinta y admitiendo siempre toda clase de ayudas exquisitas: jamón serrano, salchichas, carne, tocino, patatas fritas... Mi nieto se daba un banquete y yo disfrutaba con esto. Pero ese día, el día de las voces garbanzales, (porque eran ellos los que decían "Alvaro, Alvaro...") el niño no almorzó en casa; estuvo todo el día en el Puerto de Santa María y al principio de la noche paseando por las calles de Puerto Real con los primos; total: que sobre las once de la noche entró en casa.

—¿Has comido?

—No.

—¿Tienes gana?

—No mucha... ¿Qué hay de comer...?

—Garbanzos, solomillo, gazpacho y natillas.

—¡Garbanzos! —exclamó abriendo más los luceros que adornan su cara— ¡Qué rica comida!

Le presenté los garbanzos en una cazuelita de barro muy coquetona; al calentarlos puse el oído atento; solo escuché el ruidito de la salsa al hervir; y me dije: "¡Qué tonta soy! Siempre me imagino tonterías!"

Sí, sí. ¡Que me lo imaginaba! Allí estaba la realidad. Los garbanzos hablaban ¡Y hablaban en el estómago del niño! Era un charloteo precioso.

—Echate para allá, que vienen los otros...

—No empujes, que me haces papilla...

—Ahora llegan los que estaban al lado del pimiento...

—¡Otra cucharada viene bajando!

—¡Qué bien ensalivados estamos! Da gusto ser comidos por Alvaro...!

—Nos aprieta entre la lengua y el paladar y pasamos con facilidad por el tubo.

—A mí me horroriza caer en una boca sin dientes o con los dientes partidos, porque luego en esta bolsa, se tiene que pasar muy mal dando vueltas sin fin...

—Peor todavía es que nos coman con asco, porque llegaríamos casi enteros y encima despreciados...

Yo miraba a mi nieto llena de asombro; él seguía comiendo con verdadero placer relamiéndose a cada cucharada.

—No te vayan a hacer daño, hijo, que son muchos y es muy tarde...

—¡Están tan ricos!— decía y seguía saboreándolos. Y yo seguía escuchando.

—"Nos vamos a juntar todos aquí..."

—Sí, pero como tome solomillo no vamos a poder formar el bolo nosotros solos y tardaremos en llegar a nuestro destino...

—¿Y si toma el gazpacho...?

—Eso nos ayudará y el bolo será mayor y menos espeso..."

—Alvarito —le hablé intranquila por solidaridad con los garbanzos—
¿Tomarás la carne?

—Abuela —me contestó— no me cabe más.

Yo me alegré porque los escuché otra vez:

—"Sólos, solos nosotros ¡qué bien!"

Y volví a preguntar:

—¿Y gazpacho?

—¡Tampoco, abuela! Estoy lleno.

Y seguí: —¿Y natillas?

—Natillas, sí ¡qué ricas!

Escuché alarmada; pero los garbanzos que también habían oído, comentaban:

—"Las natillas se adaptan a nosotros; haremos un bolo precioso... Este Alvaro es un tesoro..."

Escuché risas y hasta cantos. ¡Cantos! Luego se fueron espaciando hasta que se apagaron del todo. Mi nieto dormía plácidamente en una butaca. Yo me dije: "Pero yo no estoy durmiendo; yo no estoy soñando; todo fue verdad. Y si esto se lo digo a alguien no me creerá. No lo diré jamás. Dirían que estoy loca..."

Y lo dijo: le faltó tiempo para contarlo, aunque nadie la creyó; no la tomaron por loca porque lo que contaba no se le hubiera ocurrido a ningún loco. Elogiaba al nieto: "¡Es de guapo! ¡Es tan bueno! ¡Tan listo! ¡Tan cariñoso!"

—¡Lástima que está inapetente! —dijo con guasa el abuelo.

Y la abuela, que no se dio cuenta de la ironía, dijo muy seria:

—¿Inapetente? Ofrécele un plato de garbanzos modernos y ya verás...

Y a lo mejor es verdad que escuchó hablar a los garbanzos... ¡Ocurren en estos tiempos tantas cosas extrañas!

Y si esto se cuenta en tierra de garbanzos se arma un alboroto y hasta surgen multinacionales que harían el negocio... Dirían en la tele como anuncio:

YA SABE: SI TIENE INAPETENCIA, NO LO DUDE: TOME UN BUEN GUIZO DE GARBANZOS Y ¡BUEN PROVECHO!

Con cariño tu abuela

Paquita

Puerto Real, 16 septiembre 1987

LA GATA PARIDA

*A Maruja Alegre Muñoz, mi amiga,
en recuerdo de Juan Ramón.
¡Cómo hubieras retozado, tú, Platero,
en Las Canteras de Puerto Real!*



Pues señor...

Hace muchísimo tiempo, cuando apenas fue descubierta América, existía ya un pueblecito, juntito, muy juntito a Cádiz, tan juntito que se podría ir de uno a otro con solo dar un salto por encima del mar; empezaban entonces los viajes al Nuevo Mundo y los barcos tenían que llevar en su interior mucho peso: lastre; de allí para acá el lastre era madera; de acá para allá el lastre eran piedras; y fueron tantos los viajes, que se agotó la cantera que había en el pueblo ese tan juntito a Cádiz.

¿Y qué pasó? Pues lo natural; que fue abandonada por los canteros y convertida en un enorme solar lleno de socavones, salpicado, como una siembra diabólica, de rocas ostioneras que impedía su roturación para ser utilizado como campo de labranza.

A la Naturaleza no le gusta ni la inactividad ni el derroche, y ese espacio que fue cantera estaría desperdiciado si ella, la Naturaleza, no se empleaba a fondo. Hubo un acuerdo entre el viento, el agua y el sol; el primero se encargó del transporte de semillas de los bosquecillos de pinos que había por los alrededores; estos pinos, llamados marítimos, se agrupaban en mayor o menor número, siempre esbeltos y altos. Las semillas cayeron en los socavones y la lluvia y el sol se encargaron de lo demás. Al poco tiempo, lo que fue cantera y luego yermo apareció como un inmenso tapiz verde muy arrugado, muy plegado, gracias a los fuertes hondones y a las suaves elevaciones del terreno. Al amparo de la vegetación fueron llegando, como colonos a una tierra prometida, los pequeños animalitos: ratoncillos, hormigas, lagartijas, lombrices, sapitos, ranitas, orugas, culebritas, avispas,

abejas y mariposas, porque también habían llegado otros colonos conducidos por el viento: musgo, setas, hongos, lentiscos, tomillos, corehuelas, margaritas, helechos, manzanillas, ortigas, malvas, orquídeas, jaras, tréboles, jaramagos, ¡qué sé yo!, florecillas de todos los colores, diminutas y llamativas, y una retama blanca que se encargaba cada año de anunciar la Primavera.

La Naturaleza se encargó de todo y así fueron creciendo los pinos "sin orden ni concierto", pero concertados para formar bellísimos desniveles, disparatadas agrupaciones, variada y dislocada ocupación del terreno por los árboles. Es que había sitio para todos, pero llegaron los colonos en tal avalancha, que llegó a faltar espacio y así, los pinos, que eran los más fuertes, se juntaban de dos en dos y hasta de tres en tres para nacer en el mismo sitio; todos querían subir para disfrutar del sol y por eso, a fuerza de empinarse, llegaron a ser altos y hermosos; se habían peleado por el sitio, pero arriba todos se hicieron amigos y juntaron sus copas, y éstas eran tan hermosas, redondas y espesas que formaron el más maravilloso de los toldos, la más riquísima vela, la más lujosa jaula que jamás se soñara, porque con la formación y crecimiento de los árboles, llegaron las aves y con ellas la música y el dúo inefable de pájaros y viento.

¡¡Un Paraíso!! El Paraíso de Las Canteras de Puerto Real, el pueblo juntito, muy juntito a Cádiz.

El Levante es un viento fortísimo y azotador al que le prohibieron los pinos su entrada en Las Canteras si no cambiaba su comportamiento; así que penetraba tan suavemente que parecía un hábito amoroso; ni frío, ni calor, ni huracanes; ni tormentas, ni rayos; y si alguno cayó alguna vez, fue para curiosear y admirar la belleza del pinar. Las copas de los árboles charlaban entre ellas y se estrechaban en abrazos para impedirle al sol su brusca entrada y suavizar sus ardores, y así el hermoso toldo veíase traspasado de flechas doradas, simulando un extraño encaje negro visto a través del fuego; se unían las copas para entorpecer a la Luna; trabajo le costaba a ésta transformar el oro del encaje por la plata que ella enviaba. Poderosos pinos. Nacidos por la fuerza de la vida natural; crecidos en libertad; con ansias de altura para hacerle frente al Sol, a la Luna y a los luceros; deseosos de cobijar pájaros y cantando siempre, al compás del vientecillo, a dúo con sus inquilinos, alborozados cuando las nubes les enviaban sus caudales y les chorreaba el agua por los troncos, abrazándolos, llenándolos de amor, en posesión tenaz, profundizando en sus raíces hasta conseguir fundirse con la savia y ser parte de ella, del árbol y de Las Canteras.

Se vivía bien allí. Los árboles, las plantas, los animalillos...

Y los niños. Los niños como flores. Y decían: "A subir montes, a descubrir cuevas..." Los mayores recordando los tiempos de su niñez, el de sus amoríos, el de sus paseos...

Un día —y de esto hace poco tiempo— ocurrió que, cerca de Las Canteras, en un chalé cerrado, había una gata abandonada por sus dueños. La gata, que la vamos a llamar Linda, porque además lo era, tenía un pelo muy brillante de color gris y la pancita blanca, los ojos algo verdosos y muy oblicuos, el hociquito rojo y los bigotes muy fuertes y largos. Los primeros días de su orfandad los pasó muy triste, sin comida, sin agua, sin butaca y cojín, sin el calorcito de la casa y el olor de la cocina, donde Pepa, la tía de su ama, no la dejaba entrar casi nunca... Anduvo de un lado a otro del jardín y de la azotea buscando una puerta abierta para poder entrar en la casa. Se cansaba y se extendía en el suelo para bañarse en sol; se acurrucaba en un matorral para pasar otra noche de hambre y de frío y de sed. Como se había criado en la molicie y en la riqueza, no sabía la manera de sobrevivir cazando o robando, Ella no sabía nada de esas artes que tan rebién manejan sus congéneres.

Y así, con hambre y con frío, una noche de luna espléndida, fue abordada en su lecho de raíces y hojas secas del matorral del jardín, por un apuesto y lustroso gato negro.

Linda se desenroscó rápidamente, enarcó el lomo que ya, por los días de ayuno, dejaba notar su arquitectura ósea y lanzó un bufido que hizo que el gato retrocediera y aguantara sus planes de conquista, sin dejar de atusarse los bigotes.

—Estás muy sola —le dijo con la mejor melodía de su voz— Pueden encontrarte los perros y no podrías con ellos porque... —se alzó sobre un pedrusco grande y la miró detenidamente— ...porque estás muy flaca...

Linda dejó de resoplar, pero no habló porque sentíase avergonzada de todo: de su hambre, de su abandono, de su pobreza, pero sobre todo de su fealdad, porque debía estar horrible con su piel mate a causa del polvo y de la tierra, por sus bigotes casi flácidos, por la hojarasca entremetida por la cabeza y la pancita sucia por no tener ni saliva ni ganas de lavarse... En cambio él... Trascendía por su hocico, por los bigotes y por el rabo un olor desconocido que le agradaba y hacía estremecer su cuerpo en unas contracciones nuevas y deliciosas que le hacían dudar entre esconderse en los matojos y pedruscos o acercarse a él ronroneando.

—¿Quieres que me quede contigo...? —preguntó el gato con aires de victoria intuyendo los deseos de la gatita —¿Te vienes a mi vallado...?

Asombróse Linda. —¿Qué es un vallado?

—¡Anda, la tía...! No me vengas con remilgos ni cursilerías... Un vallado es, eso, un vallado; la libertad; abajo la cuneta; por la cuneta corren los ratoncillos, los topos...; ¡me doy cada banquete...! Esta noche me da igual comer que no comer...; esta noche me pide el cuerpo gatitas... gatitas como tú... —le decía acercando sus patas delanteras.

Linda seguía estremeciéndose de miedo, de vergüenza y de no sabía qué; levantó de medio lado su cabeza y dijo melosamente:

—Me llamo Linda ¿y tú?

—¿Yo? Llámame como quieras.

—¿No tienes nombre? ¿Cómo te llaman?

—A mí no me llaman, a mí me echan...; cuando oigo decir: ¡Zape!, tengo que salir corriendo para no recibir el puntapié...

—¿Qué horror...! —gimió compasiva la gatita— A mí me dijeron "Zape", porque me acerqué a una bandeja con galletas, fue Pepa, la tía de mi ama, pero llegó a tiempo mi ama, me tomó en brazos y me dio la galleta mientras me decía: "Linda, ¿quién te quiere a tí?". Me la comí en la butaca y todos me miraban de mala manera, y mi ama, mientras, me acariciaba el lomo... ¿A tí no te querían tus amos...? ¿eran como Pepa...?

—Yo no he tenido amos...; soy libre...; a mí no me han querido nunca las personas ni los perros, sólo alguna que otra vez las gatitas y por temporadas... —y aunque el gesto de compasión de Linda era cada vez más acentuado, él prosiguió sin tono de tragedia: —Una vez me tiraron al lomo un jarro de agua hirviendo; lo pasé muy mal porque se me quemó el pelo y el pellejo...; las personas son malas y no se puede uno defender de ellas...

No acababa de comprender la inocente gatita.

—¿Por qué te hicieron una cosa tan remala?

—Porque entré por una ventana y robé.

—¿Robé...? ¿Qué es robé?

—¿Eres tonta o te haces la santa? —arrugó despreciativo la nariz y le aclaró a Linda: —Robé la carne ¿entiendes?, la cogí sin que me la dieran y me la comí porque uno también tiene que comer, tiene derecho a comer...; tú hubieras hecho igual...

—Yo hubiera esperado a que me la pusieran en mi platito.

—Oye, oye... —inquirió con recia voz el galán —¿Tú comes en un plato y duermes aquí..?

—Eso es ahora; yo dormía en una butaca sobre un cojín.

—¿Un cojín? Yo no sé qué es un cojín.

—¡Más tiernecito...! —y cerraba los ojos añorando comodidades.

—Entonces tú eres una gata finolis...; de esas..., de esas que...

—Sí, de esas... —afirmó bajando la cabeza.

—Quiero decir que tú no has corrido azoteas, ni tejados, ni vallados, ni cunetas...

—Nunca. Mi ama no me dejaba salir fuera del jardín...

—¿Anda...! ¿Entonces tú no has salido de gatos...?

Ella se ovilló con un temblor delicioso que agitó sus orejitas y no puso resistencia al acercamiento del gato que le susurraba zalamero:

—Cazaré ratones y te los regalaré..., te gustan mucho ¿verdad?

—No los he comido nunca... —se acomodó coqueta y ronroneó.

La tierra estaba dura y reseca; la hojarasca, quebradiza; las piedras puntiagudas. Linda no añoró su butaca y cojín, ni los aromas de la cocina y de la alacena; el olor del gato negro ocultaba al de los geráneos del arriate, el de la yerbaluisa, el de la melisa y el que llegaba insidioso y acre del mar que besa al pueblo y le rinde su vasallaje.

Apuntaban certeros los rayos del sol, cuando Linda y Zape oteaban desde el vallado más cercano al pinar, esperando cazar alguna pieza incau-

ta; y pasado algún tiempo pensaron en bajar y recorrer la cuneta donde les sería más fácil todo. Ella estaba cansada.

—Yo bajo y te subo lo que encuentre, Linda.

—No, Zape, quiero ir contigo.

—¿Tienes miedo?

(¿Tengo miedo o es que no quiero separarme de él? pensaba ella)

—Dí, ¿tienes miedo?

—No quiero separarme de tí...

A Zape le bailaron los ojos, se le acercó, le lamió una orejita y ronroneó de satisfacción y orgullo. La tenía rendida, como a todas, porque era un gato como no había otro, sabiendo valerse de mañas para llenar la panza; y tenía los ojos duros como el acero para luchar por su vida y dulces como la miel para enamorar a las gatitas que se volvían locas cuando les rozaba los lomos con las púas de sus hermosos bigotes. La Linda, tan señoritinga, ya estaba rendida de amores.

Los dos saltaron con gracia desde el vallado a la cuneta.

El se entusiasmó:

—¡Qué bonito salto has dado! Y en el aire se te vé la bariguita con las tetitas en fila como granos de trigo...!

En la cuneta se olvidan ambos de la cacería; estaba tan mullida con las malvas, jaramagos y yerbajos, tan fresca por la reciente rociada, tan olorosa al ser pisada, tan propicia al regalo amoroso, que Linda, felina y hembra, recostó su lomo en la cuna blanda y verde y ofreció sus tetitas al recreo de Zape, y los dos se correspondieron en arrumacos y caricias, y así hubieran estado en el disfrute de su amor muchas horas, si un vecino madrugador no los hubiera interrumpido montado en una bicicleta llevando a la zaga un hermoso perro que hizo separar y huir a la pareja; el gato se encaramó en un árbol y la gata, al pie del mismo se quejaba:

—¡Qué miedo...!

—Los perros son más grandes pero nosotros sabemos pelear mejor...
—y ordenó a la compañera con energía: —¡¡Sube!!

Y ella trepó por el tronco dócilmente; era la primera vez que se subía a un árbol y sus uñas lo acusaron pero no se quejó.

—Desde aquí se ve esa casa... Aquella ventana es la de la cocina; cuando la mujer se distraiga, entro y traigo lo que encuentre para los dos.

Linda se miraba las uñas. Su ama le ponía una silla de madera tierna para que se las afilase. Ella nunca tuvo que hacer tanto esfuerzo para subir tan alto. De un salto se montaba en el sillón o en la cama del ama y quedaba tan a gusto...; en el árbol estaba incómoda.

Sí. Se había distraído la mujer por atender una llamada del teléfono. Zape fue rápido para entrar y salir por la ventana arrastrando un gran trozo de cazón que esperaba sobre la mesa a ser preparado como manjar comestible. Terminó la mujer de hablar justamente a tiempo para darse cuenta de que aquella ráfaga que vislumbró por la ventana grande del salón era el gato negro ladrón... Corrió apresurada a la cocina; el hermoso trozo de cazón, que iba a partirlo en rodajas para guisarlo en amarillo, había desaparecido de la mesa.

—¡Ladrón! ¡Sinvergüenza...! —y con un palo salió a peseguirlo.

El se había parado cabe al árbol donde quedó Linda sufriendo por creer que caería al suelo al menor movimiento; Zape no podía hablarle porque la boca la mantenía apresando el pescado. La mujer enfurecida se acercaba.

—No te lo comerás, ladrón... Te voy a deslomar a palos...

Zape se escabulló por un seto de tuyas tan espeso que la mujer perdió de vista a él y a su pescado, y ya iba a volver a la casa, cuando mirando a la copa del árbol distinguió entre el ramaje un bulto oscuro, delatado por un movimiento que hizo visibe la pancita blanca.

—¿Otro ladrón sinvergüenza? Ahora verás...

Por más esfuerzos que hizo para llegar con el palo hasta Linda no lo consiguió. Linda permaneció quieta en un difícil y peligroso equilibrio. La cuitada sentía su corazón saltando violento y su garganta tan apretada como si estuviera acollarada con un hierro candente.

La mujer se fue vociferando y dando por perdida su batalla, pero la tranquilidad no acompañaba a Linda que sentía que podía estallarle en pedazos algo, no sabía qué, dentro de ella.

Entre el seto de tuyas, Zape esperaba que la mujer se retirase y que Linda bajara del árbol; pero aunque la mujer se retiró, la gatita no se decidía a bajar, y esto, al gato le estaba produciendo un gran malestar explicable, naturalmente, porque el olor del pescado era sumamente ladino y porque sus nuevas y continuas labores amorosas le habían impedido merodear en busca de la diaria pitanza; el estómago impuso sus deseos y vehemencias y Zape se rindió. Vergonzosamente se rindió y el trozo de cazón que se podía calcular en un kilo de peso y que abultaba en tamaño casi como el gato, pasó íntegro y en porciones a ensanchar su cavidad estomacal; el placer de saborear el manjar con la lengua, con los dientes, con los bigotes, tuvo sus consecuencias: pesadez, flojera, sopor... Zape estiró su cuerpo al amparo del seto; muy abultada la panza, tirante el pellejo, casi para estallar, quizá dolorido porque tuvo varias veces que colocarse en posturas extrañas; cerró los ojos e intentó ronronear, cosa que apenas iniciada interrumpió porque el recuerdo de Linda se interpuso. "La tonta, tan finolis, tan mal criada entre butacas y cojines...; sin saber nada de nada, ni siquiera bajarse del árbol...; pero es bonita y cariñosa; mucho mejor que las otras, con el lomito oscuro y suave, las orejitas derechas, la pancita blanca, los bigotitos que me hacen cosquillas cada vez que me acerco... ¡tan bonita!... ¡tan cariñosa...!"

El campo respiraba calma. Era un día hermoso porque el sol se entretenía en borrar las nubes que tímidamente poblaban el cielo. Y el viento racheaba en un jugueteo delicioso. Olía bien, Olía a tierra, a agua, a sal. Un vaho enervante flotaba en el campo y las aves se regocijaban y se escuchaba como la respiración placentera de muchos seres.

El día era tan hermoso que el pinar cercano se llenó de niños que hablaban, gritaban, cantaban, reían.

—Voy a subir montes...

—Voy a buscar piñas...

—Voy a descubrir una cueva...

Linda conocía esas frases. Las escuchó muchas veces desde la casa de su ama. Eran de niños que entraban en Las Canteras para jugar. Los sentía y hasta los veía a través de la reja del jardín; jugaban y cantaban:

*Estando el señor don Gato
sentadito en su tejado...*

¡Qué sabían los niños de gatos! A veces se acercaban a la casa y decían:

—¡Mirad, que gato tan bonito!

—¡Es gata!

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Porque tiene la cabeza muy proporcionada...; los gatos son cabezones...

Y entonces su ama salía de la casa, ahuyentaba a las niñas, la tomaba a ella en brazos y la apretaba suavito a su pecho: "¡Mi Linda! ¿Quién te quiere a tí?"; la llevaba a la sala y le hablaba de peligros, de niños crueles, de perros salvajes... Ella cerraba los ojos simulando tranquilidad, pero sin ronronear, porque pensaba en lo que la niña había dicho, que tenía la cabeza proporcionada y que el gato es cabezón... El gato... El gato. Una vez vio uno por la verja que intentaba entrar; le brillaban los ojos más que un rayito de sol; rondó el chalé muchas noches: "¡Miau, miau!", decía a través de las puertas y el ama lo espantaba gritándole y echándole jarros de agua. "No debió hacerlo. A mí me gustaba su maullido, era tan tierno y suave que me entraban unas ganas enormes de ronronear, y entonces el ama decía: "¿Quién te quiere a tí? ¡Mi Linda!".

La algarabía en Las Canteras no cesa. Si tuviera valor para bajar iría a esconderse en un lentisco y tal vez alguien la viese y se la llevase a casa. A casa. A vivir abrigada, alimentada, acomodada en sillones tiernos. A casa, con niños, con amos, porque la vida con Zape era muy difícil y arriesgada. "¿Qué le habrá pasado a Zape que no vuelve? Se estremeció de angustia, "¡Miau, miau...!"", clamaba esperando la rápida presencia de Zape, pero a éste le llegaba la angustiada llamada como un rumor lejanísimo y no daba respuesta. Cuando un perro, al pecibirlo entre el follaje del seto le ladró, despertó súbitamente y saltó al muro verde de tuyas y desde allí amenazó al enemigo con lanzarse sobre él y arañarle los ojos. Huyó el perro. Quedó solo Zape con gran pesadez en el estómago y una gandísima sed. ¿Y Linda, por donde andaría? Se oyó entonces el clamor femenino, "¡Miau, miau...!" —"¿Todavía en el árbol? ¡La finolis es tonta y torpe!". Caminó cauteloso en dirección a ella. Amarrado al árbol estaba un cerdo escarbando la tierra con sus sucias uñas.

—Tírate, Linda, tírate y ven.

—Me haré daño...; no me tiro, me da miedo este animal...

—Pues quédate ahí hasta que vengan a recogerlo...; voy a beber y luego te espero en el vallado.

—Tengo hambre... —suplicó Linda.

—Pues tírate y no fastidies.

Como viera que Zape iniciaba la retirada, la gatita poseída del terror de saberse otra vez abandonada, saltó desde la rama, botó en el suelo, esquivó la acometida del cerdo y se puso a salvo.

—¡Zape...! —musitó cariñosa.

—¡Linda...! —correspondió él.

Dejaron el vallado a un lado; atravesaron la carretera sorteando bicicletas y se internaron en el pinar de Las Canteras; ella, diligente; él, remiso.

—¿Qué te pasa? Casi te arrastra la barriga...

—La llené con el pescado y era mucho... —volvió la cabeza porque la mirada amorosa de ella le producía resquemor.

—Descansemos aquí... —propuso Linda.

—Tengo que beber...

—Se te va a hinchar más la barriga...

—Aunque reviente tengo que beber.

Ella abrió mucho los ojos asombrada, admirando a su compañero tan duro, tozudo y valiente; con él estaría siempre segura porque sería su defensor; sería como una ama que la cuidaría y la acariciaría.

—¡Ay, Zape, cuánto te quiero! ¿Qué haría yo sin tí?

Alzó él la cabeza con varonil arrogancia, y ambos emprendieron un camino ya conocido, el de la fuentecita de la entrada donde bebían las personas; cuando llegaron a ella y Zape se dispuso a beber en la concavidad de la pila, ordenó a Linda:

—Corre al patio del Pozo...; allí están las sobras de las meriendas de los niños...

—Cuando tú bebas iremos los dos.

—Corre, ahora, antes de que bajen los pájaros y se lo coman todo...

—Es que cuando bebas no podrás andar y tendré que ayudarte...

—¿Ayudarme? No necesito ayuda de nadie. Si no sales corriendo no podrás comer hasta mañana...

Obedeció a disgusto e iba pensando: "¿Por qué dirían las niñas, cabezón? ¿Solamente por el tamaño de la cabeza?".

Comió y lamió los papeles grasientos y los dulzones también y bebió algunas gotas de leche que al derramarse habían quedado recogidas entre los huequillos de las piedras. Miraba a los pájaros audaces que picoteaban migajas y un regusto insidioso subíale por la garganta. En la casa había pájaros enjaulados que lloraban para alegrar a su ama; ésta le decía: "A los pajaritos hay que respetarlos, Linda... Te gustaría comertelos ¿verdad? No dejaré las jaulas a tu alcance, ... Y no olvides, Linda, que a los pajaritos hay que respetarlos...". Y los respetó aunque su voluntad y deseo fuera otro, pasarlos por el gahzate con plumas y picos...

Zape se reunió con ella; había llegado tan suavemente que ella no lo advirtió.

—Si no estuviese tan pesado, no quedaba aquí ni un pajarito.

—¡Ay, Zape!, ¿es que has comido pájaros alguna vez? ¿No los has respetado?

—¿Qué si he comido pájaros? ensartados uno detrás de otro.

—¿Y ratones?

—Ratones, topos, lo que se me ponga a tiro.

—¡Qué cabezón Zape! ¡Eres único!

—Lo soy, lo soy... —se pavoneó orgulloso, mientras ella lo miraba embelesada.

—¿Y qué te gusta más: el pájaro o el ratón?

—Los dos, ¡están tan ricos...! —y se relamía al revivir la exquisitez de los manjares —Y a tí, Linda, ¿qué te gusta más?

Ella bajó la cabeza entristecida —Nunca he comido un pajarito, ni un ratón... Teníamos pajaritos y el ama me decía que...

—Deja de hablar de ella.. ¿No te das cuenta que te ha hecho muy desgraciada? ¿Podías, entrar y salir de la casa cuando querías?

—Sí, Zape, salía al jardín cuando quería hacer pipí o popó...

—No seas finolis; tienes que decir mear y cagar y hacerlo donde te entre la gana... Te ha tenido prisionera sin que pudieras catar un ratón o algún pajarito...; sufriendo las noches de gatos ¡y eso que no me conocías! ¡Se acabaron tus desdichas; no tendrás butacas, ni cojines, pero me tienes a... mira, mira... —y Zape estiró sus poderosas patas, alzó su hermosa testa, movió el hocico para agitar sus bigotes y —mira, me tienes a mí y ahora mismo vas a comerte ese pajarito que está migoteando...

Y antes de que Linda advirtiera el salto del felino, tenía ella bajo sus fauces un animalillo que había dejado de aletear.

—¡Uy, Zape, qué delicia!

Fueron muy felices siempre juntos y libres; cazando gazapos, topos, ratones, lagartijillas, cigarrones, pajaritos...; durmiendo cada vez en sitio diferente; entre las raíces descubiertas de algunos pinos; en las axilas de las gruesas ramas, espiando nidos; en los socavones de la tierra sobre mantas de tréboles y orquídeas; junto al palomar esperando algún descuido de las palomas; en las tapaderas del pozo para percibir la frescura de su agua... Felicidad: más libres aún que los pajarillos: "Ellos tienen que cuidar de una casa, de una familia y siempre expuestos a morir de una pedrada o de un tiro..."

Linda se estremecía al considerarlo.

Felicidad. Libertad. Sin amos.

La amistad se hizo rutina. Zape dejó de galantear a la gatita porque ésta se mostraba de forma extraña pasando muchas horas dormida y siempre hambrienta; él se estaba cansando de alimentar a una holgazana.

—Está muy rara, Linda.

—Tengo en la barriga unas cosas que se mueven...

Y Zape recordó: "Igual que las otras. Las gatas no tienen arreglo; con ellas, al cabo del tiempo todo son conflictos... Pues yo no me hago cargo de nada...; yo, libre, libre..."

—¿Ves mis tetitas? Parecen botoncitos...; y mira la pancita hinchada... ¡tengo miedo! No sé qué me pasa...

—Estás preñada.

—¿Preñada...?

—Que tienes gatitos en la barriga.

—¡Qué alegría, Zape...! —y Linda se acomodó de tal forma que pudieran estar cómodos los hijitos, porque repentinamente supo lo que su intuición le decía: hijos y padres —Yo la mamá y tú el papá y entre los dos...

A Zape no le estaba gustando el porvenir con esta gata; a Zape no le ilusionaba la paternidad; a Zape le tiraba la libertad y la vagancia; a Zape sobre todo le atraía una gatita rubia que había encontrado en un chalé, un poquillo lejos, que le facilitaba la entrada por una gatera y compartía con él, leche, pan, desperdicios y sobras de comida. Y la rubia gatita no era melindrosa, ni cobardica, ni holgazana y que cuando él llegaba le decía como asombrada de verlo tan hermoso: "Zape, eres el mejor".

Linda supo de golpe el significado de la maternidad; dentro de su cuerpo había una bolsita y dentro de la bolsita estaban los hijitos esperando la hora de salir a la luz; supo de cabezaditas y de pataditas; se escuchaba su corazón cuando sentía los movimientos dentro de ella, ¿cinco, seis, siete...? A todos los alimentaría con la leche de sus pechos; a todos abrigaría rodeándolos con sus manos y sus patas; a todos los defendería... ¿Podría ella defenderlos de tantísimos peligros? Pero estaba Zape que sería un padrazo cariñoso; teniéndole a él, estarían los hijitos y ella a salvo de todos los males; él les enseñaría a cazar, a robar y a atacar a los ojos de los perros, porque ella no tenía ni arte, ni gracia, ni valor para ciertas cosas...

Había una claridad muy grande en el patio del pozo de Las Canteras. Linda estaba acurrucada en la puerta de la caseta del guarda. Zape se había ido cuando rebuscaron ambos en los restos de las meriendas de los niños. En la tarde todo fue bonito: la vuelta de las aves a los nidos, el regreso de las lagartijas a sus piedras; el caminar trabajoso de los escarabajos empujando las pelotas cada vez más grandes; el bullir de las hormigas arrastrando víveres; el paseíllo de las culebritas reptando graciosamente libres de

las miradas de sus enemigos; el croar de las ranas llamando a sus amantes; el chillido agudo de las ratas... Todo lo captaba la nueva madre, mientras aspiraba con deleite el aroma fuerte del lentisco y de la retama y ponía atención al parloteo incesante de toda la floresta. Y la Luna penetró en el patio del pozo y lo inundó todo con una torrencera de plata.

Todo lo veía Linda pero ya se impacientaba por la tardanza de Zape; una tardanza más grande que otros días; se retrasaba cada vez más desde que ella, dada la pesadez de su cuerpo, decidía no acompañarlo en sus correrías.

—¿Para qué...? Hemos comido cuando se han ido los niños y han dejado aquí las sobras.

—Me pide el cuerpo juerga.

—¿Juerga...?

—Eres una ignorante; no tienes mundo gatuno; juerga es andar de una parte a otra, tropezar con otros gatos y camelar gatas...

—Zape, ¿tú...? —temblaba su voz.

—No me seas celosa...; tú eres la mejor, pero..., bueno, yo salgo y ato cabos...

—Atas, ¿qué? ...

No contestó. No sabía explicar las cosas que Linda no comprendería; cada uno es como es; ella una remilgosa insoportable; él, él, él, un gato con mucha marcha, el más marchoso del mundo. Y libertad. Y placer. Y vagancia.

Aún no se había retirado la Luna, cuando el sol irrumpió poderoso y audaz. Los ojos de Linda, como almendras verdes atravesadas por un rayo negro, se abrieron indagando a su alrededor.

—¿Qué tarde vuelves, Zape! ¿Dónde pasaste la noche?

—Por ahí, con los amigotes, cazando bichejos...

—Tengo hambre, ¿me buscarás algo...?

—Cuando descanse un poquito debajo de ese banco.

Y Linda esperó muchas horas a que él se decidiese a salir de cacería.

—Zape —lo llamó al fin— tengo hambre, los hijitos cada vez necesitan más y... —titubeó— y parece que quieren salir...

Alarmado el gato, subió de un salto al banco.

—¿Qué? ¿Qué...?

—Me duelen las anquitas y la pancita por cerca del rabo, y ya no se mueven, se han juntado todos... Yo sé de un sitio escondido que les servirá de cuna o de nido..., lo he preparado ayer...

—Vete allí mientras me voy yo a cazar...; te lo llevaré para que comas...

—Ven ahora conmigo y te enseño el sitio.

—¿Dónde está?

—En un lentisquero, cerca de la cantina...; enfrente del primer banco que hay entrando por el pozo.

—Ya sé, ya sé...; vuelvo enseguida...

Zape no volvió.

Linda supo del engaño, del olvido y del abandono a la par que su corazón se ensanchaba jubiloso ante el misterio de la vida; del nacimiento de aquellos hijos indefensos unidos a ella por unos hilos que alimentaron durante un tiempo y por otros invisibles y más fuertes de la generosidad del amor materno. Cinco tripitas tuvo que cortar, cinco bolsitas que alojar en su propio estómago; cinco cuerpecitos que lavar con su lengua; sus tetitas hinchadas se vaciaron en las torpes y ávidas boquitas. Linda era feliz. Su "aposento" estaba situado frente al primer banco entrando a Las Canteras por el patio del pozo. Eso había dicho ella. Lo que no dijo a Zape fue que el banco estaba ocupado casi a diario por una pareja de mayores que conversaban animadamente antes y después de la merienda. Que ella los había observado desde un pino esperando en vano que dejaran restos de comida al irse. Cada tarde (¿vamos a llamarlos Lola y Juan?), cada tarde ambos leían y comentaban disfrutando del ambiente incomparable del pinar; cada tarde llegaban y se marchaban puntuales.

Y fue una de esas tardes cuando ocurrió el hecho:

—Mira, Juan, mira a esa gatita...

Y Juan miró pero no habló.

—No quita los ojos de nosotros, parece como si quisiera decirnos algo.

Juan miraba y escuchaba sin hablar.

—...está muy flaca..., le cuelga la barriga como si llevara una bolsa.

—Es verdad. Sí. —dijo Juan.

—Puede que tenga hambre; será una gata vagabunda —y enseñándole una galleta la llamó: —¡Michi, michi...!

Linda se acercó tambaleándose.

—¡Animalito! ¡Si apenas puede andar...!

Y Linda comió con avidez la galleta, el pan y dos ruedas de chorizo.

—Mira, Juan, tiene las tetitas como ordeñadas... ¡Ay, Juan, esta gata tiene que estar recién parida!

Linda no pudo agradecer con palabras el socorro de la pareja, pero instintivamente supo que podía confiarse a ellos y por eso comenzó a andar y a pararse a trechos volviendo la cabeza para mirarlos; Lola comprendió en seguida: —Juan, la gata quiere que vayamos detrás de ella...; algo nos quiere enseñar...

Caminaron en pos, apartando bajos ramajes, pisando con dificultad el suelo poseído con fiera por raíces y matojos. Linda entró en una "cueva" y Lola tuvo que hacerlo apartando con mucho cuidado y trabajo las ramas leñosas y los poderosos lentiscos.

—Aquí no entra el sol, Juan...

—¿Ves algo...?

—Sí, Juan, se mueven gimiendo cinco gatitos, como cinco gusanos...

Al día siguiente, Lola y Juan traían entre sus meriendas una botella con leche azucarada y una latita, muy bien recortados sus bordes, para que pudiese beber el animal. Se sorprendieron al verlo junto al banco, esperando alerta la llegada de sus bienhechores.

¿Cuántas latitas de leche vació Linda? Cuatro. Casi la botella. Fue entonces cuando abandonó el banco y corrió a su "aposento". Porque corrió. Lo advirtió Lola:

—Mira, Juan, hasta corre...

Y Lola, toda compasión y caridad, trabajosamente fue tras ella, para dejarse en la "cueva" la lata con la leche sobrante; los ojos de la madre brillaron en la oscuridad como dos faros. Lola le dijo:

—Tú no me entiendes, pero te digo que eres muy lista, muy buena y muy linda...

La gata no podía contestar. Le hubiera dicho: —Me gustaría que fueras mi ama...

Varios días duraron las relaciones de intendencia. Ya tenían los ojos abiertos los pequeños cuando dos faltaron del hogar. ¿Cómo había sido?

Linda pensaba que en su ausencia ocurrió el drama; se le había ocurrido un día acompañar un trecho de camino a sus amigos en señal de agradecimiento; ¡ojalá no lo hubiera hecho! La primera vez llegó hasta la estación y volvió asustada temiendo por sus hijitos; estos dormían tranquilos. La segunda vez llegó acompañándolos hasta el Porvenir, teniendo que atravesar la vía del tren, pero estaba el Porvenir lleno de niños y de restos de meriendas; cuando sus niños crecieran se vendrían a vivir cerca de ese paseo donde los peligros eran menores; la tercera vez llegó hasta el pueblo, hasta la casa con sus bienhechores, que no habían advertido su seguimiento; ¡una casa! ¡un ama!; al poner el pie en el escalón dijo Lola:

—Mira, Juan, ¡es la gata parida!

—Sí. Ella. La gata parida.

Nada más, Pero Linda volvió a su cubil esperanzada en una nueva vida. Llevaría uno a uno a sus cinco gatitos al portal de la casa y luego...

La cuarta vez también llegó hasta la casa a la par que la pareja, que ya se sentían acompañados. Llegaron los tres al portal. Abrió la puerta una señora que exclamó:

—¿Qué traéis ahí...?

—Una gata. —contestó Juan.

Y Lola: —Una gata parida y abandonada...

—Aquí no entrará... Bastante trabajos y disgustos me da el gato Escalofríos, desde que está viejo —y añadió furiosa y amenazadora: —¡Zape, zape, zape, ...!

Volvió con sus hijos que estaban aterrorizados escondidos entre matojos.

Y no volvió a salir más. Ni siquiera cuando a la tarde llegaban Juan y Lola con la comida. No los dejaría jamás solos hasta que se supiesen defender. Ni comería, ni dormiría, vigilando aquellas vidas confiadas a su amor. Ni el hambre, ni la sed la apartarían de sus hijitos.

Lola dijo: —¡Qué raro que no haya salido la gata a comer!

—Ya saldrá.

Y pasó un rato.

—Tal vez se haya mudado de sitio; los animales se cambian cuando son descubiertos.

Y Lola, con la bolsa de la comida, se dirigió al "aposento" de la gata. Allí estaban ronroneando en bienvenida, clavando sus ojos en ella.

—¡Hola, gatita! ¿Qué te pasa...? ¿Por qué no sales?

Linda se levantó: sus tres hijitos se soltaron de las tetitas.

—¿Tres? —se extrañó Lola— ¿Y los otros dos donde los escondes?

Linda lamió uno a uno a los pequeños y luego, también uno a uno, cogiéndolos con la boca por el cuello los llevó hasta la lata de leche y les hincó los hociquitos para que aprendiesen; la leche les salpicó a las orejas; la madre miraba fijamente a Lola.

—Si en tu casa no quieren gatos —le decía luego a Juan— habrá que buscar una casa para este animal..., es una crueldad dejar sufrir a la gata.

—¡Pero, Lola, cuatro gatos!

—Ya regalaríamos los chicos a gentes que los cuidaran bien.

Iban de vuelta al pueblo, un poco tristes pensando como podrían resolver el caso de la gata parida.

Por el paseo de Las Canteras entraba un coche y ambos dejaron de hablar echándose a un lado para dejar paso libre. Tuvieron que corresponder al saludo que desde dentro del coche les daba una señora.

—Es Ana, Juan, la que vive en ese chalé que lleva varios meses cerrado.

—¡Ah!, sí. Ana.

—La han operado ¿sabes? Lo ha pasado muy mal; todos creían que se moría. Fue de pronto. Mañana vendremos a verla.

—Vendremos.

Ana se alegró mucho de verlos. A ella, todo, personas y cosas relacionadas con Puerto Real, tenían un sitio en su corazón. Vivir en Puerto Real y al lado de Las Canteras era para ella la felicidad más grande. Le gustaban las plantas, los pájaros, los gatos...

Se cruzaron las miradas de los visitantes. Ana advirtió la inteligencia y aclaró: —Me gustan, los quiero, creo que no hay nada malo en eso...

—Pues claro, Ana; a Juan y a mí también nos gustan, y mira, en Las Canteras hay...

Ana no la escuchó y prosiguió su discurso: —...¿veis esas jaulas con los canarios? De Cádiz aquí y de aquí a Cádiz; a donde yo vaya van ellos... ¿veis esa butaca con el cojín celeste? De mi Linda, una gata preciosa... Cuando me dio el infarto, me sacaron de aquí en una ambulancia... Al darme cuenta de las cosas, cuando ya estaba mejor, mandé que vinieran a recoger a mis animalitos; los pájaros estaban vivos porque no les faltó comida ni agua; a Linda, la gatita no la encontraron; se quedaría en el jardín cuando cerraron el chalé; se escaparía porque era tiempo de gatos; se habrá perdido; acaso esté muerta, ¡tan inocente!... —no dejaba de hablar nerviosamente— no me acostumbro a ver la butaca vacía; su pelito gris encajaba muy bien con el color del cojín azul y la tapicería beige del sillón; ¿veis? es la única butaca tapizada en ese color, las demás son verdes...; ¡y su barriguita blanca...!

—Escucha, Ana, escucha...

Por fin, Ana dejó de hablar. Y hablaron Lola y Juan.

La impaciencia de Ana era volcánica. No podía consentir que un animalito indefenso y cruelmente abandonado sufriese tan cerca de ella sin que ella hiciera algo por evitarlo.

—Verás, Ana, es que la gata está parida...

—Cinco tuvo. —explicó Juan.

—Los seis a mi casa, ¡pobrecitos!

—Le han comido dos...

—¡Dios mío! ¡Vamos por ellos! Llevarme a Las Canteras...

Lola organizó el plan. Irían ellos dos y llevarían una prenda de Ana, un pañuelo, una bufanda, cualquier trozo de tela, portadora de su olor, porque ellos, Lola y Juan, querían hacer un experimento. Ana no comprendía pero entregó un pañuelo que se quitó del cuello.

Ya estaba el Sol en su esplendoroso ocaso y las sombras iban acomodándose en los matorrales de Las Canteras.

Lola, por un ligero presentimiento que le rondaba desde que escuchó hablar a Ana, llamó parada en el principio del camino que conducía hasta la morada gatuna: —Linda, Linda, ven, Linda...

Esperó anhelante unos minutos. Por fin, entre las sombras de los lentiscos de la cueva, brillaron los luceros de la gata.

—Linda, ven, toma...

Y ella acudió, dudosa al principio, decidida después, moviendo nerviosamente los bigotes al rozarlos con el pañuelo de su ama.

—Vámonos, Linda, Vámonos...

La gata dio una vuelta rápida y se internó de nuevo en la maleza.

—Lola no hay remedio... La gata no...

La gata apareció nuevamente, antes de que Juan terminara de dar su opinión y traía colgando de su boca un gatito negro que puso a los pies de Lola.

—Juan, estoy a punto de llorar por la emoción...

Volvía la gata con otro gatito negro con manchas claras, que colocó junto al otro. Y otro viaje, el último, con una diminuta gatita de barriguita blanca.

A los tres los envolvió Lola en el pañuelo y se encaminaron al chalet. Era principio de la oscuridad de la noche, pero al acercarse la comitiva al chalé, saltó de gozo Linda y corrió a los brazos de su ama que esperaba en la puerta del jardín.

—¡Pero si es mi Linda! ¿Quién te quiere a tí?

La gata parida. En su casa. Su ama. Su butaca. Su cojín. Sus hijitos. ¡Felicidad!

Solo que no pudo contestar a Pepa, la tía de Ana, que siempre protestaba de todo, cuando ésta dijo, mirándola con inquina:

—¡La gata! ¡Y parida!... ¡¡Las hay que se dan una vidorra...!!

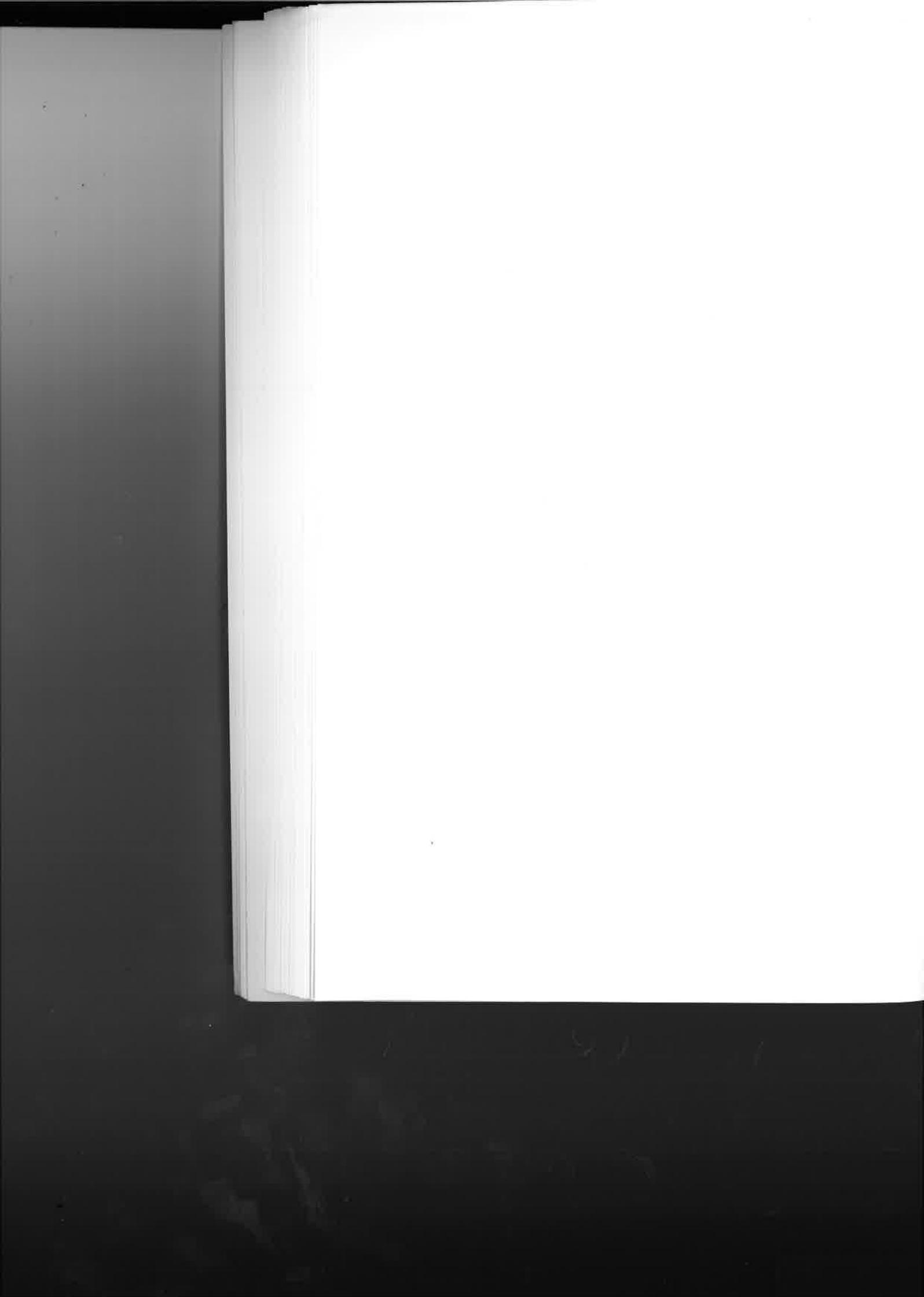
Puerto Real, marzo 1988

Paula Contreras



**PAPA EOLO, MAMA EOLA
Y EOLITO**

*A mi nieto Carlos en su
Primera Comunión en Algeciras.*



Pues señor:

Esto fue una vez, hace muchísimo tiempo, cuando los perros iban por las calles acollarados con longanizas de Benaoján, que la familia eólica se vino a vivir a las tierras de Algeciras; al principio estaban cansados porque el viaje fue muy largo y laborioso y apenas se notó su presencia en el pueblo. Vivían agazapados tras unas montañas y cuando iban a Algeciras lo hacían tan despacito que apenas notaban las gentes que habían llegado. Solo los árboles, el humo y el mar se daban cuenta; los árboles movían con mucha gracia sus copas y parecían reír como si les hicieran cosquillas; los humos parecían un poco loqueras bailando muy estirados, casi tendidos, como hamacas flotantes; las nubes corrían de un lado para otro, se iban y luego volvían con más nubes que se encontraban en su paseo; los pajarillos iban por los cielos contentísimos porque volaban sin esfuerzo; el mar se levantaba como de puntillas y sus olas se rizaban como tirabuzones de merengues; las veletas, obedientes como niños buenos, cambiaban constantemente la dirección.

Todos disfrutaban de la Naturaleza y por consiguiente agradecían a Dios el bien gozado.

Claro que todos, todos, no estaban contentos en Algeciras. Había algunas mamás que se quejaban porque los humos que echaban los coches, los autocares, los camiones y los barcos, no les permitían criar flores en las terrazas y además siempre estaban con el paño del polvo limpiando los muebles y tenían que cerrar las ventanas y apenas se podía respirar en los pisos.

El humo peor era el de los coches porque la gasolina al quemarse martirizaba a los árboles, que se iban poniendo amarillos y se les caían las hojas; el de los barcos, como era de carbón, tiznaba mucho pero no hacía tanto daño.

De eso se daban cuenta papá Eolo, mamá Eola y Eolito.

—¿Por qué no hacemos algo? —dijo una vez el pequeño notando la tristeza de sus padres.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó mamá Eola.

Papá Eolo callaba, juntando los ojos y arrugando los labios.

Ni los ojos, ni los labios de la familia eólica son como los de los humanos, porque no tienen forma fija, unas veces parecen espirales, otras varillajes de abanicos enormes, otras como ríos volátiles, otras como manos de muchísimos dedos muy finos; imposible verles ojos, ni boca, ni nada. Pero algo deben tener.

El caso es que mamá Eola, muy preocupada, volvió a preguntar:

—Eolo ¿qué podemos hacer? Porque es verdad lo que dice Eolito, que a los árboles les cuesta mucho trabajo vivir, y sin árboles robustos y fuertes ¿cómo va a jugar el niño? Y que ahora, en estos tiempos apenas se ven los campanarios de las iglesias, ni las torres, porque los hombres han levantado unas casas demasiado altas; ya, casi no hay veletas que delaten nuestros paseos; antes se asomaban las gentes, veían las veletas y decían: "Soplará norte..., soplará sur..." ¡Qué tontos los hombres, cuando más seguros estaban íbamos y soplábamos por otro lado de la veleta! Pues mira, eso era un buen entretenimiento para el niño y mucha tranquilidad para nosotros, porque cuando no teníamos gana de movernos el chiquillo se iba por ahí y disfrutaba volviendo locas a las veletas, tanto que entre los humanos había un dicho para dar a entender que uno de ellos estaba loco, que decía: "Ese está como una veleta". Y nosotros tan a gusto sabiendo que el niño disfrutaba de esa manera... ¿Y cuando iba a visitar nidos por las copas de los árboles? Alguna que otra plumilla o pajita echaba al suelo, pero siempre procuraba no hacer daño a los pajaritos..., y les ayudaba a volar... ¡es que Eolito es muy bueno! En cambio, nosotros, sobre todo tú, ¡bueno, no es que seamos malos, pero es que no podemos remediar tener tanta fuerza... Yo procuro no soplar fuerte, porque una vez eché al suelo muchos nidos, unos con pajaritos, otros con huevos y Eolito, que iba conmigo, se puso muy

triste... Y tú, Eolo, es que a veces te pasas; parece que disfrutas haciendo daño, y ¡hala! a tirar chimeneas, a doblar veletas y cables de la luz y del teléfono, a tronchar árboles... ¿Te acuerdas aquella vez en Puerto Real lo que hiciste? Yo no quería y tú empeñado en arrancar de cuajo la palmera grande del Porvenir... "Mira, —te decía yo cuando pasábamos por la estación —mira que a Eolito lo vas a disgustar, porque él viene mucho por aquí, porque aquí vienen los niños humanos a jugar, y él se pasa las horas muertas moviendo las hojas ahí arriba...; mira Eolo, que la palmera es muy fuerte y no vas a poder con ella..." —¿Para qué te dije esto? Te picó el amor propio, la vanidad de los humanos, y como si fueras uno de ellos cualquiera ¡hala! ¡parecías un toro embistiendo! cayó la palmera como una brizna de paja... ¡La verdad, Eolo, que aquello me dolió pero también me llenó de orgullo por saberte tan fuerte y poderoso! A tí te gusta demostrar lo que vales y sin ayuda mía, haces de todo: naufragios, incendios, torbellinos, arrasas pueblos enteros ¡vales mucho, Eolo! Pero considera que Eolito tiene que jugar...

Papá Eolo levantó la cabeza malhumorado. A su alrededor se levantó por este motivo una polvareda muy grande y volaron por lo alto toda clase de hojarasca, y los pájaros se juntaron en bandadas gritando entre ellos "¿Qué es esto? ¿A dónde vamos? ¿Quién nos empuja? ¿Cuándo podremos volver a nuestros nidos?".

Mamá Eola no dejaba de hablar:

—Mira, Eolo, no te enfades... Si lo mismo Eolito que yo sabemos lo de cosas buenas que haces y que nos has enseñado a nosotros... ¿Quién, sino tú le dices a las abejas donde pueden ir a libar el nectar de las flores? Y llevas las voces, los cantos, los aromas. Y te embalsamas con la frescura de los ríos para decir a los caminantes que cerca va el agua; y avisas cuando va a llover y cuando hay un fuego que tú mismo avivas; pero el aviso de los males lo agradecen los humanos... ¡Muchísimas cosas rebuenísimas que haces tú y nos has enseñado al niño y a mí que son imposibles de contar por ser tantas... ¡Y lo que goza Eolito en primavera llevando de un lado a otro las semillas de las plantas...! Y cuando en los campos había eras, para separar el trigo de la paja ¡cómo disfrutaba el niño ayudando a los hombres en lo que ellos llaman aventar!... ¡Muchas cosas buenas haces, Eolo de mi alma...!

Fue calmándose papá Eolo, poquito a poquito y mirando con mucho cariño a Eolito le dijo:

—¿Qué quieres que hagamos? Dí.

Eolito daba saltitos de árbol en árbol, besando las ramas de ellos y dijo:

—En Algeciras hay un niño que está creciendo mucho y antes de que sea mayor quiero estar a su lado dentro de su casa, por lo menos una noche...

Mamá Eola advirtió:

—Por la noche el niño no saldrá de casa... Acompáñalo por la calle cuando va a la escuela o sale de paseo.

—Quiero estar con él para ver qué hace en su casa...

—¡Hijo! La casa estará cerrada; y si es moderna tendrá las puertas y ventanas a prueba de Eolos...

Papá Eolo se irritó otra vez y por eso pudieron los pájaros volver sin trabajo a sus nidos.

—No te sofoques, Eolo... Nosotros sabemos que para tí ni la puerta de una choza. ni la de un palacio tiene secretos... Pero Eolito es suave y tierno como un niño humano, y que a él le gustan las flores, las mariposas, el tamo, el susurro...

—Y por qué quiere estar con ese niño? ¿Qué de particular tiene ese niño? ¿Cómo se llama ese niño? ¿Dónde vive ese niño?

—Vive ahí, detrás de esos montes, en Algeciras; se llama Carlos y tiene de particular que le gustan mucho las plantas, y que cría flores, y que es bonito como yo, juguetón como yo y que se ríe como yo...

—¡Hijo! —dijo mamá Eola conmovida: —¡tú eres nuestra alegría!

—Y Carlitos es la alegría de su casa, como una flor blanca y lunera.

—¡Ea! —dijo papá Eolo— no se hable más y manos a la obra. Iremos los tres a Algeciras... ¡Qué susto se van a llevar los algecireños cuando nos sientan; van a decir: "¡Ya saltó el levante...!" Vamos, deprisa, deprisa...

Y allá fueron los tres formando una hermosa orquesta de cantos y risas. Las personas, asustadas, decían que "el viento aullaba", pero no era así; la familia eólica silbaba jubilosa diciendo: "¡Carlitos! ¡Carlitos! Vamos a limpiar los árboles de mugre y de tizne; ¡los vamos a liberar; los vamos a bañar con agua pura de luz que es un agua que no conocen los humanos!".

Y los tres iban de un lado para otro alborotando la ciudad, el campo y el mar, donde ya empezaban a peligrar los barcos y los marineros.

A la noche Eolito entró en la casa de Carlos por la ventana del cuarto de su hermana, porque por la suya era muy difícil; lo intentó varias veces, pero daba a un patio muy chico con unas paredes muy altas...

—¡Qué no puedo salir de este patio que parece una chimenea!... — gritó.

Papá Eolo no lo oyó, muy entretenido por las calles, las plazas y el puerto. Mamá Eola acudió en su auxilio: —"¡Upa, upa hijo mío...!".

Fue aleccionado por la madre; así que entró por la otra ventana, levantó la cortina, cantó feliz: "¡Up, up, up, ...!". Cuando cruzó el pasillo y entró en el cuarto, seguía diciendo: —"¡up, up!..." y le besaba la frente y las manos.

Carlos dormía con la luz de la lámpara encendida y un libro abierto. Toda la noche estuvo Eolito acurrucado junto a su cama; y todo el día lo estuvo acompañando en la calle, en el colegio, en la casa y se estuvo enterando de muchas cosas.

Y cuando sus padres lo llamaron para agazaparse otra vez tras las montañas, abandonó a Carlitos con mucha pena.

—Me gustaría —dijo a los papás— que Carlos supiera que yo he estado con él.

—Eso no es posible —sentenció papá Eolo.

Pero mamá Eola, que no era tan fuerte, pero que sabía mucho más, dijo:

—¡Quién sabe! Tenemos buenas amistades entre las brujas...; a muchas le hemos sostenido la escoba en sus viajes y nos están muy agradecidas. A lo mejor puede que alguna bruja le vaya con el cuento al chiquillo y le diga: "¡Carlitos, eres la alegría de la casa...!". Porque es como una flor blanca y lunera...

*En su PRIMERA COMUNION
como recuerdo de su abuela.*

Paquita

Puerto Real, enero-julio 1987

GATOPOLLO

*Al niño Pablo Solís Sánchez
que terminó el cuento
y a su abuela María que
lo hizo posible.*



Pues señor:

Había una vez, en un pueblecito andaluz que se llama Moriles, una abuela que vivía en una casa muy grande y muy destartalada, que en tiempos pasados fue molino de aceite y lagar de pisa. Ella se llamaba María y todos en el pueblo sabían de su bondad y de su caridad.

Ocurrió, que, un día llegó una vecina llevando en la mano una capachita como las que antiguamente se usaban para la compra del pescado.

—María —dijo la vecina abriendo la capachita —mira lo que te traigo.

—¿Qué traes...? ¿Un gato?

—Un gatico..., mira qué bonito, es atigrado; nació hace una semana...; cinco gaticos parió mi gata; los he repartido todos y me queda este y, ..., me acordé de tí.

—Yo no quiero gatos...; se me murió el viejo el Michi y desde entonces dejo las cosas en la cocina con tranquilidad de que no se las van a comer ningún gato...; el perro no es ladrón y no entra en la cocina hasta que le llega la hora de comer.

—María, quédate con él porque me da lástima de matarlo.

—Quédatelo tú, mujer, que además es tuyo.

—Pero, María, si tengo una gata y dos gatos...; mira, ya tiene los ojos abiertos y la tripita caída...

Total, que María, la abuela buena y caritativa, cogió al gatito, se lo llevó a lo hondo de la casona, escogió una espuerta que acomodó para cama con trapos viejos, metió en ella al animalito y le dijo:

—Te llamarás Michi, como el otro.

Michi se acurrucó; luego hizo un guiño con un ojo y después cerró los dos. María se fue a la cocina a preparar la comida de la familia y a calentar una poquita de leche para el gato. Y estando en estas faenas,

"Trás, trás, trás..." llamaron otra vez en la puerta de la calle, que estaba entornada.

—¿Quién es...? —preguntó desde la cocina.

—Soy yo. La Frasquita.

—Empuja y entra...

Entró la Frasquita muy sonriente con una caja de cartón llena de agujeros que traía en las manos.

—Mira lo que te traigo, —abrió la caja y apareció un pollito blancuzco y esmirriado.

María arrugó el entrecejo: —¿Me traes un pollo acabado de salir del cascarón?

—Lleva ya tres días en el mundo —contestó la Frasquita— Me lo regaló mi comadre Juana, pero ¡hija de mi alma! Mi Paquito lo ha tomado como un juguete y lo va a destripar. Quédate con él; tú tienes corrales y aquí no hay niños que lo maltraten y ¡a lo mejor se te hace un gallo! ya me convidarás al arroz...

Después de poner muchos inconvenientes, María se quedó con el raquítico pollo, y, a la vez que le llevó su ración de leche al gato, colocó al nuevo inquilino en la misma camita. Luego continuó sus quehaceres; puso en un cazo con agua un huevo hasta ponerlo duro con la intención de darle como alimento la yema al pollito, y pensaba que pocas comidas tendría que hacerle, porque el animalillo moriría pronto, de muerte natural o de arañazos que le hiciera el Michi.

Cuando llegó a lo hondo de la casona con la yema cocida del huevo dispuesta a meterle el alimento por el pico, quedó sorprendida: en la

estancia entraba en aquel momento por la ventana un sol espléndido que, naturalmente, bañaba el lecho de los animales, dentro del cual había colocado antes el platito con la leche. Michi pasaba su lengüita por los incipientes bigotes, con el hociquito blanco y una patita mojada y dentro del plato; el pollito hincaba una y otra vez el piquito sin conseguir probarla. María lo tomó, lo aprisionó suavemente entre sus piernas, le abrió el pico y le introdujo parte de la yema desmenuzada; el resto lo dejó en el plato y se marchó a sus cosas.

Fue entonces cuando Michi habló con su compañero de cama.

—Yo no se quien eres pero me pareces muy raro y no comprendo como vamos a entendernos.

El pollo cerró lánguidamente los ojos y bajó el piquito hasta tocar el suelo de la cama.

—No te acobardes y mírame...

El pollo abrió los ojos y los fijó en Michi.

—Pero es que eres raro hasta por los ojos...; los tienes a los lados y no como yo, ¡fíjate! aquí en la frente, uno al lado del otro, y no como los tuyos que parecen peleados...

Nuevamente el pollo cerró los ojos y bajó el pico.

—¡Pero se puede saber qué te pasa!... ¿Es que te acuerdas de tu madre?

Movió sorprendido y extrañado la cabecita y preguntó:

—¿Madre...? ¿Madre...? ¿Eso, qué es?

—Pues ¿es que no lo sabes? Tu madre es la que te ha llevado en el vientre..., ¿no has estado en un vientre? ¿no te acuerdas? ¿no has sentido a tus hermanos moviéndose? ¿no has sentido las tripas de tu madre cuando se llenaban de aire? ¿Qué no? ¿Dónde has estado tú antes de nacer?

—Yo estaba en un sitio muy oscuro y muy calentito y un día, como no cabía ya dentro, empecé a picotear, hice un agujero, dí un salto y me salí; empecé a andar y una mano me cogió y dejé de oír un "clo, clo, clo" que me gustaba escucharlo; luego me han estrujado, me han tirado por alto, me han tirado al suelo y... me han traído aquí...

Michi estaba conmovido.

—¡Pobrecito! ¡Sin madre...! Por eso me pareces tan raro, porque no teniendo madre, es muy difícil todo... Cuando yo salí del vientre, mi madre me estaba esperando, me cortó la tripita y me sacó de una bolsa donde yo estaba metido; luego me lavó con besos, muchas veces, igual que a mis hermanos; ellos y yo teníamos los ojos cerrados pero ella nos dijo que nos arrimáramos y que con la boca buscáramos sus tetitas; yo la encontré enseguida y salía una lechecita ¡más rica!; cuando se me abrieron los ojos, vi las tetitas; eran muchas y todas llenas hasta derramarse; mi madre se tendía y nosotros corríamos a chuparlas; a mí me gustaba trepar por la cabeza de mi madre porque cuando iba bajando por sus bigotes, ella me daba un lametón en mi barriguita; las tetitas eran de color de rosa y los pezoncitos muy oscuros como granitos de trigo, y temblaban..., yo creo que mi mamá se reía y por eso parecían temblar... Cuando la señora María ha traído la leche, yo he pensado con mucha pena en mi mamá y en mis hermanitos...

Después de un largo silencio, el pollo preguntó:

—¿Será buena la señora María con nosotros? A mí me ha llenado el buche y me está dando sueño...

—Duérmete; yo acabaré la leche y me tomaré tu comida también...; es inútil que me lamente...; hay que tomar las cosas por su lado bueno y aprovecharlas...

—¡Qué cosas dices...! —se admiró el pollo.

—Mi casta es de filósofos.

Tal vez durmieran toda la noche. O tal vez no. Pero la pasaron callados. El pollo ovillado. Michi con las orejas alertas al menor ruido; se daba el cuenta de que las polillas trabajan en la oscuridad.

Pasaron varios días y María comentaba los progresos que hacían sus huéspedes; ya pasaban muchas horas fuera de la espuerta que les servía de cama; que Michi aprendió a hacer sus necesidades en la caja de cartón preparada al efecto, pero que el pollo soltaba la "churralada" donde le entrara la gana sin miramiento alguno; que Michi comía la leche con pan migado y el pollo también; que había comprado en la plaza unos

boqueroncitos muy chiquitos y que se los iba a dar al gato, y al pollo un huevo duro mezclado con la leche, como siempre...

Y María, al darles la comida a los dos, exclamó llena de sorpresas:

—¿Qué veo...? ¿El pollo comiendo pescado...?

Efectivamente: mientras Michi se zampaba los boquerones como si bebiera agua, el pollo, cuando lograba apresar con el pico a uno, levantaba gallardamente su cabeza y con los ardides de su garganta, lograba engullir con rapidez aquel manjar, superior en delicias al huevo duro y a la leche. Tenía el buchito tan abultado que parecía contener una nuez de mayor tamaño que su cabeza incluido el pico. Michi, finalmente, se tragó ya sin paladear, el resto del pescado y la yema empapada en leche.

María dejó a sus huéspedes reposando el banquete. Michi estirado a lo largo cabe al escalón de la estancia sobre la vieja estera; el pollo, intentando pasear por el patio muy cerca de las flores.

María contaba a su hija lo que había presenciado durante el festín de los individuos.

—Pues ya tenemos nombre para ese bicho: se llamará Gatopollo.

Michi y Gatopollo vivían en armonía; crecían y se estaban poniendo guapos los dos. Michi llamó la atención de su compañero diciéndole:

—Cada día vas cambiando de color; ahora pareces un limón con patas. Yo no se como puedes andar sin caerte. Compárate conmigo —y esirando las dos delanteras sacó las uñas.

Gatopollo las miraba preocupado y movía acompasadamente la cabeza, mirando ora con un ojo, ora con el otro.

—¿Qué son esos ganchos...? ¿Para qué los quieres?

—¡Son uñas!... En mi familia tenemos uñas, bigotes y pelos.

—¿Qué son pelos?... Yo no tengo pelos...

—Tú eres un bicho raro... Pelos es todo lo que me cubre el cuerpo, por eso soy suave, suavito...

—Yo también soy suavito...

—Por el buche solamente... Tienes las patas muy raras, con las uñas al aire y se te va cayendo la pelusa y te van saliendo plumas como a los pájaros...

—Podré volar entonces...

—Tú no volarás jamás; tú eres un bicho raro; te lo he dicho muchas veces y no te das cuenta.

Gatopollo hurgó con su piquito bajo las alitas y abandonó a Michi con desdén; sus patitas tan preciosas, unidos sus dedos por unas telitas tan fuertes que le permitían posarse con seguridad sobre las piedrecitas; y sus alitas, que ya se poblaban de plumas de colores; y una crestita muy chiquirritita que se estaba formando en su cabeza y que sería como la corona de un rey; tal vez él fuera un rey; ¿y la colita? llevaba unos días sintiendo un cosquilleo por los alrededores del boquetito por donde le salía la basura de su cuerpo; eran las plumas que le estaban naciendo...

En estos pensamientos discurría Gatopollo, cuando advirtió, que cerca de él, debajo de la tierra, algo se movía; escarbó con rapidez y... ¡qué maravilla! ¡un gusanito!, que pasó por su gaznate y que le hizo exhalar un ruidito, que podría ser suspiro o risa.

Michi esiró los bigotes.

—¡Un gusano! ¡Un gusano! —decía Gatopollo lleno de gozo.

—¡Qué porquería! —exclamó Michi, despreciativo— Tú no sabes lo que son manjares... ¡Si probaras un ratón...! ¡Es lo mejor del mundo! Hasta que no pruebes un ratón no sabrás lo que es bueno... Cuando cace uno te dejaré el rabo para que lo pruebes y eso que el rabo me gusta más que todo el cuerpo, porque hasta última hora está moviéndose y me hace cosquillitas en el hocico...

Gatopollo se alejó metiéndose entre las macetas; a veces le molestaba oír al fanfarrón de Michi; ya le estaba cansando oírle decir tantas veces que él era un "bicho raro"; que si no tenía dientes, que si sus ojos estaban disgustados, que si su color...; y luego, siempre presumiendo de su familia que vivía en la selva, y que él tenía el cuerpo como los de sus parientes los tigres... A pesar de esas cosas, quería mucho a Michi, porque Michi era orgulloso pero bueno y le estaba enseñando a vivir...

En la casa, allá por la cocina, sentíanse voces. Gatopollo corrió al lado de Michi porque sintió miedo. Michi le pasó la lengua por el buche y le dijo:

—Gente..., gente a pasar temporada; ahora comeremos mejor..., lo malo es que tendremos que alternar con el perro y eso me pone el lomo de punta... ¡le tengo unas ganas...!

—No se mete contigo...

—Porque sabe que le puedo...

Efectivamente: había llegado la familia de Granada: dos niñas, un niño y sus padres. María estaba contentísima; cogió al niño de la mano y le dijo: —Ven. Te voy a enseñar a Michi y a Gatopollo.

Y allá fueron, a los corrales, la abuela María con su nieto Pablito.

—¿Te gustan? —y María llamó a Gatopollo: —¡Pito, pito, pito! —y Gatopollo ni se alteró, y entonces llamando a Michi: —¡Michi, mini...!

Michi siguió quieto haciéndose el dormido y Gatopollo acudió presuroso a la llamada. Y esto a Pablito le entusiasmó y estuvo toda la tarde en el corral siguiendo las evoluciones de Gatopollo, llamándolo como a un gato y hablándole como si fuera otro niño como él: —Te vendrás conmigo a Granada; allí no hay corral pero yo te sacaré de paseo cuando mis papás me saquen a mí...

Gatopollo no dejaba de mirar a Michi lleno de satisfacción, porque con sus patitas raras, sus alitas cortas, su crestita empezando a salir, su colita en escobilla, sus ojitos separados... ¡eso era ser guapo! ¡y cuándo fuera mayor, un rey!, Michi presumía de tener por pariente al león, el rey de la selva..., ¡pues él sería un rey, sin melenas pero con unas barbas y unos espolones...!

Cuando Pablito se retiró fue a contarles a sus amigos que en casa de su abuela había un gatopollo, que comía pescado y que acudía cuando lo llamaban diciéndole: ¡Mini, mini...! y nunca si le decían: ¡Pito, pito...! Y todos fueron a conocerlo. Cuando llegaron al corral se encontraron a los dos amigos preparados para dormir; Michi acurrucado y Gatopollo encima de su lomo con el pico bajo una alita. Y Pablito, luciendo su sabiduría, dijo "Pito, pito, pito..." y los dos animales continuaron en la misma postura; entonces el niño continuó: "Mini, mini, mini...", y una sonrisa ancha dilató su boca cuando vio a Gatopollo acudir a su llamada.

—¡Y come pescado crudo...!

Los niños gritaron: —¡Un fenómeno! ¡Un gatopollo...!

Michi dio un ágil salto y se subió a la barda del corral; enarcó el lomo y amenazó con su brillante mirada; los niños se asustaron y huyeron temiendo a Michi que parecía querer abalanzarse sobre ellos.

Gatopollo se dolió de la faena de Michi: —¿Por qué los has echado...? ¡Me estaban mirando a mí porque les gusto!

—¡Bah...! —dijo despreciativamente Michi y se acomodó en lo alto.

Muy tarde bajó Michi a reunirse con su compañero. No hablaron hasta pasado mucho rato que Gatopollo lo despertó preguntándole alarmado:

—¿Qué te pasa, Michi, qué te pasa?

Malhumorado contestó encrespado el lomo:

—Déjame dormir en paz, bicho tonto...

—Es que hacías unas cosas muy raras con la garganta, como si te doliera.

—¡Serás tonto!... ¿Pues no me has oído otras veces?... Estaba soñando con mi mamá y ronroneaba de contento...; tú como no has tenido mamá no entiendes de esas cosas... Y además tú siempre haces lo mismo: piar; y no sabemos si estás triste o alegre...

—Yo cuando estoy triste cierro los ojos y cuando estoy alegre... —se quedó callado, sin saber qué decir.

—¿Ves...? No lo sabes.

—Sí lo sé. Ahora mismo lo estoy sabiendo: cuando esté alegre cantaré y moveré un penacho de plumas que ya me están saliendo aquí, detrás.

—¡Ya lo veremos! O quizá no lo veamos nunca...

—¿Por qué dices eso? —se alarmó Gatopollo.

—Otro día te lo diré...; quiero seguir durmiendo...

Y por más que insistió Gatopollo no consiguió que Michi hablara.

Pasaron días y Pablito y sus amigos continuaban las visitas al corral y a escondidas de la abuela llevaban dentro de la casa a Gatopollo para jugar. El animalito era dócil a los deseos de los niños, que subían en las sillas y en las mesas para comprobar si se bajaba como un gato o como un pollo, sin conseguirlo, porque el animal se iba al filo de la silla o de la mesa y a lo más que llegaba era a batir débilmente las alas; lo seguro siempre era la expulsión de una gallinaza, que los críos se apresuraban a limpiar con papeles que no siempre estaban cerca ni eran suficientes por lo que la abuela protestaba de los niños y de Gatopollo, quien corriendo y avergonzado escapaba al corral.

Dejaron los niños las visitas diarias y solamente Pablito fue constante pero hacía las visitas muy cortas. Por este motivo, los animalitos volvieron a estrechar su amistad y charlaban mucho; Gatopollo admiraba a Michi.

—¿Por qué sabes tanto?

—Por instinto... Mi mamá me dijo que todo lo aprendería por instinto y que instinto es la sabiduría que traemos al nacer, para poder defendernos, para vivir y para que nazcan otros como nosotros... Yo seré siempre padre.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue la hora...; creo que cuando pase el calor...

—¿Y yo...?

Michi se lamió una patita y contestó: —Tu instinto te lo dirá... —y luego, un tanto triste continuó: —De esas cosas más vale no hablar, porque todo lo tuyo me da pena...— y se tendió para dormir.

Pero Gatopollo entendió que Michi que presumía de todo se consideraba superior a él. Y no era así... ¡Y eso que aún no era completa su belleza!

Los dos estaban acurrucados bajo el celindo sobre un lecho de jazmines que el viento en la noche había esparcido sobre el suelo.

Michi se estremeció y sus orejas se pusieron alertas.

—María —decían desde la puerta de la calle— que te llaman por teléfono, que es conferencia de Córdoba...

—Allá voy —y salió corriendo a casa de la vecina.

—¡¡Vamos...!! —ordenó Michi— ¡¡A la cocina...!!

Cuando Gatopollo pudo llegar a la cocina ya estaba Michi en lo alto del fregadero, donde María había dejado la merluza, cortada en grandes trozos para su preparación. Desde arriba, echó empujando con sus patas traseras un hermoso pedazo que Gatopollo no pudo, por más esfuerzos que hizo, arrastrar, para llevarlo a donde ya estaba el gato, detrás de unas macetas, devorando su precioso manjar; decidió comerselo allí mismo, y así lo hizo.

Llegó María entretanto y lo sorprendió:

—¡Sinvergüenza! ¡Ladrón...! —recogió el trozo del suelo ¡Si parece que lo ha desmenuzado con el pico de un cantero! Pero Gatopollo no es capaz solo de hacer este desavío..., esto es cosa de Michi...; donde lo pille se va a enterar de quien soy... No le van a quedar ganas ni de oler el pescado... ¡Sinvergüenza! ¡Ladrón...!

Michi abandonó detrás de la maceta los restos de merluza y desapareció tras las bardillas.

Indignada, María recogió los restos, los metió en una bolsa y los tiró al cubo de la basura, mientras se desahogaba diciendo: —El Michi no va a entrar ya nunca en la cocina, aunque me lo pidiera de rodillas, que es un decir, y el Gatopollo... ¡bueno, el Gatopollo lo seguiré cuidando por la cuenta que me tiene...!

¿Cuánto tiempo tardó Michi en volver a la casa? Gatopollo había estado todo el día como un borracho de un lado a otro, buscando a su amigo, que volvió cuando ya las estrellas que habían brillado toda la noche en el cielo comenzaban a palidecer; y llegó eufórico, risueño, cariñoso y hablador.

—Tienes que venir conmigo... Tienes que venir. Nos vamos a mudar de casa...; aquí no se puede vivir...; entre el Cuco que ladra por cualquier tontería y señora María que me echa del cojín del sofá siempre que me ve, me tienen la vida amargada... Además, señora María siempre está limpiando la casa y aquí no se encuentra un ratón ni para un apuro... Solo me he comido tres desde que vivo aquí, y eso porque se despistaron; uno se cayó de la barda y lo atrapé junto al pozo y a poco se me escapa con tantas macetas...; otro que entró por la puerta de la calle porque se equivocó de

casa, y otro ¡uy, el otro! salía del cubo de la basura y yo no me explico todavía por qué estaba allí, pero ¡cómo disfruté! jugué con él como si fuera una pelota, lo atrincaba por una pata, lo soltaba, lo volvía a trincar por otro lado, lo dejaba correr y cuando me cansé, me lo zampé... ¿tú te acuerdas, que quise darte el rabito y te daba miedo porque se movía?... —se relamió actualizando sus gozos y luego añadió: —Vamos a vivir en un granero que me he encontrado...; allí hay de todo: trigo, cebada, maíz y ratones. Los ratones son míos, lo demás para tí. Se entra por las ventanas..., Nos pondremos grandes; yo dispuesto para ser padre, tú... —y se quedó callado.

—Sigue hablando, Michi, sigue hablando... ¿Y yo? ¿Qué ibas a decir...? ¿Y yo también me pondré grande...?

—También... Con el trigo y el maíz te convertirás en el gallo más hermoso del mundo, pero... —volvió a callar muy triste.

—¿Pero qué, Michi...?

—Que no podrás cantar al amanecer, que tendrás que vivir escondido... Eso sería morir...

—¿Morir? ¿Qué es morir?

—Pues no ser.

—¿No ser qué?

—No me preguntes más —habló con los bigotes enhiestos— No quieras saber...; vive y disfruta mientras puedas... ¡Ea! nos mudaremos de casa ahora mismo —se le cambió la voz: —Al granero hay que entrar por las ventanas y están muy altas... Yo puedo entrar por el tejado o dando un salto por la bardilla más cerca, pero ¿y tú?

Gatopollo movía la cabeza con inquietud creciente.

—Bueno, también tú podrás porque ahora mismo vas a aprender a subir a todas partes...; yo te enseñaré: primero a los poyetes, luego al pilón grande, después a la bardilla del pozo y luego a las otras bardillas... ¡Ea, vamos...!

Y así, cuando llegaron los niños, gritaron alborozados viendo a Gatopollo en lo alto del bardal.

—¿Cómo habrá subido?

Un misterio porque nadie estuvo presente cuando las acrobacias del animal; lo cierto era que estaba allí y que tal vez poseído de vértigo porque cerraba los ojos continuamente.

—Parece que va por la cuerda de un circo.

—Y se va a caer... Que se cae..., que se cae...

Michi se acercó presuroso y saltó con precisión cogiendo con su boca a Gatopollo por el cuello y llevándolo a rastras con muchísimo cuidado por el bardal hasta llegar a las cercanías del pilón grande, al que llegó con tal ligereza que el salto pareció una ráfaga de colores.

Los niños estaban entusiasmados. Michi le reñía a su amigo:

—Eres ridículo como una persona... Y como una persona te gusta que te admiren... ¡Como ellos, que disfrutan despertando envidias! Cada uno es como es: yo, un gato y tú un pollo; solo un pollo..., y no te creas que eres como ellos te dicen, Gatopollo... Eres ridículo y fatuo como ellos... Me voy al granero...

Y se marchó.

Muchos días anduvieron separados y cuando algunas raras veces estaban juntos lo era en silencio; los dos estaban tristes y los dos se huían. Un día, Gatopollo, escuchó comentar a María con la familia, desde la cocina, mirándolo por la ventana.

—¡Está hermosísimo...!

(—Hablan de mí, —se decía Gatopollo, y continuaba su paseo por el patio con aire marcial.)

—Eso es lo que decimos un pollo tomatero...

(—No hay duda, hablan de mí y con entusiasmo...)

—¿Y para cuándo va a ser...?

—¡Mujer! Esperemos a que se haga mayor...

(—¡De mí...! ¡que hablan de mí! Y Michi lo está oyendo y no quiere enterarse, por eso se habrá ido al granero con sus ratones...)

Gatopollo, que iba sabiendo muchas cosas, llegó a decidir que él no estaba en el mundo para esconderse, porque él era un adorno más del patio. Comía y bebía bien; le querían todos y no podría ser desagradecido y por lo tanto no se cambiaría de casa y que Michi hiciera lo que le diera en gana. Así se lo dijo, cuando a la madrugada de un nuevo día, llegaba cansado y hambriento su compañero.

—¿No ha dejado señora María comida para mí...?

—Ya no te la trae, como apenas paras en la casa...

—Iré por la cocina...; a lo mejor al niño le ha sobrado cena.

—Me la traje a mí: pan y un pedazo de pescado frito.

—¿Y te lo comiste? ¿Por qué no me guardaste?

—No sabía si ibas a volver, y como tienes ratones...

—Ya no queda ni un ratón en el granero...; tengo que buscar por otra parte...; yo sé donde puede haber más... Pero..., pero si tú supieras...

—Cuenta, cuenta, no te calles...

—Que, verás, que...

—Sigue, sigue...

—Que buscando, buscando por patios, bodegas y trojes, me encontré una gatita blanca con un lunar oscuro en la frente, unos bigotitos que parecían hebras de luna, un hociquito como una rosa de caramelo, un rabito oscuro por la punta y unos ojos que los abría y cerraba como la señora María abre y cierra el abanico cuando tiene calor... ¡juy, qué gatita! Me acerqué y me dijo: "¡Fú...!" No le hice caso y me arrimé más y en vez de enfadarse de nuevo se le alisó el lomo, se echó al suelo y empezó a ronronear... Y yo también... Nos hemos hecho amigos y cuando llegue el tiempo, hemos quedado en que ella será la mamá de mis niños-gatitos... Soy feliz aunque no haya comido en todo el día...

—La señora María te dará mañana de comer si no te vas.

—Me iré porque me espera Micha... Si vienes conmigo te dejaré en el corral de la casa de mi novia y conocerás gallinas ¡qué bien lo vas a pasar! Ayer se llevaron al gallo...

Salieron los dos muy de mañana. A Gatopollo las cosas que escuchaba de las gallinas le ablandaban el piquito y le cosquilleaban todas las plumas que cubrían su gallardo cuerpo.

Que salieron muy de mañana y nadie supo como.

Así, cuando Pablito se despertó y fue como cada día a contemplar la majeza de Gatopollo y no lo encontró, se puso muy triste y quedó en el patio de las flores como una flor más, una flor morena y brillante de azabache, perlas y corales. Así lo decía siempre su abuela María que, aunque andaluza, no exageraba porque el chiquillo era así; una flor morena y brillante: "¿No veis que luceros tiene por ojos? ¿No veis sus dientes blancos como finas perlas? ¿Y sus labios como corales o cerezas...?"

Pero el niño estaba triste. Ni Gatopollo, ni Michi acudían a sus llamadas. "¡Mini, mini...!" Pablito casi lloraba de pena y no quería salir a la plaza a jugar con sus amigos.

María había ido por las casas vecinas preguntando: —¿No habéis visto en los corrales a mi Gatopollo?

Nadie lo había visto ni oído. María pensó que se lo habían robado porque era bonito, estaba muy hermoso y despertaba ciertas apetencias. Pasadas unas interminables horas, una vecina que no fue visitada porque todas suponían que no había vuelto del campo ya que su casa estaba cerrada desde el día anterior, llamó: "¡Tras, tras...!"

—Pasar quien sea —contestó María.

—Soy yo, que me fui ayer al cortijo a llevarle de regalo a mi suegra un gallo que he criado, muy hermoso, y al volver he visto que en mi corral está tu pollito, que como no lo saquemos de allí pronto no vamos a encontrar de él ni una pluma para el recuerdo.

Corrieron los dos al corral y efectivamente, allí, en un rincón al amparo de la tela metálica, escondida la cabeza bajo un ala estaba el pobre animal sangrando, cercado por unas furiosas gallinas que lo asaetaban a picotazos.

—¡ox, ox...! —ahuyentaba la vecina, mientras opinaba sobre el caso—. Las tunantas creerán que se les ha dado el cambiazo, como mi gallo era tan cumplidor, este les resulta poquita cosa.

¡Tan poquita cosa! El pobre Gatopollo había perdido su arrogancia a la vez que sus plumas; María lo tomó maternalmente en sus brazos, lo

acurrucó junto a su pecho y comentó: —¡Pobretico! Le tiembla el corazón como a mí el mío cuando subo deprisa las escaleras... ¡Qué mal ratico ha pasado el pobre!

Cuando Pablito se enteró lloró amargamente y lo tuvo en sus brazos hablándole como si otro niño fuera; era el último día de sus vacaciones y patiría aquella misma tarde con su familia a Granada.

—Yo no me voy... —imploraba— tengo que cuidar de Gatopollo...

Convencido al fin, partió a las pocas horas y al despedirse de la abuela con dos sonoros besos, le suplicó:

—Cúidalo bien, abuelita...

Muy entrada la noche llegó Michi y muy asustado le dijo:

—Te busqué en el gallinero...

Un sonido extraño y doloroso salió de la garganta de Gatopollo.

—¿Qué te pasa?... ¿Pero qué te han hecho...? ¿Quién te ha quitado tantas plumas...? ¡Contesta!

Con sonidos entrecortados relató lo ocurrido. Michi, enfurecido, prometió un escarmiento a las gallinas y aseguró que nunca lo dejaría solo tanto tiempo expuesto a tantos peligros. Y lamía cariñoso las calvas del cuerpo maltratado, cuando se oyó por el corral un ruido; el ruido de siempre, pero que aquella ocasión de nervios, resultaba espantoso.

—¿Qué pasa...? —preguntó Gatopollo temblando de pavor.

—Nada..., que señora María ha encerrado al Cuco en el garaje y está ladrando.

—Podía dormir aquí con nosotros...

—¡Nunca! El y todos los perros son enemigos míos y de toda mi familia. El Cuco hace como que no me ve cuando pasa cerca de mí... Está lleno de soberbia porque dice que él guarda la casa y porque lo llevan de cacería...

—Algunas veces viene por aquí y menea el rabo...

—Sí, pero yo saco las uñas y se va asustado...

Ya Gatopollo respiraba acompasadamente y Michi, dándose cuenta, se quedó callado, respetando su sueño, pero sin dejar de pensar en las cosas que le había oído a una gata vieja que encontró en un tejado tomando el sol, cuando subió a cortejar a Micha. Aquella vieja sabía mucho y le dijo que ellos habían nacido demasiado tarde, porque ya en las casas no se encendían chimeneas, ni los braseros; que antes, cuando ella era joven, lo pasaba muy bien durmiendo en los rescoldos, oliendo las despensas, descansando en las pajas, correteando por las bodeguillas...; que ahora, ni guisan con leña ni con carbones, que las despensas las llaman neveras y ni pajares hay, ni bodeguillas, ¡una ruina!; un pobretería que acabará con los infelices gatos; que ya no hacemos falta en las casas porque a los ratones los matan con veneno, dejándonos sin trabajo y sin alimento...

Se durmió y soñó.

Soñó con un mundo maravilloso: Micha, tendida en un hermoso cojín jugando a la pelota con un ratón...

Por la mañana al despertar se encontraron con Cuco que, desde la puerta, miraba extrañado el revoltijo de huesos, pellejos y plumas que formaba el cuerpo de Gatopollo. Michi enarcó el lomo y dijo amenazador: —¡Fú, fú...! Cuco desapareció escondiendo el rabo entre las patas.

Michi cumplió su palabra de acompañar siempre a Gatopollo; le buscaba gusanos y saltamontes por los corrales vecinos y se los traía en la boca; al soltarlos en el suelo, siempre decía:

—¡Uf, qué asco!... ¡Siempre serás un bicho raro! ¡Comer esas porquerías!

Pues comiendo "esas porquerías" y comiendo grano y moyuelo, y pescados, y sobras de guisos de la casa, Gatopollo iba recobrando su belleza y su fortaleza, sembrando inquietud en Michi, cuyo instinto estaba muy desarrollado. Un día le advirtió:

—No debes comer tanto...; estás buscando tu perdición.

Gatopollo no lo quería escuchar; él, solo atendía a los comentarios de las personas que elogiaban su apostura y que alababan la potencia de su voz aguda.

—¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!

Cada mañana enfadaba a Michi que le decía:

—¡Eres tonto! Te pones a gritar porque va a amanecer... ¿Y si yo gritara "¡miau, miau!?"

—No sería lo mismo, Michi, tu garganta no se puede comparar con mi pescuezo...

Cuando Pablito volvió a la casa de su abuela, lo primero que hizo fue ir a ver a Gatopollo.

—Verás qué bonito se ha puesto...

El niño lo vio. Gatopollo paseaba henchido de vanidad, lucía su roja cresta, sus tornasoladas barbas, las hermosas alas, las brillantes plumas de su cuerpo, las de la cola enhiesta como estandarte victorioso, los grandes y agresivos espolones...

El niño estaba entristecido y le reprochó a la abuela:

—No lo has cuidado bien y se ha puesto grande...

Porque el niño, cuando vio a su vivo y dócil juguete transformado en un animal bello pero inabordable sufrió una penosa desilusión.

—No lo has cuidado bien. Se ha vuelto grande.

Michi, que había oído al niño, también consideró el hecho y también se entristeció, porque su instinto volvió a avisar de la proximidad del fin de Gatopollo. Ya había notado ciertos preparativos en la cocina; ya sabía que estaba bien afilado el cuchillo grande; y limpio el lebrillo y preparada una caja de cartón donde se guardaban plumas...

Y llegó la hora. ¿Qué podría hacer él por su amigo? En vano sacaría las uñas, inútil enarcar el lomo. Subió a la barda y llamó enloquecido:

—¡Sube..., sube...! Da un "voletío", sube y yo te salvaré...

Gatopollo, inocente de lo que se estaba tramando contra él, no quería obedecer a su amigo, y daba pasos alrededor del lebrillo, como si ensayara un delicado minué.

Cuco, que había acudido, miraba a Michi; al soberbio y altanero Michi, el de la parentela aristocrática: leones, tigres, leopardos...; a él en cambio, aunque era un galgo, algunos ignorantes le decían chucho y él no se molestaba.

Michi seguía gritándole a Gatopollo: —¡Sube..., sube...!

Desesperado, bajó su orgullo de raza y suplicó: —Cuco, cógelo y ven detrás de mí...

Le faltó tiempo a Cuco para obedecer el mandato del atigrado enemigo y sin que a Gatopollo le diera tiempo para escapar, lo trincó por el cuello, ahogando el quiquiriquí que había comenzado a lanzar en señal de auxilio. Cuco estaba muy acostumbrado a estas faenas casi diarias en sus excursiones con el amo, de cacería, subió con su presa agilmente al pilón grande y luego a la barda; desde ella divisó a Michi junto a la pared de tela metálica del gallinero de la casa vecina, de triste recordación. Le fue fácil bajar, porque el tejadillo de la cochinería le facilitó el salto al suelo. Gatopollo, libre en el suelo, no comprendía como Michi no arremetía contra Cuco, su enemigo de siempre; Aturdido miró al gallinero donde el escándalo arreciaba: cacacá, cacacá, ca..., todas a la par...

El ama acudió al ruido.

—¿Qué pasa aquí? ¿Otra vez Gatopollo con mis gallinas? Bueno, que entre, a ver que pasa —y le abrió el gallinero —voy a avisar a María...— y dejando encerrado a Gatopollo, salió.

Michi y Cuco se habían subido a la techumbre de la corraleta. Cuco, tímidamente, habló:

—No le hice ni una chispa de daño.

—Lo has hecho muy bien, Cuco.

Envalentonado por esta parca alabanza, continuó: —Yo cazo las liebres y las llevo vivas al amo...

—Lo sé... Lo he oído contar a los cazadores... Vales mucho, Cuco...

—¡Quiquiriquí! ... ¡Quiquiriquí...!

Gatopollo era el dueño del gallinero, del corral, de la casa, del pueblo y del mundo entero.

—¡Lo haces muy bien! ¡Míralas!... ¡Locas por tí!... —aplaudía Michi.

Y Cuco:

—No se cansa... Una, otra, otra, otra...

Entraron en el corral la dueña de la casa, María, su hija, su nuera y Pablito, que lloraba con tremendo dolor y desconsuelo.

María explicaba que se le enfriaría el agua que tenía preparada para desplumarlo cuando le cortara el pescuezo —y blandía contrariada el enorme cuchillo que había afilado para el sacrificio. Al ver a Michi y a Cuco de espectadores en el tejado de la corraleta, les dijo amenazadora:

—¡Serán sinvergüenzas! Esto es cosa del gato que se las sabe todas... Pues no te saldrás con la tuya, nos lo comeremos con arroz y...

Un grito desgarrador conmovió el corazón de María; su Pablito le sujetaba la mano que sostenía el arma homicida.

—¡No lo mates, no lo mates...! —gimoteaba.

Gatopollo, ajeno al drama que se desarrollaba en el corral seguía tomando posesión de su reino en cada gallina.

—Mamá, no le des ese mal rato al niño y deja vivir a Gatopollo —rogó la hija; y como todos pedían la vida del inocente, María decidió:

—Bueno, lo perdonamos por ahora... —y a la vecina— tenlo unos días en tu gallinero, mientras yo apaño el mío y compro algunas gallinas... La verdad es que yo no quería tener gallinas porque dan mucho trabajo y ya estoy muy vieja...— acarició y besó al nieto, y luego, tierna la voz, confesó: —Pues, yo iba a pasar un mal rato y además no podría ni probar el arroz, porque la verdad es que yo quiero mucho a Gatopollo...

Y felices todos, se deshizo la reunión.

La reunión de personas, porque Cuco y Michi continuaban observando el gallinero y se miraban con mutua complacencia. Se despidieron al anochecer de Gatopollo, que apenas se dio cuenta, cansadito y feliz entre sus subordinadas.

—No te gusta dormir en el garaje ¿verdad? —le dijo Michi a Cuco.

—No... No me gusta estar solo; pero me encierran allí para que tú y yo no nos peleemos y armemos gresca mientras ellos duermen... Yo siempre te he respetado...

—A mí me respetan todos porque me temen todos los chuchos.

—Yo soy galgo.

—No me importa lo que seas; has salvado la vida de Gatopollo y ya somos amigos para siempre.

—¿De veras...? ¿Y estaremos juntos?

—Siempre...

Michi trepó a la barda y bajó al patio. Aún estaban los preparativos de la matanza; guió a Cuco que ya estaba a su lado y lo llevó al sitio donde estaba la capacha que compartió como lecho con Gatopollo.

—Yo no quepo ahí... Dormiré aquí, a tu lado...

—Y yo contigo, entre tus patas... Y cuando señora María arregle el corral dormiré Gatopollo con nosotros...

¡Tan felices!

Y Pablito, queriendo explicar lo ocurrido, seguía diciendo, con pueril suficiencia:

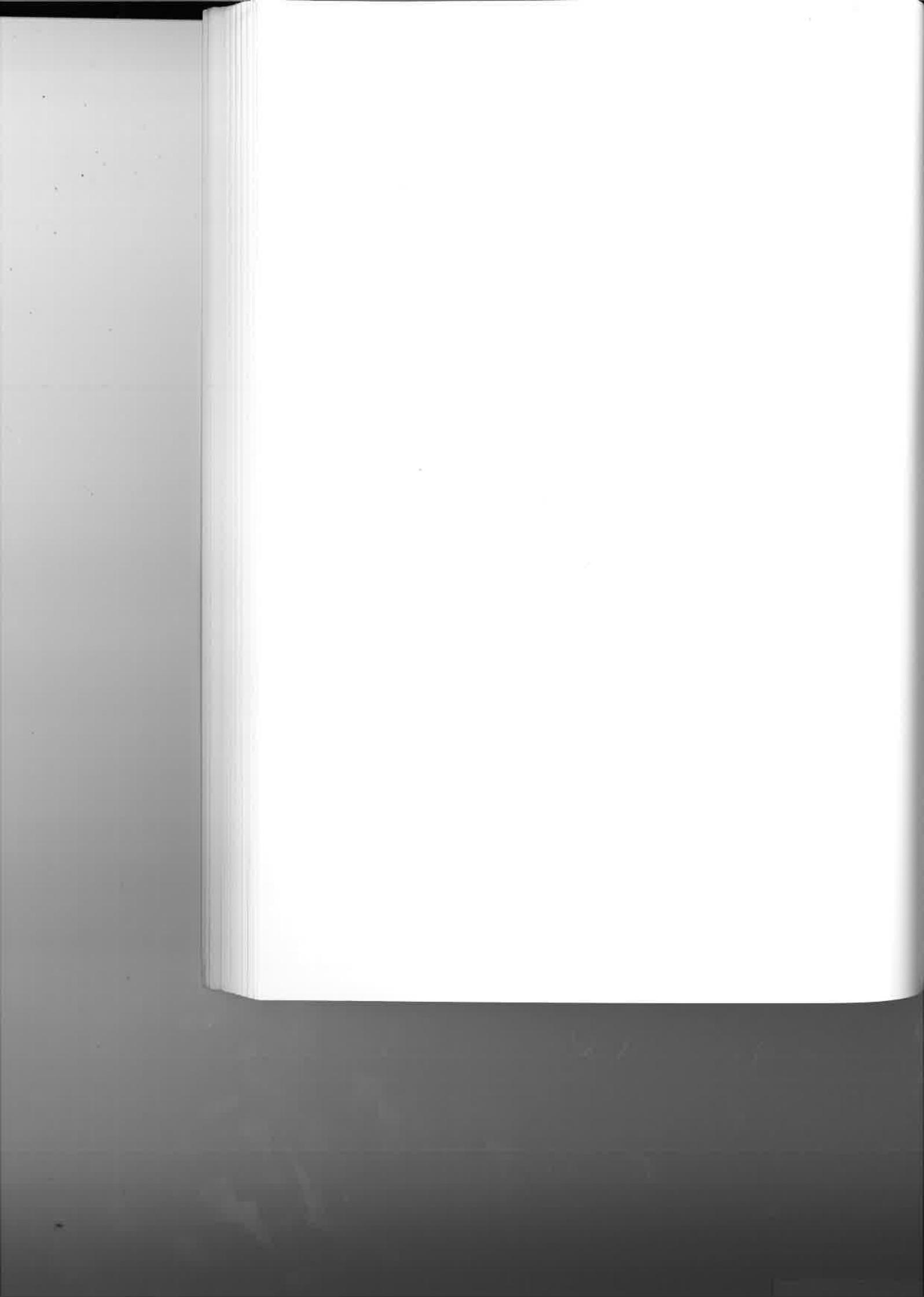
—Es que no lo habéis cuidado bien ¡y se ha puesto tan grande...!

Puerto Real, noviembre 1987

Paula Contreras

**EL GALGO CUCO Y
EL GATO MICHI**
CUENTO

*A mi sobrina
María Fernández Contreras
en recuerdo de mi visita
en octubre de 1987
y del malogrado Gatopollo.*



En el corral estaba el gallinero propiamente dicho, con sus travesaños en el rincón dispuesto para dormitorio; sus estanquitos de bebederos y de comederos; la tina grande y siempre llena de agua para los chapuzones de los patos —cuando los había—, y sus nidales acogedores para el feliz cumplimiento de sus deberes de hembras.

En esta ocasión no había patos porque fueron llevados al cortijo de los abuelos, aprovechando las delicias que les proporcionaba a estos animales el pequeño riachuelo que circulaba junto a las tapias del molino; un riachuelo que, agradecido a los piropos de las gentes —"¡este arroyo tiene categoría de río grande!" "¡y aunque llegue el verano, amengua la corriente pero no se seca!"—; dijimos agradecidos a los piropos, y eso no puede ser verdad, pero es que las personas, cuando advertimos estos milagros de la naturaleza, le creamos una vida e incluso nos apetece que tuvieran animación; el caso es que el riachuelo era un adorno de la tierra y una riqueza del paraje y aunque no alimentase a algún que otro pececillo —¡eso hubiera sido el colmo!— hacía crecer en sus riberas las más variadas y humildes florecillas que en la primavera eran devoradas por los caracoles que despertaban hambrientos del letargo invernal; luego, para más belleza, el lecho de las aguas sufría un desnivel y aparecía la catarata y la musiquilla que acompañaba las siestas del verano, porque en invierno la musiquilla pertenecía a la leña que se quemaba en la chimenea grande de la casa; ya se sabía: los olivos daban su madera para abrigo y para haer sillas, sillones, mesas, cunas, catres, porque son tan serviciales como señores: así, el oro de sus aceites, la exquisitez de sus aceitunas, el prodigio de sus plantaciones, el gozo de las cabras al ramonearlos... ¡Oh, los olivos! ¡el campo! ¡el agua del riachuelo...!

Los patos pasaron de la cárcel de un corral a la libertad de un campo y del regodeo de sus cuerpos en el agua de la tina, al alboroto de sus gritos cuando resbalaban por las cataratas; desde que ellos llegaron, las siestas en el cortijo no eran tan placenteras y musicales.

¿Y por qué nos hemos desviado del asunto que queremos relatar? No se sabe exactamente; supongo que al hacer mención de la tina grande del corral, la felicidad de los patos nos llega a conmovier y nos los representamos en un bienestar y en un ambiente campero, que atiza y aviva la envidia que sentimos por tener forzosamente que vivir donde no queremos.

Pero sigamos con lo nuestro. En el gallinero, sólo había veinte gallinas y un gallo. Y el gallo sí que merece detener la atención.

Oigamos a las vecinas. Una, Frasquita, es la dueña de la casa y por tanto del gallinero; y otra, María, dueña de la casa contigua; los muros de ambas casas eran medianeros, y las bardas de los corrales, tan bajas, que solo con empinarse un poco o subirse en un ladrillo de los que estaban sueltos, podían verse las caras. En esta ocasión las dos estaban en la casa de Frasquita y para que el diálogo entre ellas nos facilite el conocimiento de él, vamos a oírlo.

—...entonces, Frasquita, ¿os vais al campo a vivir y dejáis la casa...?

—No, María... La casa no la dejamos... Pero tú sabes que un gallinero da mucho quehacer y que yo estoy muy cansada porque he trabajado muchísimo toda mi vida... Son veinte gallinas, muy buenas ponedoras..., y aunque vendo los huevos casi todos, no me suple la ganancia del trabajo que me dan. Mi padre dice, siempre me lo está diciendo: "Frasquita, que tengo el corral del cortijo vacío, que aquí no dan el trabajo que en las casas... y sobre todo que le gustan más los huevos de gallina que los de pata o pava. Tiene mi padre una camada de pavos que da gloria verlos y los patos que se los regalé porque estaba hasta las narices de quitar porquería de ellos y de llenar la tina de agua, que me dolían los brazos de sacar cubos del pozo... Y es lo que dice mi padre y mi madre también lo dice, que donde se ponga un huevo frito, por chico que sea, con sus ajitos, en el aceite tan rebueno, con la sartén en la trébede y la candela en llamas, que se quiten los de pava o los de pata por muy hermosos que sean... Así que, las gallinas, aunque estén en el cortijo seguirán siendo más; yo correré con los gastos del afrecho y los granos, y ellos dispondrán de los huevos que necesiten a cambio de cuidármelas... —hizo una pausa, titubeó un poco, y por fin se decidió: —El problema que tengo, María, es, ya tú sabes: que no

tengo gallo...; tú recordarás que el mío ¡tan hermoso! lo llevé al campo para celebrar el cumpleaños de mi madre..., y que tú me tienes a este prestado...

—¿Y cuándo te llevas las gallinas al cortijo?

—Cuando mi Juan termine la cava de la viña.

—El caso es, que yo, Frasquita, no he terminado de arreglar mi gallinero, porque el albañil me ha dejado plantada la obra para trabajar en casa de su cuñado y no sé si lo tendré dispuesto para cuando acabe tu Juan su trabajo de la viña...

—¡Pero, María, si yo lo que te estoy proponiendo es que me vendas el gallo...!

María aspaventó sus ojos; formó en su boca un circulito pequeño y abrió los brazos desolada.

—¿Qué te pasa, María? —se asustó Frasquita— ¿Te pasa algo?... Pareces espantada —y miraba inquisitivamente a las bardillas, a los tejados, a las ventanas altas de las casas vecinas —¿has visto algo raro?... ¿Qué te pasa? —seguía preguntando inquieta.

—¿Qué me va a pasar, Frasquita? Es que me parece que estoy viendo a mi nieto Pablo si yo te vendiera a Gatopollo...

(Gatopollo era el nombre del gallo).

—¿Cómo se va a enterar viviendo el chiquillo en Granada?

—¡Tú no conoces a mi Pablito! Siempre que viene lo primero que hace es subirse al cobertizo para verlo ...Y cuando me llama por teléfono me pregunta si ya está el gallinero arreglado porque quiere ver al gallo en mi casa...

—Es que te lo pagaré muy bien...

—Ni por todo el oro del mundo le doy a mi nieto ese disgusto...; ya te acordarás la que armó cuando lo íbamos a matar para comerlo con arroz... ¡ni me quiero acordar de lo que sufrió el alma mía...! Gatopollo se morirá de viejo en el corral.

Insistió Frasquita:

—No me lo vendas; préstamelo y cuando venga tu nieto lo llevamos al cortijo y disfruta viéndolo...; no es que me lo prestes por mucho tiempo, es solo mientras encuentro uno que sea aparente...; además tú no tienes arreglado el gallinero...

—No sigas, Frasquita, llévate tus gallinas y déjame el gallo.

—Pero si no tienes gallinero...

—Eso no es impedimento para Gatopollo porque está acostumbrado a dormir en la misma espuerta que el gato y el perro...

—Eso era antes, ahora está muy grande... y ellos no lo querrán...

—Los animales son fieles —y señalando al techo del cobertizo, dijo:
—Mira, mira, ahí están el Michi y el Cuco...

—Vienen todos los días ¡más puntuales!, y se pasan las horas mirando a mi corral...

—¡Claro, son como hermanos! Se han criado juntos; tú sabes que el gato comía grano y el pollo pescado...

—¿Y el perro también...?

—No. Michi no quería tratos con el perro, pero desde que tú tienes a Gatopollo son amigos y duermen juntos... Si te digo, Frasquita, que más alegría que mi nieto la van a tener Michi y Cuco cuando me lo devuelvas...

Y así fue. Igualito que lo pensaba María. Porque pasada una semana de esta conversación, volvió Gatopollo a su hogar.

María y su hija observaban al animal.

—Parece una persona —apuntó Araceli, la hija —Si eso que está haciendo parece que lo estamos inventando nosotras, ... ¿quién va a creerlo?

Gatopollo presionó con sus fuertes patas el suelo, hinchó el buche esponjando sus preciosas plumas y agitando su cabeza oteó a un lado y a otro, miró debajo de la mesa, de las sillas, entrando en la cocina reconociéndola detenidamente; subió unos escalones y anduvo hasta llegar al recinto donde se encontraba la espuerta-lecho; la picoteó, la varió de sitio

empujando con una pata, porque era fuerte y poderoso; dio vueltas parándose de vez en cuando, hasta que por fin salió al corral con paso tan decidido como poco airoso, tanto, que Araceli se burló: "¡Qué manera de andar! ¡Parece una gallina!" Gatopollo se montó en la pila y lanzó al aire el quiquiriquí más potente y agudo que se oyera jamás.

—La alegría de volver a su casa —dijo María.

—Es que está llamando a los otros —aclaró Araceli.

Y los otros eran Cuco y Michi; un galgo y un gatito, que saltaron la tapia y entraron en el corral como un huracán. Ladrando fogosamente Cuco sin dejar quieto su rabo; quedándose parado Michi mirándolo tiernamente, porque el brillo de sus ojos parecía estar empañado por lágrimas. Los gatos no lloran. Pero hablan. No los oímos, pero se entienden porque hablan.

Y así, Michi dijo:

—Cuando vimos desde el cobertizo que te sacaban a tí del gallinero, Cuco y yo pensamos que ya no te veríamos más y nos quedamos allí muy tristes, tanto, que vi a un ratoncillo meterse en la leñera y ni siquiera me moví...

—Pues eso es mucho sacrificio, Michi, y te lo agradezco.

—Ahora que por estar ya aquí con nosotros te diré lo que voy a hacer: apostarme cerca de la leñera y darme un banquetazo yo solo, ya que Micha, mi gata, sale por los tejados con otros gatos.

—¿Cómo...?

—Sí; ya no quiere nada conmigo... Y la culpa es de Cuco.

—¿Yo tengo la culpa...? —se quejó el galgo.

—Sí, porque Micha me ha plantado porque dice que no soporta mis amistades... Y eso lo dice por ti...

Cuco bajó la cabeza y colocó el rabo muy lentamente entre sus patas.

—No te apures, Cuco, ... es que Micha no es capaz de guardar fidelidad; le gusta tener tratos con el primer gato que se tropieza...; es que debió nacer gallina...

Gatopollo volvió coquetón su pico, ¿sabría que su cresta podría ser tomada o confundida por un clavel reventón?

—... ¿Y qué? —continuaba Michi con despecho: —Hay muchas gatas que andan que se buscan por las bardas porque están locas por mis bigotes...

Gatopollo tenía ganas de hacer confidencias. Eran ¡veinte gallinas! para él solo; dóciles, obedientes, retozonas alrededor de él, delante de él, preparadas para facilitarle a él su gustoso trabajo; todas bonitas, blancas, rubias, negras; ¡qué requetebién lo ha pasado allí! Al clarear el día ¡quiquiriquí! y todas a despertar, a bajarse de las camas, a escarbar en el suelo, a ponerse a su servicio; y cuando el sol iba ya de descanso, ¡hala! a los travesaños, a dormir, ¡qué vidorra!: trigo, maíz, moyuelo, desperdicios y sobras de comidas, agua y ¡veinte gallinas!... Solo le fastidiaban cuando, al aovar, se ponía la de turno a cacarear sin un momento de respiro. Las primeras veces, al oírlas, les preguntaba alarmado: "¿Qué pasa? ¿A qué esos gritos? Aquí soy yo solo el que puede gritar y lo hago a las horas debidas..." Y como las tontas seguían dando voces pregonando, él se enfadaba más: "¿Pero se puede saber qué pasa?" —"Es que he puesto un huevo..." —"¿Y por eso tanto escándalo?"

—Y no me hicieron caso. Hice todo lo que supe para que cumplieran su misión de poner huevos sin tanto triunfalismo, desde picarles en la cresta, hasta no hacerles caso como macho y ¡ni por esas!... ¡Pero qué vida!... Y ahora estoy contento porque he vuelto con vosotros, pero...

—Te comprendemos ¿verdad, Cuco?

Cuco agitó el rabo.

—Porque a ti te gustan las galgas ¿verdad, Cuco?

—A mí me gustan todas las perras...

—¡Ole, por Cuco...! Gatopollo, volverás a ser feliz, seremos felices todos porque la señora María está en tratos para comprar gallinas y te las traerá cuando esté terminado el gallinero.

—¿Cuántas gallinas?

—He oído que tres.

—¡Tres gallinas...! —dijo displicente el rey de los corrales.

Cuco lo miró extrañado y dejó de mover su rabo. Dijo: —Por algo se empieza, Gatopollo, y que además unos días de descanso ahora y luego una temporada de poquito trabajo sienta bien a la salud.

Seguirían hablando hasta que María trajo la comida y todos comieron de lo mismo, sobras de patatas con bacalao sucedáneo; tal vez el pescado no le supo bien a la familia y los hermosos trozos iban a ser saboreados por Michi y Cuco, y ambos se entusiasmaron cuando vieron a Gatopollo picoteando una gran tajada de subido color azafranado.

—Tus gallinas no te regalaban con pescado... Hay que vivir con la señora María para estar a gusto —y añadió, tras un lamido de su rosada lengua a sus bigotes—. El completo sería que no limpiara tanto y yo pudiera tener de vez en cuando algún ratoncillo...

Durmieron los tres muy apretados, pero con el sueño cortado, pues Gatopollo se movía mucho para salir de la espuerta al corral cada vez que tenía que cantar las horas.

—Cuando estaba en el corral nos gustaba oírlo, ¿verdad, Cuco?, ahora nos molesta.

Cuco suspiró, se rascó una oreja y dijo, volviendo después a cerrar los ojos: —Molesta un poquito, pero aquí con nosotros está seguro, y cuando le traigan las gallinas será feliz; de día en el gallinero y por la noche con nosotros... Y así hasta que muera de viejo, lo ha dicho la señora María que es más buena...

Y así vivieron dichosos en amor y compañía mucho tiempo.

Y el corral de la casa sin terminar y por lo tanto las gallinas sin venir.

Estaba Cuco muy contento, o mejor dicho, muy ufano, pero no sabía como darle la noticia a Michi, porque Michi era muy bueno, pero tenía aires de superioridad y nada que no viniera de él mismo, le daba importancia.

Hacía rato que estaban en la espuerta-lecho. Gatopollo volvió a dar su "quiquiriquí" de las doce y parecía doble de grande, porque la presunción levantaban las plumas de todo su cuerpo.

Michi le dijo burlón:

—Ya han podido poner las gentes sus relojes en hora..., si no fuera por Gatopollo, no podrían vivir...

Por la garganta de Gatopollo subió un sonido extraño.

—¿No estás contento? —preguntóle Cuco.

—Me faltan mis gallinas... —pareció suspirar.

—¡Toma! y a mí mis gatas.

—Y a mí una galga...

Gatopollo movió nerviosamente la cabeza al considerar en voz alta: — Vosotros estáis acostumbrados a estar sin ellas...

Michi, sentándose en la cama, aclaró: —Tú sabes mejor que Cuco, porque somos amigos de más tiempo, que yo me pasaba la noche en el tejado de Micha...— y añadió decidido a saltar del lecho: —Y ahora mismito me voy de gatas, porque me lo pide el cuerpo.

Quedaron solos el perro y el gallo; el primero, contrariado por la ausencia de Michi, le dijo al segundo, muy confidencial:

—Hoy he ido de cacería con el amo... Me he portado como siempre me porto de bien, por lo que el amo me regaló un pedazo de chorizo y pan; después me acarició la cabeza; el amo tiene las manos ásperas; cuando me aprieta las orejas, sus dedos me parecen de hierro, pero cuando me pasa la mano por la cabeza con suavidad, como si acariciara a una mujer, me corre por el lomo como una candelita que no quema; y delante de todos dijo: "Mi Cuco es el mejor cazador de España..." —hizo una pausa para observar a su amigo y como éste no hizo ningún movimiento, él continuó: —¿Te enteras? ¡El mejor de España!... ¿Te enteras, Gatopollo...? ¿No contestas? ¿No te alegras?

—Me alegro, Cuco, me alegro, pero tengo que dormir...; tú sabes que yo madrugo mucho...

—Es que yo quiero contaros, a tí y a Michi...

—Déjalo para mañana...; cuando él vuelva lo cuentas...

—Cuando Michi vuelva yo no estaré aquí; vendrán por mí y mi iré con ellos de cacería. El amo al despedirlos anoche les dijo: "Cuco y yo estaremos dispuestos antes de que cante el gallo..."

Gatopollo exclamó vanidoso: —¿Ves? Me tienen en cuenta, porque yo los guío, dependen de mí igual que las gallinas...

—Está bien, está bien... Pero entérate de lo que te digo, y luego se lo cuentas tú a Michi: voy a estar en el monte, por lo menos tres días; descansaremos en un cortijo; hoy estuvimos en él ¿y, sabes que vi a los patos de la señora Frasquita? Eran ellos; hicieron como si no me conocieran porque ahora tienen de todo, hasta un río para ellos solos. Me acordé de tí porque también estaban allí tus gallinas...

Gatopollo se levantó impresionado por la gran noticia.

—Eran tus gallinas, y era la señora Frasquita que me pasó la mano por el lomo... ¡Qué bien estaríamos todos allí! Mañana las volveré a ver...

—Yo voy contigo.

—No podrás..., hay que ir andando; te cansarías y no llegarías nunca...

Gatopollo no pudo coger el sueño y hurgaba con el pico en el lomo de Cuco insistiéndole para que siguiera hablando.

—¿Tienen mis gallinas gallo que las pise?

—No lo sé, no ví ninguno...; ellas andaban por el campo sueltas y felices.

—¿Cacareaban al poner el huevo?

—El campo es muy grande y se pierde la voz.

—Entonces si no hay gallo en el cortijo ¿quién despierta a las gallinas y a la gente?

—No sé..., no sé...

Y en vano pedía detalles.

—¿Qué es un cortijo?

—Una casa grande y sola en el campo.

—¿Qué es el campo...?

—Un patio muy grande sin tapias...

—Dijiste un río... ¿qué es un río?

—Pues..., ¿tú has visto un cubo de agua derramándose? Pues eso: agua de un cubo que no se ve, porque el campo es muy grande, derramándose sin descansar... Allí están los patos jugando siempre... Yo me bañé y me comí unas yerbitas más tiernecitas...!

—Pero, ¿mis gallinas?

Cuco se cansó. Salió de la espuerta, estiró las patas y se fue a la cocina. Al poco rato amo y perro salieron juntos por la puerta del garaje donde habían recogido la mochila y la escopeta. Cuco olfateó su antiguo dormitorio y el tractor que se guardaba en él; Cuco se había enroscado muchas veces en el asiento del conductor; desde el garaje, que comunicaba por otro corral con la casa, él la guardaba no solamente de ladrones sino de los muchos peligros que rondan por la noche.

Al salir a la calle pudieron ambos escuchar el canto de Gatopollo, que fue contestado desde otros patios vecinos. Cuco pensó que ningún quiquiriquí fue igualado en sonoridad y extensión al de Gatopollo, y esta certeza le producía placer como si la belleza de aquel clarín hubiese salido de su propia garganta.

A María le gustaba la temporada de caza porque por este motivo su despensa estaba bien abastecida, que a veces era tan abundante la caza que podía obsequiar a sus amistades con las piezas que le traía su hijo.

Y ocurrió...

Tuvo que ocurrir. Son cosas que pasan, que tienen que pasar, como diría un fatalista.

Entraron al anochecer en la casa un sobrino con dos amigos; preguntaron por José.

—Está en el campo —contestó María.

—¿Y el Cuco?

—Se lo llevó con él de cacería... No volverán hasta pasado mañana.

—¡Qué lástima! Veníamos a que nos prestara al Cuco; nosotros salimos esta madrugada de caza...

Sí que era un contratiempo no poder contar con el galgo Cuco, pero que en fin ya apañarían otro aunque no fuera tan bueno, y esperaban los tres que María les dejara aquella noche el garaje para guardar en él los perros y las escopetas. Ella dijo que, ¡bueno! que un favor se le hace a cualquiera y más si se trata de un sobrino de ella y de unos amigos de su José. Les entregó la llave del garaje con el encargo de que no hicieran ruido en la madrugada, porque ella tenía el sueño muy ligero y le costaba trabajo volver a dormirse.

El sueño muy ligero, dijo, y no añadió que llevaba unas noches que no podía dormir sin ayuda de unas pastillas que le recetó el médico para que pudiera descansar.

¡Qué bien se descansa en la cama, después de un tremendo día de trabajo. Estaba rendida. Rezó las oraciones extendidos los brazos y las piernas, tranquila la respiración, amortiguándose poco a poco los ruidos de la casa y de la calle; iba, pasito a paso llegando el sueño bienhechor. Araceli sube ya a su cuarto; cierra la puerta y se quita los zapatos; apaga la luz; ya está acostada. Por la calle, un grupo va canturreando. La vecina de la casa de enfrente apagó el televisor. Pronto cantará Gatopollo. Ladran unos perros muy cerca, como si estuvieran en la puerta o dentro de la casa. Crujen las maderas del armario ropero... ¡Qué bien se descansa en la cama después de tanto trajín! Apenas se oyen unos perros... Protestan las maderas: carcoma o ratones... Será polilla porque Michi...

María se había dormido plácidamente.

Por la mañana la despertó el sol entrando por los cristales de la ventana.

—¡Qué tarde! ... ¡Y qué bien he descansado!... —y de pronto le sobresaltó un pensamiento: —¿Cerrarían los muchachos la puerta del garaje que da al corral?

Le golpeaba el corazón la angustia de un mal presentimiento. Corrió a medio vestir hacia la habitación destinada a dormitorio de los pequeños animales y los llamó con un hilo de esperanza:

—¡Michi...! ¡Michi...!

No estaban allí. Tampoco en el corral. Tal vez estuviesen subidos en las bardas huyendo de los perros...

¿Por qué habían de huir? Si la puerta del garaje estaba cerrada no había que tener miedo... Y sin dejar de llamar al gato, porque siempre era el primero en acudir, atravesó patios y corrales.

¡La puerta estaba abierta!

Le temblaban las piernas cuando entró en el garaje: —¡Michi...! ¡Michi!
¿Estás aquí?

Un tierno gemido fue la contestación; allí estaba el animal con la boca entreabierta, los bigotes ensangrentados, como todo su cuerpo, inmóvil en un charco rojo.

—¿Y Gatopollo?

Miraba María a las estacas clavadas en la pared, a los estantes de altos anaqueles, con la esperanza de verlo subido en alguna parte. Rebuscó y rebuscó. Por fin, en un rincón tras unas garrafas de plástico, encontró algunas plumas, las más largas y bellas de Gatopollo.

Solo unas plumas.

Sí. María lloró la muerte de Gatopollo, considerando la angustia del pobre animal acorralado por tres perros feroces. ¿Cómo no tuvo ella la precaución de mandar cerrar la puerta?

Recogió en un paño al destrozado Michi y le pareció tener en sus manos pingajos de piel; tendría rotos los huesos, le faltaba una orejita, parte del rabo y sangraba por numerosas heridas donde se notaban con claridad las dentelladas.

Michi vivía y María lo llevó envuelto en el trapo, como si fuese un pañal, a la sala-comedor, acomodándolo en su cojín preferido; por la boquita entreabieta le echó chorreoncitos de leche templada.

Michi había defendido a Gatopollo a costa de su propia vida. En un acto de verdadera amistad; lo había defendido hasta derramar su sangre; un pobre gato contra tres perrazos.

Estas mismas palabras le decía Michi a Cuco pasados unos días de la tragedia:

—Eran tres perrazos...; a uno le saqué un ojo... Yo le había dicho: "¿Dónde vas, Gatopollo?" y él no me hizo caso, porque era —me duele

decirlo— un soberbio engreído...; se subió a la bardilla del pozo y cuando iba a cantar le saltó un perro y cayó al otro lado, al corral del garaje; y por más que hice para entretener a las bestias para que él volviera a la bardilla, el infeliz fue a esconderse en el garaje y eso fue su perdición... A uno le arranqué un ojo...

Parecía sentir consuelo repitiendo su hazaña.

—Cuco, me voy pareciendo a los humanos, disfrutando haciendo el mal.

Llevaban unos días durmiendo en la espuerta. Las heridas se iban cerrando pero no podía andar. María había rellenado con una tierna colchoneta la espuerta-cama. Estaba cansada de recibir a la chiquillería y a personas mayores, que llegaban a ver al gato y a oír una y otra vez los detalles de la lucha.

—...pues me han dicho que al perro del Moreno le ha sacado un ojo...

—... y que los perros iban de arañazos como si les hubieran pasado un rastrillo por la barriga...

María comprobó que Michi podía alargar la cabeza para beber la leche, y que cambiándole los trapajos de la colchoneta podía hacer sus necesidades sin moverse. Pero el animal quería moverse. Estaba harto de tanta quietud. Quería salir al patio, respirar el aroma de las plantas, ver volar a los pájaros...

La idea se le ocurrió al buenazo de Cuco: "Yo me agacho casi hasta tenderme y que quede mi lomo a la altura de tu cama; tú te arrastras despacito, te montas en mí, te saco al patio y te paseo por los corrales y por la casa..."

María no pudo contener unsa lágrimas de emoción: "¡Señor! —musitó en unas sencillas palabras —¡que los animales nos den, a las personas, lecciones de caridad!—..."

Otro quehacer le vino a María: aguantar a la gente que invadía la casa para ver a los animales paseando.

—¡Qué buen galgo eres, Cuco! ¡Y yo que despreciaba tu amistad! ... Siempre me he parecido algo a los humanos; ellos desprecian a los que consideran inferiores; buscan en todo momento lo mejor para ellos y lo peor

para los otros; no se ayudan si no es por interés; no nos cuidan si no nos sacan provecho; a tí, a Gatopollo, a las gallinas, a los cerdos, a los caballos... Nosotros los gatos, sabemos vivir porque los imitamos..

—¡Qué cosas dices, Michi! Mi amo me acaricia.

—Porque le ayudas en las cacerías.

—La señora María me quiere.

—Porque le defiendes la casa.

Seguían dando paseos por toda la casa; cuando Michi lo ordenaba, Cuco se echaba sobre sus patas, descendía el gato y ambos se dormían en cualquier parte.

—El gato abusa del buenazo de Cuco —decía Araceli— ya está curado, y puede andar y hasta correr, que yo lo he visto, y el otro buenazo, mi hermano, que no sale de caza, por no separarlo del Michi...

Así era. Y así hubiera seguido, si una noche, hablando como siempre antes de dormirse, de Gatopollo, de las gallinas, de los patos, de los perros, de los ratones...

—...¡le saqué un ojo...; le clavé las uñas y tiré...! Ay, Cuco, si tú hubieras estado aquella noche aquí, él seguiría con nosotros.

—Es que yo estaba en el cortijo, toda la noche enriscado a los pies de mi amo y luego junto a su cama; y pensaba en lo bien que Gatopollo hubiera vivido allí con tantas gallinas, tanta comida, tanta agua, tanto aire, y nosotros con él y con los patos y con los niños...; había uno que me tiraba de las orejas y tenía las manos de seda; jugó conmigo, me tiraba piedras y yo iba a recogerlas y se las devolvía como hacía con las liebres; a la noche tuve que estar a su lado hasta que se durmió y entonces le lamí los pies... Había pájaros grandes en jaulas que le estaban chicas; decían que cantaban, pero yo sé que lloraban mirando los árboles del campo desde las ventanas... Y había una gata...; casi tan bonita como la Micha, y no le importaba que yo estuviese allí; está acostumbrada a tratar con perros...

—¿Cómo es la gatita...? —interrumpió Michi.

—Ya te lo he dicho; casi tan linda como Micha; del mismo color que otra que hoy he visto, sobre la pared de la chimenea aquella esperando al parecer a alguien.

—¿Esperando a quién?

—No sé, Michi, eso es cosa vuestra.

Miró el gato a la chimenea calculando altura y distancia.

—Ese tejado es bajo —dijo al considerarlo— ¿y, cómo es la gatita?

—El lomo y la cabeza de color ceniza; la barriguita blanca y blanco también el rabito; le brillan los ojos como si estuviera el sol dentro, y los bigotes...

—¿Se ven desde aquí los bigotes?

—No. Pero tienen que ser largos... ¡Mírala, mírala, ya está en el tejado! ¿Qué haces, Michi...?

La respuesta la dio sin palabras: un salto audaz y Michi llegó al pilón, a la barda y al tejado próximo. Enseguida se vio y se oyó a Michi haciéndole arrumacos, pidiéndole amores a una nueva Micha.

Cuco miró al cielo y volvió a acomodarse en la espuerta. Su pensamiento estaba en el cortijo; él no había dicho, por pudor, en sus confidenciales charlas, que en el cortijo se le acercaba siempre y muy insinuante además, una galguita de finas y largas patas, que parecía de aire, con sus cariñosos ojos donde él podía mirar, como miraban los luceros en las noches de soledad; una galguita que hablaba poco, pero que siempre le decía:

—¡Ya estás aquí!... No te vayas y correremos juntos.

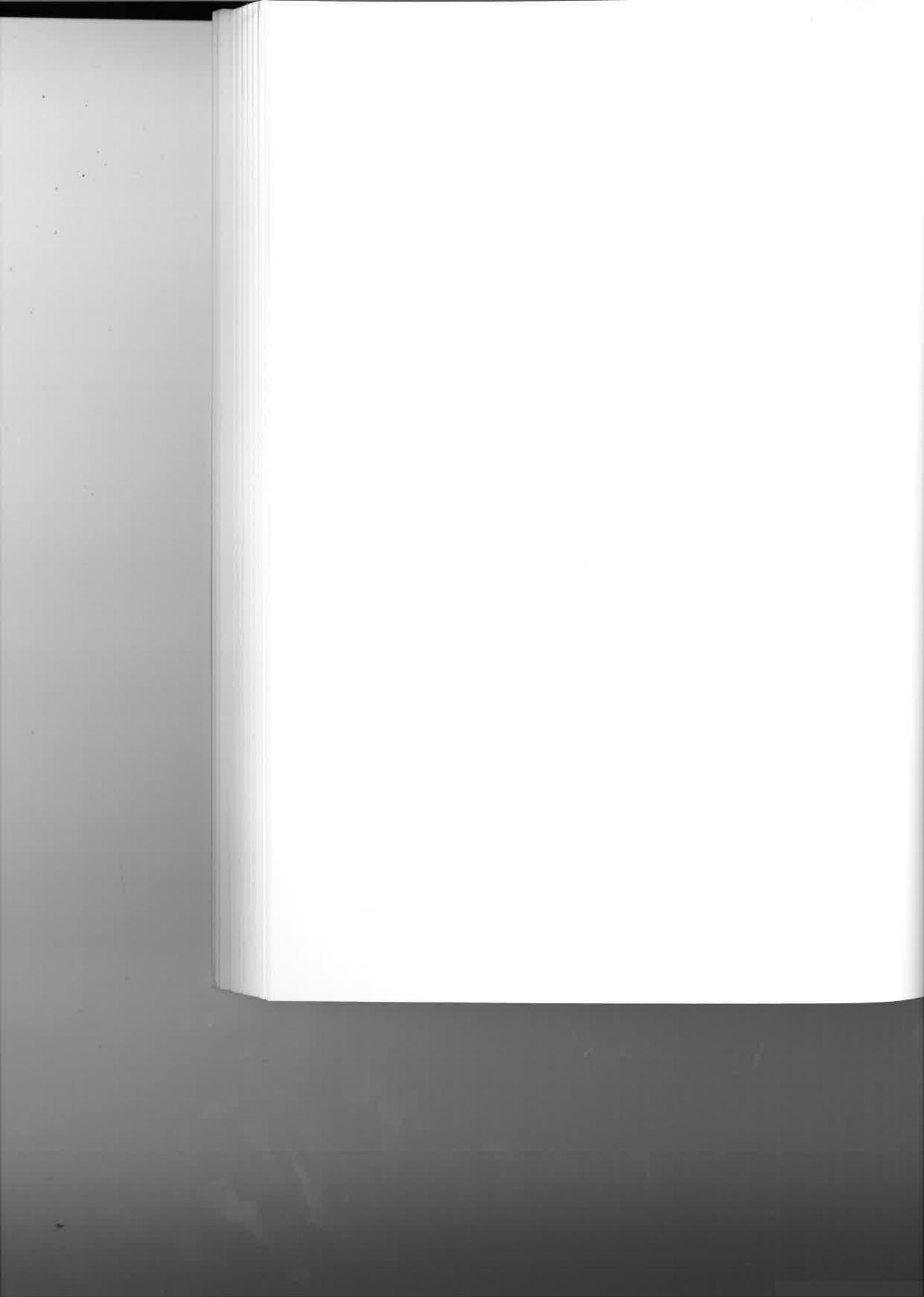
Cuco cerró los ojos guardando en ellos la visión maravillosa de aquel aire, que era la galguita de los ojos cándidos.

Un suspiro estremeció el bello cuerpo del buenazo de Cuco.

Y es que la vida sigue y las ilusiones se renuevan.

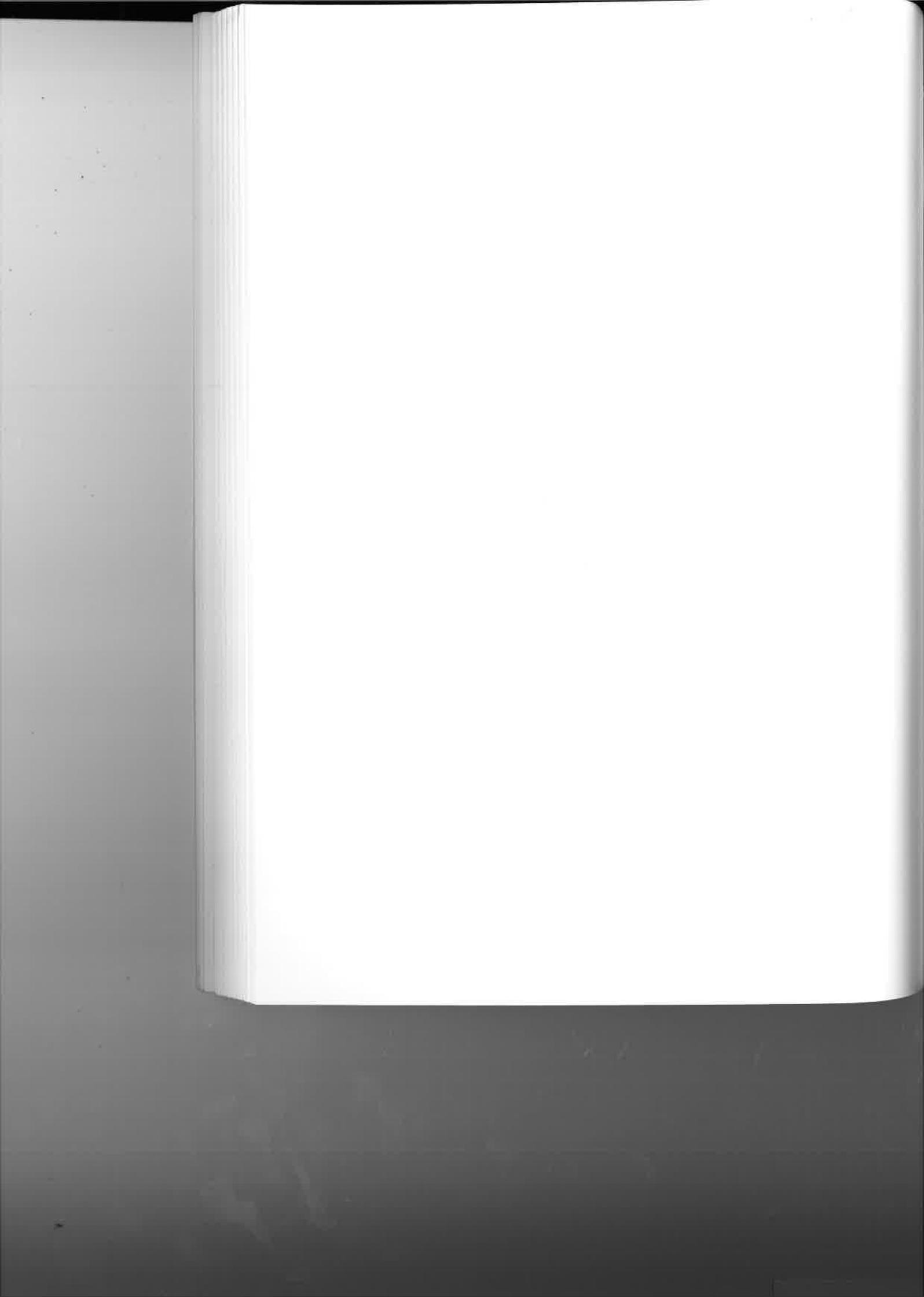
Puerto Real, marzo 1988

Paula Contreras



LA GALLINA CATI Y EL POLLITO ALVI

*Al niño Alvaro Lirio García
que es como una flor
que perfuma el hogar.*



Pues señor, esto era...

Una gallina muy hermosa y oronda, con plumas del color de la nieve, vivía en un patio con su hijito el pollito Alvi.

Ella era la gallina Cati y su ama le tenía preparada en una cesta el ponedero, donde además dormía el pollito Alvi, porque no era capaz de pasar la noche descansando sobre un palo como su madre. La gallina, cuando el día empezaba a oscurecer, le decía al pollito:

—Vamos a la cama que ya es la hora; sube, anda, sube...

El pollito se negaba:

—No puedo porque mis alitas no tienen fuerza todavía.

—Es que eres un cobardica —decía mamá gallina enfadada— y te has vuelto comodón.

El pollito Alvi bajaba el piquito con tristeza y se metía en la cesta-ponedero, hasta que al amanecer su mamá lo despertaba diciéndole:

—¡Arriba, gandul, que tienes que crecer!

El pollito Alvi abría muy despacito las alitas desperezándose y su piquito le quedaba abierto un ratito en un bostezo.

La madre lo miraba y lo remiraba, como todos los días, con la esperanza de ver si por fin le apuntaban algunas plumitas, y siempre comentaba con pena:

—¡Cuánto tardan tus plumas en salir! Si viviéramos en un corral y no aquí, en este patio tan finolis con la sola compañía de dos tortugas que esconden la cabezota cuando nos acercamos a ellas...

Y el pollito Alvi observaba:

—Mamá, ¿cuándo le saldrán las plumas a las tortugas?

La gallina Cati levantó la cabeza, enderezó la cresta y le explicó con orgullo:

—Hijo, las tortugas son otra cosa que nosotras; en vez de plumas tienen una concha dura que es como su casa; no son comunicativas como nosotras, que andamos de un lado a otro moviendo con mucha gracia nuestras patitas, damos "voletíos"; sabemos cantar; ponemos huevos; tenemos unos jefes, los gallos, los padres, que entienden de todo y les dicen a las personas cuando van pasando las horas y son hermosos y sus plumas brillan con muchos colores y las crestas son grandes y coloradas como claveles abiertos en abanicos y sus voces ¡ay!, sus voces cuando cantan las horas nos despiertan a nosotras las gallinas y a las personas.

—¿Y cómo cantan?

—Vocean quiquiriquí!, quiquiriquí!...; yo no puedo cantar así; a nosotras las gallinas se nos quiebra la voz.

—¿Y tú cantas?

—Muy poquito. Para cantar hay que estar alegres.

—Y ¿cómo estáis alegres?

—Teniendo cerca un gallo; andando alrededor de él para que nos pise, que es como si nos besara pluma a pluma, y nos recorre el cuerpo un cosquilleo ¡más rico!; después, cuando llega la hora, echamos fuera de nuestro cuerpo un huevo y cantamos locas de contentas: ¡caca, caca, cacá! ¡clo, clo, clo! ¡ca, ca, cacá! y después nos paseamos y picoteamos en la tierra.

—¿Qué es la tierra, mamá Cati?

—Es un suelo blando, como lo que tienen las macetas de este patio.

—Este patio es muy bonito, lo dicen las gentes que lo ven.

—¡Ay, Alvi! Este patio es como dirían las personas, un exilio, duro, pequeño, sin gallo y sin un mal gusano que llevarse al pico.

La gallina Cati bajó la cabeza con tremendo abatimiento y su crestita se dobló sobre un lado, lacia y hasta casi descolorida.

—¿Un gusano, mamá, un gusano?

—¡Hijo, un manjar delicioso, que si no salimos de este exilio, tú no probarás jamás!

Los dos quedaron tristes un ratito en silencio. De pronto, mamá Cati esponjó sus plumas, levantó la cresta y comenzó a pasear contoneándose y enarbolando la cola diciendo ¡clo, clo, clo...!

El pollito Alvi miraba a todos lados asombrado ¿qué le pasaría a su mamá?

—¿Has visto al gallo o a un gusano?

Mamá Cati, cerró un ojo con picardía, a modo de guiño y le dijo:

—Para darles envidia a las orgullosas tortugas, que nunca, nunca me han ofrecido su casa, ¡se creen que son alguien! ¡qué saben ellas lo que es un gallinero con un hermoso gallo, con abundantes gusanitos, siempre alegre, siempre alguna gallina diciendo cló, cló, cló, ca, ca, cacá...! ¡qué saben ellas lo que es un paraíso y lo que es regalar algo muy de una a los demás!, porque, ¡hijo!, nosotras proporcionamos alimento a las personas y los gallos ayudan avisando las horas; somos necesarios.

—¿Cuándo nos iremos de aquí, mamá?

—Tú, pronto, cuanto te salgan las plumas te echarán a un corral y te pasearás entre las gallinas como un sultán, porque todas ellas se preñarán de ti, de tu cresta, de tus espolones, de tus plumas, de tus andares marchosos, de tu quiquiriquí... ¡y yo no te veré más!...

—¡Mamá...!

Y gallina Cati casi lloraba diciendo: cló, cló, cló! la crestita se dobló otra vez.

—Llegará mi hora, Alvi... Ya no pongo huevos y el ama Francisca, cuando viene a echarme la comida, dice siempre brillándole mucho los ojos: "¡Qué buen caldo!".

El pollito Alvi casi comprendió de pronto y se le escapó la felicidad, como el agua cuando se abre el grifo, como una torrentera cruel.

—¿Entonces...?

—Bueno, hijo, hasta que llegue esa hora, hemos de seguir juntos queriéndonos.

—¿Queriéndonos...?

—Sí, hijo, quererse es amor y el amor es lo mejor de la vida; el amor es más que todo; Amor es aurora, sol, lluvia, aire, roca, tierra, flor, fruta, compañía, descanso, toda la Naturaleza es Amor y nosotros formamos parte de eso con los demás seres...

El pollito Alvi pareció meditar.

—Entonces, mamá Cati, el niño Alvarito que viene a vernos ¿también forma parte con nosotros?

—Hijo, el niño Alvarito es puro amor, porque sus padres lo desearon por Amor, y el Creador Dios los bendijo porque El es Amor.

Grazalema, octubre 1990

Paula Contreras

TRISTAN

*A los niños Jesús y Pedro
Rodas Sasián*

Al pequinés le sentaba bien su nombre: Tristán.

Era suave como una bolita de plumas diminutas; su cabezota redonda y su cara aplastada imponían distancias; solo sus ojos, dos globitos de brillante cristal, y su lengüita afilada y saliente como niño embobado, daban paso a la amistad; dócil, obediente, sumiso y cariñoso. Eso decían sus amos que lo amaban como si fuera de ellos un hijo o un hermano. Tristán los quería a todos, pero si él pudiera hablar como los humanos sin tener que recurrir siempre al movimiento de las orejas, de la cabeza y del rabo... y con ladridos, que cuando los daba muy seguidos o muy fuertes:

—¡Calla, Tristán, no alborotes...!

Estaba muy mimado. Con su camita blanda y limpia; con su comidita segura y apetitosa, ¿cómo sabían sus amos que le gustaba tanto la carne, las verduras y las frutas? ¿Y los huesos?: huesos grandes en los que ejercitaba la fuerza de sus dientes, y huesos de goma para jugar. Y las visitas al veterinario, el paseo en coche, las carreras en el campo...

Lo de los paseos al campo tenía sus inconvenientes porque no lo dejaban jugar con perros desconocidos, y sufría por eso; también le gustaba correr tras las perras; y es que las perritas son preciosas y juguetonas; lo llamaban y se escondían detrás de una planta o valla y lo esperaban. Tristán brincaba jubiloso tras ellas pero antes de llegar su amo lo llamaba: —¡Tristán...!

El se desentendía. ¿No comprendían que aquella perrita era preciosa, que le incitaba agitando el rabo de la misma forma que él veía a Doña Teo

como se abanicaba y se agrandaba el escote con sus cuidadas y enjoyadas manos? y había oído más de una vez el mismo comentario:

—¡Ea! ¡ya está doña Teo con sus calores!... ¡En vez del abanico necesita compañía...!

Justo. Lo que le decía la perrita: —"Ven, acompáñame y jugaremos un rato..."; allá iba como enloquecido sin querer oír al amo.

—¡Quieto, Tristán...!

Corría. Corría. Y entonces, con un pedrusco o un palitroque, alejaban a la perrita, que huía con su precioso rabo entre las patitas y las orejas caídas. Tristán se regodeaba un rato husmeando el suelo, aspirando con deleite el olor de la hembra que había dejado esparcido como regalo, como promesa, como anticipo de aromas y juegos inefables. Y Tristán recordaba que cuando hablaban de doña Teo, de su abanico y de sus calores, terminaban diciendo: —"Está nerviosa, está nerviosa..." Y quizá él se pusiera nervioso por la carrera que daba, por los ladridos de la hembra, por el rabo de la hembra, por el olor de la hembra..., se hacía pipí encima de las hierbas donde ella se había recostado mostrándole su pancita.

Y el amo:

—¡Los nervios!... ¡Son los nervios, Tristán!

Y Tristán en aquellas ocasiones no hacía caso de la comida.

—¿Qué te pasa, Tristanito?

—Que ha jugado mucho y está cansado...; no hay que preocuparse...; pero está visto que los paseos le quitan las ganas de comer.

¡Qué sabían sus amos! ¿Cómo no entendían que él necesitaba la compañía de otros seres que no fueran personas?

Así fue como pensó en hacer amistad con su vecino Flavio. Lo dudó mucho tiempo, porque le asustaban sus ojos brillantes como el fuego, verdes y grises a la vez; verdes como los tallos de las flores, como las piedras que colgaban de las orejas de doña Teo, como algunas telas de las que vendía su amo en la tienda y decía al mostrarla a la compradora "¿Ves que color tan bonito tiene esta seda verde esmeralda?". Como los ojos de Flavio; también eran suaves cuando miraban a su ama y cuando ella le

pasaba la mano por el lomo; entonces Flavio parecía sentir algo raro en su cuerpo porque el lomo se le arqueaba, cerraba muy despacito sus ojos, sacaba la lengua, la pasaba por los bigotes... Los bigotes de Flavio eran largos y duros; lo de duros lo supo después, cuando fueron amigos. Lo observaba desde la ventana de la cocina y lo veía caminar despacio hasta el rincón del pasillo donde la vecina tenía amontonados muebles viejos de madera; allí iba, se estiraba, se alzaba y comenzaba a rascar sacando unas uñas largas, finas y arqueadas.

—Son garras —había dicho una vez su ama— y yo sé donde las esconde, porque normalmente sus patitas parecen tiernas y blandas como el algodón. El ama de Flavio siempre hablaba con entusiasmo con la de Tristán y las dos disfrutaban contando cosas de ellos.

—Mi Flavio es único, es precioso...; muy limpio; hace sus "cositas" en un cajoncito con tierra que tengo en la azotea; su camita es muy tierna, en una cestita, con su sabanita blanca..., bueno, tiene dos sábanas para cambiar, las dos blancas y las dos con encaje de tira "bordá"; la tengo en el salón, pero él solo la usa de noche; y de día, todas las butacas son suyas hasta que yo, terminadas las faenas, me siento a descansar a ver la tele y lo llamo: "¡Flavio..! ¡Mi gloria bonita! Súbete aquí..." y da un salto, se coloca en mi falda, se acurruca, ronronea y se le cambia el color de los ojos; se le ponen grises como la ceniza y como el cielo cuando hay tormenta y no podemos saber si son grises o verdes.

El ama de Tristán sonreía entretanto. A ella no le ganaba nadie en el querer; ella tenía un corazón grande donde cabía su perro por guapo, por hermoso, por noble, por dócil, por obediente; también tenía su camita, aunque sin sábanas de "tiras bordás"; tenía cojines; tenía collar; tenía bañera; tenía toalla; tenía jabón; tenía cepillo y tenía un bebedero siempre con agua limpia, y platitos y juguetes...

Su ama lo llevaba de vez en cuando a la tienda; lo ponían en el mostrador... Lo pasaba bien, muy distraído, aunque algunas personas decían al entrar mirándole asustadas: —¡Uy, un perro! Su amo sonreía forzosamente y su ama decía: —No hace nada...

Pocas se acercaban al mostrador por el lado que él ocupaba; pero iba una... ¡qué lástima que la vieran tan pocas veces!, era mayor, era vieja, pero era como un hada. Lo creía así Tristán, porque ella, al ponerle la mano en su cuerpo, le comunicaba un calorillo que le enloquecía; y le chupaba las manos y la cara y la sabía gozosa con el mordisqueo. "No me aprietes tanto,

Tristán..." eran una delicia sus visitas ¡ojalá hubieran sido más frecuentes! Lo que no le gustaba era que preguntara siempre por el Rubio, porque lo despreciaba tanto que no consentía que el chuchito siguiera montado en el escalón de la tienda; era un perro plebeyo, rubiascón y blaucuzco; los ojos acaramelados y la mirada humilde; de mal carácter, gruñón y escandaloso; sin casa, sin amo, viviendo del robo y de la limosna; un vagabundo indeseable. Tristán lo odiaba, ¿o acaso eran celos porque sus amos toleraban y hasta protegían su presencia?

—¿Y el Rubio, no ha venido hoy? —preguntaba la señora cariñosa.

—Cuando traemos a Tristán él desaparece.

Tristán era de la más rancia nobleza canina; su origen asiático le hacía sentirse importante. "Soy aristócrata —pensaba ufano— tengo una belleza extraña y desconcertante y resulto decorativo y seductor, mi pelo largo y sedoso de tonos delicados... ¡soy un perro de lujo!" Se creía guapo e importante y por eso, y por la regalada vida que le proporcionaban sus dueños, era feliz. Bueno, casi feliz. Para serlo totalmente necesitaba tener amistades entre las perritas aunque fueran de baja estofa; aunque fueran vagabundas; debía ser hermoso hablar con ellas; las perras echaban por sus cuerpos unos aromas que ya los quisiera tener doña Teo, que lo trastornaban, que lo volvían loco; más de una vez quedó abatido en el mostrador con una pena incontenible, aguantándose las ganas de ladrar con fiereza; su fino olfato le anunciaba la cercanía de una perrita... ¡si pudiera escapar...! El Rubio también lo notaba... El pobre Tristán miraba con envidia el coloquio de la pareja; los arrumacos de la pareja; el mutuo olisqueo de la pareja... Tristán envidió al miserable mendigo tanto como odió sus cadenas; sentíase terriblemente humillado al sentir como nunca el dolor de la esclavitud.

Lo de Flavio fue muy sencillo y mitigó algo su soledad. Bajó un día el ama de Flavio con él en los brazos, pidiendo hospedaje porque ella y su marido tenían que pasar la noche fuera de casa y el gatito... (No había dicho que Flavio era un gato). Pues sí. Un gato. Pero un gato siamés, que es tanto como decir de la aristocracia gatuna.

—María —dijo la dueña, suplicando— ¿Tú crees que se pelearán?

—No mujer. El perro estará en su sitio de siempre y el gato en su cesto...; no voy a dejar que se peleen...

—Es que ya sabes el dicho: se llevan a matar como los perros y los gatos... Mi Flavio es muy noble, pero como nunca han estado juntos...

—Y mi Tristán un santo... Ni tu Flavio ni mi Tristán son como los demás.

Ambos animalitos padecían del mismo dolor: de la soledad, que no se calmaba con palabritas, mimos, collares de lujo, camitas de príncipes, sabanitas de novia y comidita exquisita. Así, Flavio entornó los ojos guardando las flechas de su mirada, avanzó suavemente, cuando su ama lo puso en el suelo, llegó a la butaca donde Tristán había enroscado su musculoso cuerpo y fingía dormir... Flavio le dijo inclinado su preciosa cabeza y rozando con los bigotes el cojín: —¿Quieres ser mi amigo?

El asombro de las dos amas fue grandísimo y quedaron sin poder hablar con la boca abierta y saltándoles los ojos, contemplando la escena: Tristán se apoyaba en sus patas traseras, agitaba violentamente el rabo en señal de alegría, reculaba haciendo sitio en la butaca, saltó sobre ella Flavio y ambos se acomodaron amigablemente.

—¡Es que mi Tristán...! —exclamó su ama.

—¡Es que mi Flavio...! —coreó la otra.

Pues así empezó una amistad enormemente íntima y amorosa; participantes en común de la alegría de la opulencia, de la felicidad del cariño y cuidados de sus amos y de la tristeza infinita cuando sentíanse esclavos. Se reunían en la azotea para tomar el sol o el fresco; la elección del sitio era siempre del gato, que en este menester poseía sabiduría de siglos; se juntaban en los pisos de los amos indistintamente en uno o en otro; compartían la comida y se contaban sus cosas; los dos padecían de delirios de grandeza; los dos despreciaban a los que no podían presumir de abolengo y los dos sentían la misma necesidad de entablar amistad con las hembras de sus respectivas especies, aunque fuesen mendigas y ladronas. Sus confianzas enternecerían los corazones más duros.

Flavio pasaba muy malas noches. Había temporadas que le ardía todo el cuerpo cuando sentía que en las azoteas jugaban los gatos hasta las altas horas de las madrugadas; escuchaba estremecido los maullidos dulces y a la vez espeluznantes de las gatitas; las palabras fuertes e imperiosas de los machos; y el ronroneo, por fin, en el silencio de la azotea... "¿Qué te pasa, Flavio? está la sábana revuelta... ¡con el frío que ha hecho esta noche y tú has dormido destapado...!" "Has dormido..., has dormido... ¡qué sabrán los humanos de nosotros...!"

Y así noches y noches... La verdad es que tuvo muchísimas veces intención de huir de la casa; salir, ver mundo, conocer gatas, saborear ratones que tendrían que ser deliciosos, por cuanto supo una noche de aquellas en que el gato hizo ronronear a la gatita cuando le dijo: —En nuestra boda te comerás un ratón que yo cazaré para tí... —¡Ay, Pérez, no me digas eso que se me hace la boca agua...; vamos a celebrar ahora mismo la boda...!

Y su sino era vivir dentro del piso con el amo y el ama; oír la tele en la falda de ella y aguantarlos a los dos.

Tristán lo comprendía perfectamente porque era su mismo drama. ¡Tener que envidiar al chucho Rubio, tan feo, tan descolorido, tan sin clase, porque se lo rifaban las perras...!

Una mañana Flavio no salió a la azotea y su vivienda estaba cerrada; lo buscó por todas partes; lo llamó muchas veces; empezó a sospechar algo raro cuando oyó a la hora de comer los comentarios de sus amos:

—Tristán busca al gato..., no deja de buscar y ladrar...

—¡Si él supiera...!

¿Qué tenía que saber? le tembló todo su cuerpo con el dolor de un mal presentimiento. ¡Qué largos los días que pasaban sin verlo! ¡Qué fea la azotea sin el adorno primoroso que era Flavio, recostado en los ladrillos, como una flor hermosa; su cuerpo claro y su cabeza negra; negro su rabo y negros los zapatitos de sus patas; sus largos bigotes; su hociquito precioso; su lengüita rosada; sus ojazos verdigrises. Una belleza el siamés.

La azotea vacía. Vacía sin su amigo. Se lo habían llevado a otro pueblo donde iba a trabajar su amo. Lo fue sabiendo poco a poco; la casa del pueblo no tenía más vecinos que ellos y no tenía azotea.

Y sin amigos no es bueno estar porque hay que vivir queriendos todos los demás, pensaba Tristán, aunque todavía sentía repugnancia por los vagabundos.

Un día...

El amo joven entró en la casa llamando a la hermana y mostrándole un gorrioncillo que parecía agonizar en sus manos. Entre los dos curaron al pajarillo. Era gris como los ojos de Flavio, comparó Tristán, en vez de pelo

cubrían su cuerpecillo temblón unas plumas endebles; ni boca, ni bigotes, ni nariz; en su lugar un pico que abría y cerraba trabajosamente; y se le movía la garganta como si estuviera tragando bolitas; los ojos redonditos y sin poderle ver los dos a la vez. No se parecía en nada a Flavio. Absolutamente en nada. El pajarillo, chiquitín y oscuro estaba muy asustado.

—¿Cómo te llamas?

—Gorrión, como mis hermanos, ¿y tú?

—Yo Tristán.

—¿Como tus hermanos?

—Mis hermanos y parientes se llaman perros... Gorrión ¿quieres ser mi amigo?

Le cedió parte de su comida y de su agua hasta que al día siguiente el amo le trajo una comida especial.

—Yo tenía un amigo... —empezó Tristán con un suspiro— era como el Sol de brillante, como la Luna de hermoso, como las Estrellas de lindo... Tenía como yo rabo, orejas y cuatro patas; tú tienes sólo dos y muy finas y a los lados unas cosas muy raras que las mueves como el abanico de doña Teo..., y los dedos son muy muy dificultosos...

—Son así para poderme agarrar a las ramitas de los árboles..., y las cosas que tengo a los lados son alas y nos sirven para volar...

—¿Volar...? ¿Qué es volar, Gorrión?

—Esto... —abrió las alas y se posó en un brazo de la lámpara que pendía del techo —Todos los pájaros volamos; formamos una gran familia y muchos grupos, según los tamaños y las obligaciones que tenemos que cumplir; unos cantan, otros limpian, otros viajan... Yo soy de la familia de los gorriones, y no somos muy bonitos...

—¿Y tienes amo?

—Sí, uno que nunca vemos y que cuida de todos...; nos deja libres el aire y los árboles, nos manda el Sol y el agua para disfrutar; la comida hay que buscarla y siempre la encontramos..., al amo lo llamamos el Señor.

—¿Y dónde duermes?

—Sobre una ramita, sobre una flor, sobre una piedra, sobre un alambre o en el nido.

—¿El nido?

—El nido es nuestra casa; lo hacemos entre la gorriona y yo para guardar los huevos...

—No lo entiendo, Gorrión.

—Sencillo, Tristán. La gorriona es mi pareja; somos muy amigos y volamos juntos...; ella es muy cariñosa y guarda en su cuerpo unos huevecitos que después los coloca en el nido que hemos hecho y entre los dos le damos calor y esperamos a que picoteen el cascarón y salgan los polluelos que nos hacen padres. Ser padres es parecerse al Señor que cuida de nosotros y hace crecer el trigo... Luego buscamos comida para ellos y les traemos golosinas: migajitas de pan que los niños dejan en los jardines, gusanitos tiernos, yerbitas blandas, buchitos de agua...; cuidamos de ellos y cuando llega la hora los enseñamos a volar...

Atentamente escuchaba Tristán y todo le parecía un misterio y se hacía un lío con los huevos, el nido, el Señor Amo, el rocío, los árboles... No comprendía.

El gorrión cerró el pico; luego voló al pretil de la azotea.

—¿Te vas, tú también, como Flavio? ¿Ya no eres mi amigo?

—Me iré pronto porque tengo necesidad de volar y de buscarme otra gorriona; ya tengo la patita y el ala completamente curadas gracias a tu ama, y tengo que irme a mis bosques, a mis ríos, a mis arroyos, a mis árboles... No me gustan los pueblos; hay en ellos muchos pájaros prisioneros en jaulas y muchos niños, demasiados niños, y no me gustan los niños.

Se sobresaltó Tristán, ¿cómo era posible que no le gustasen los niños siendo ellos lo mejor de la humanidad?

—Los niños son crueles y aprenden de los hombres a matar y robar por gusto; se revuelcan en la maldad con el mismo placer que nosotros, en nuestra inocencia, nos revolcamos en el aire...; los niños nos acechan y nos roban los huevecitos o los polluelos y nos destrazan los nidos... Cinco hijitos teníamos en el nido que habíamos hecho en lo más alto del árbol...; pronto podrían volar...; ya se les iban endureciendo los piquitos... Un niño,

tirándonos una piedra, echó el nido al suelo, que se destrozó y se llevaron los polluelos y la madre..., y yo, ya lo sabes quedé cojo, con un ala rota, confundido en la tierra...; tu ama me salvó... Y me voy, Tristán, pero vendré a verte todos los días..., y vendré con la gorriona para que la conozcas...

Tristán sintió envidia. Volar. Salir, Revolcarse en el aire. ¡Eso sería vida!

¿Cuántos días volvió Gorrión a la azotea? Fueron muchos los días y las horas que pudieron gozar de conversación y confianzas. Una tarde llegó acompañado:

—Esta es Gorriona..., ella guardará en su cuerpo los huevecitos y seremos padres después... Ahora tardaremos en venir porque tenemos que hacer el nido...

La soledad de Tristán. Otra vez la vida rutinaria; un paseíto en coche; corretear un poco por el campo, siempre vigilado...

—¿Qué te pasa, Tristán? Parece que cojeas... ¿te habrás clavado una púa? ¿te habrá mordido un bichejo? Dame la patita, Tristánito...

Y él, aguantando la incómoda postura mientras su amo hurgaba entre sus dedos buscando el motivo de su cojera. Lo querían mucho. El amo. El ama. Los hijos. Todos. Y él también los quería a todos y no estaba tranquilo hasta verlos a todos en casa. Y los aguardaba con todo el amor de su corazón; porque aguantar, sin apenas gruñir, que lavotearan su cuerpo, que lo peinaran, que le mirasen por dentro y por fuera sus preciosas y delicadas orejas, que levantaran su rabo para mayor limpieza, que lo llevaran al veterinario para que pinchara su cuerpecito..., era mucho aguantar. ¡Si él pudiera entenderse con sus amos con palabras como ellos, sin tener que recurrir a mover el rabo o las orejas! ¡Si ellos comprendieran con solo mirar los ojos...! Aunque los humanos presumían de perfección no eran perfectos; les faltaba oído y olfato; llevaba razón Flavio cuando decía: "Son incompletos".

Tener amigos es bueno..., ¡ojalá pudiera intimar con el Rubio! Pero era tarde. Cuando sus amos lo llevaban a la tienda desaparecía el chucho, tal vez avergonzado de su pobreza y desamparo. Cada tarde esperaba que la señora cliente llegase para escuchar sus piropos y sentir el calorcillo de sus caricias y ya hasta le gustaba que preguntara:

—¿Y el Rubio?

—Por ahí anda...

La tienda, la azotea, la ventana de doña Teo, el coche, el paseo, la visita de su amigo Gorrión, el mimo de sus amos... Todo era bueno, y hubiera sido mucho mejor de poder salir a buscar perritas sin la cadena humillante; algún día, en un descuido de sus amos, se escaparía.

Descuido de sus amos...

De eso estaban ellos hablando con caras muy tristes mientras lo miraban y acariciaban con más ternura que otras veces. Aunque no acababa de comprender; parecía que ocultaban algo penoso y el nombre de Flavio... ¿qué le pasaba a Flavio? Escuchaba sin comprender:

—Descuido de los amos...; se escapó...; salió a la calle... Los niños... Sí, sí, a palos y a pedradas...

Y luego:

—Hay que tener mucho cuidado con Tristán..., podría escaparse...

—No. No. Tristán es feliz y no se escapará nunca...

—... porque en la calle hay muchos peligros: los coches, las bicis, los ladrones y sobre todo los niños...

(¿Los niños? ¿También ellos como Gorrión...? Lo mejor de la humanidad)

Y seguían hablando:

—¡Qué desgracia! ¡Claro, se escapó, salió a la calle y los niños...! ¡Sería horrible, a palos y pedradas...!

Y después fue tomado en brazos por cada uno de sus amos; fue besuqueado y apretado al pecho de cada uno, que le decía: "Tristanito, amorcito, tú no te escapes nunca que te pasaría lo que a Flavio y nosotros lloraríamos mucho... ¡Tristanito, no nos dejes nunca...! ¡No te escapes jamás...!

¿Cómo iba a dejarlos? ¿Cómo iba a hacer una cosa para que sufrieran y lloraran? No. No se escaparía jamás.

A esperar las visitas de Gorrión, que ya vino una tarde a decirle desde el pretil de la azotea que era padre otra vez; a escucharle las cosas bonitas

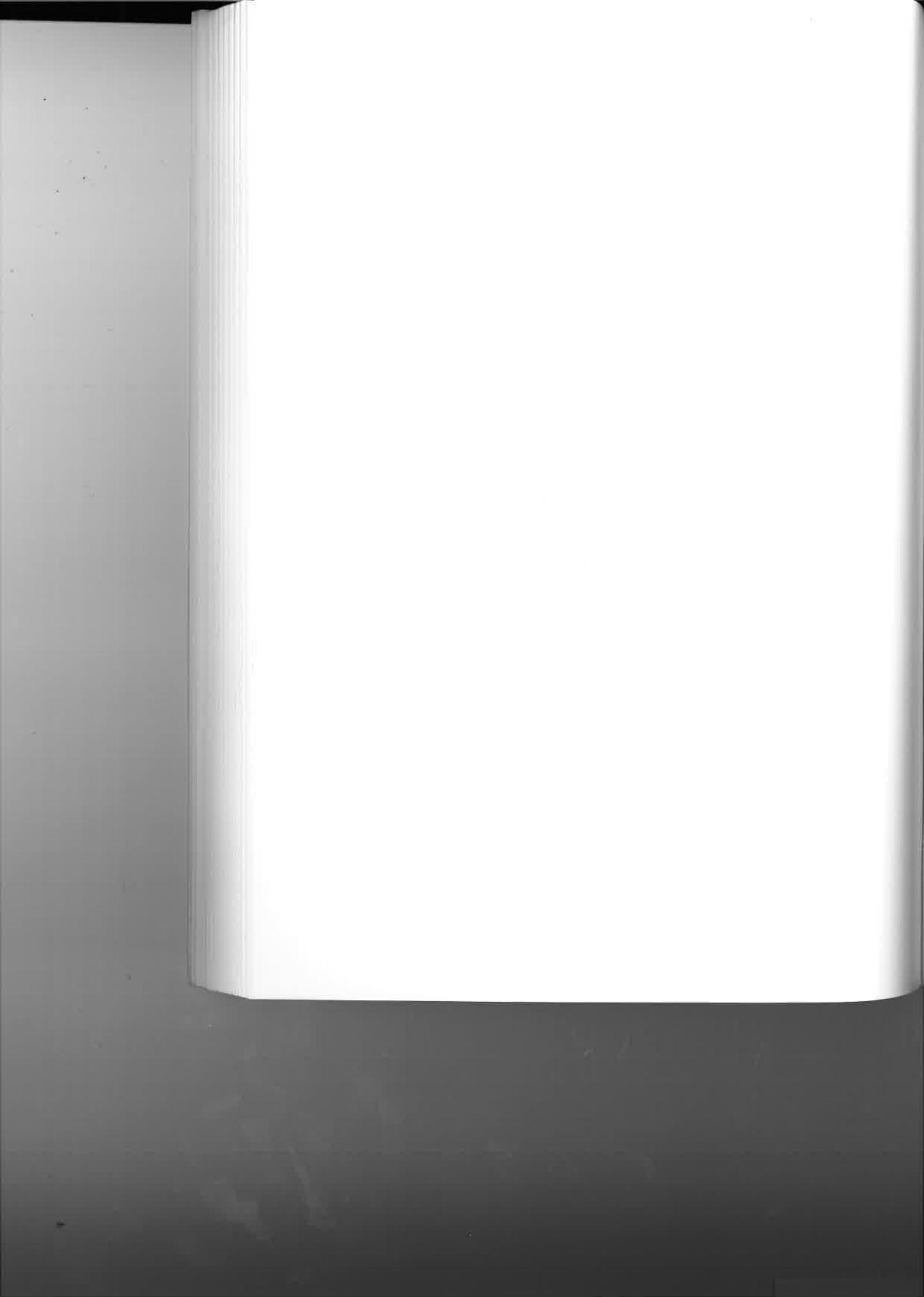
que le decía con su dulce voz de los demás pájaros que cantaban, de los que tenían plumas de muchos colores, de los enormes pájaros que hacían sus nidos en lo más alto de los montes; cosas preciosas decía, y con humildad confesaba que él era de lo más insignificante, pero que para el amor hasta lo más insignificante es importante, porque lo mínimo agranda el cariño y la amistad, que ninguna prenda de amores es pequeña ni inútil. ¡Si él pudiera comunicar al chucho estos sentimientos serían dichosos los dos! Estaba seguro de eso y arrepentido de su altivez de aristócrata, Todos tenían el mismo Amo, había dicho Gorrión. Todos formaban una hermandad y ahora comprendía lo que dijo un día su ama refiriéndose a un hombre santo que se llamó Francisco:

—El hermano lobo...

—¡Eso! el hermano perro, el hermano gato, el hermano gorrión...

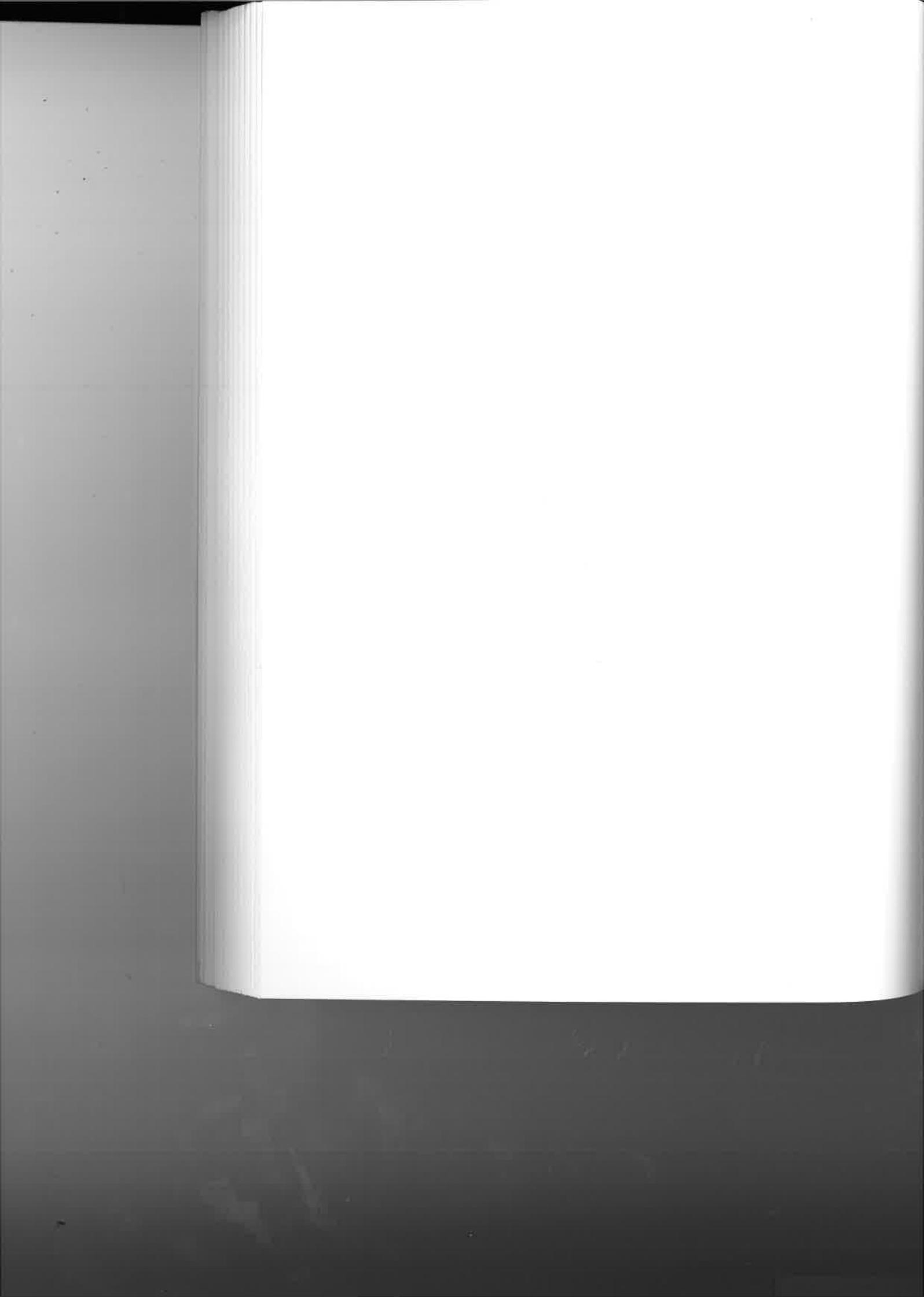
Puerto Real, 3 Abril 1989

Paula Contreras



EL OLIVO DE LA DISCORDIA

*A Marta, mi nieta
que tiene hermosas raíces,
como el olivo.*



Pues señor, érase una vez...

(Sería curioso que el olivo relatara el suceso porque en los cuentos está permitido que hablen los árboles y entonces éste podría empezar diciendo:)

Yo no entiendo de horas, como las personas, pero he aprendido que el sol me hace ver a mis hermanos y que el viento me trae sus voces. Tengo muchísimos hermanos repartidos por todo el mundo y todos somos iguales en lo principal, en nuestra esencia, que damos mucho y pedimos poco. A esto los hombres llaman Amor. Los hombres son unos seres muy raros porque dicen cosas que ellos mismos no comprenden ¡con lo sencilla que es toda la naturaleza! El Viento, nuestro gran amigo, nos entera de todo cuanto pasa por tierras lejanas y nos cuenta lo que ocurre en parques y jardines; por eso sabemos que hay muchísimos árboles con nombres muy lindos y que unos viven en compañía y otros aislados y eso debe ser muy triste. Sé de un hermano que está solo en medio de otros árboles: almendro, higuera, peral y otros que no dan fruto pero adornan; mi hermano está solo y le han puesto nombre de mujer: VISITACION; está en Granada y fue llevado muy chiquitito desde Jaén, nuestro hermoso reino; va creciendo rápido y vigoroso, me dice el Viento, y yo le digo que le hable de mí, porque también yo estoy solo. Solo, aunque viva en un olivar. Mi historia es muy triste y mi nombre no me gusta; me llaman DISCORDIA. ¿Cómo llamarme así, si soy igual que mis hermanos, símbolo de la PAZ? ¡Discordia! ¡cosas de los hombres!

Yo he nacido en medio de una linde que separa dos olivares; en cada uno de ellos hay centenares de olivos y todos son hojiblanco y plantones. Los amos de los dos olivares siempre fueron muy amigos; desaparecieron llevados por los muchos años y pasaron los olivos a los hijos, y después a los nietos. Seguían la amistad las dos familias hasta que un día nació yo. No fue exactamente el día de mi nacimiento, fue al transcurrir el tiempo cuando empezaron los disgustos. Los enormes disgustos.

¿Cómo nació yo? Estaban haciendo la poda en las dos fincas, cuando alguien tomó una vareta que estaría tirada en el suelo y la pinchó en la linde que separa a las dos fincas, la de Pérez y la de García. Bueno, me libré de que el poquillo ramón que yo tenía entonces se lo comiese una cabra y que me echaran al fuego. Había estado formando parte de un olivo de la finca de Pérez, no sé de qué olivo ¡son tantos!; los hombres fueron apilando varetas en un solo montón y me dolió encontrarme desvalido en medio de la finca; ya no sentiría a los bichitos arañando mi cuerpo, ni a los pájaros bulliciosos al amanecer, ni a las lechuzas en la noche, ni escucharía las noticias que traían los vientos.

Sentí alivio cuando me sacaron entre las otras varetas y esperé a que cuando terminaran las labores me recogiesen. ¿Qué sería de mí? Acabaron los trabajos y nadie pensó en mí, pasaban indiferentes a mi lado.

Y también pasaron los días, no sé cuantos y entonces noté que algo estaba ocurriendo.

Sí. Yo era una vareta hincada en la tierra de la linde; una tierra dura pero la pisaban hombres, bestias y perros y apenas crecía en ella la yerba. La tierra de los olivares es floja, mullida y al pie de las estacas nacen flores blancas, amarillas, rosas, moradas; la mía es dura, ya al hincarme en ella se desgarró mi cuerpo por el extremo haciéndome más daño que el hocino me hizo cuando mi savia brotó como el llanto en los ojos de los hombres; mi savia fue bajando desde la punta de mi cuerpo hasta tocar la tierra y sentí un consuelo muy grande como si la mano suave de un niño me acariciara.

El Sol ya se iba y pasaban los pájaros enloquecidos temiendo encontrar sus nidos vacíos y destrozados y empezaban otros pájaros a buscar sitio en los ramajes para sobrevivir. Veía las estrellas sin que me lo impidiesen otras varetas y la luna cada noche; yo había observado que la luna parecía a veces grande y a veces más chica, cuando formé parte del árbol; supe de noches claras, noches oscuras y noches lluviosas; estas son las que más me

gustan, porque me dejan limpio y reluciente y mi cuerpo fresco jugoso, dispuesto a echar la rapa, mi flor o semilla, que se convertirá en aceituna. Siempre me ha gustado la lluvia. Entonces estaba sola, no pertenecía a nadie y estaba expuesta a que me pisara una bestia y me destrozara ¡morir sin haber sido útil!

Aquella primera noche de mi vida en soledad llegó el viento muy suavecito y me envolvió desde la punta hasta el pie. —Gracias—, le dije.

El me contestó muy bajito: —Up, up, up, ... y se fue para volver por la mañana con el sol.

Soy amigo de todos los vientos; algunos me han maltratado, pero era por mi bien, decían, para que fuera fuerte y no me doblegara. Recuerdo el primer baño que me dieron las nubes. El cielo estaba muy oscuro y de vez en cuando se abría y echaba fuera unas varetas de fuego y arriba sonaba como si rodaran piedras o como si muchísimos hombres estuvieran cavando la tierra dura a los pies de mis hermanos. ¿Me cavarán a mí? pensé de pronto. No. A las varetas sueltas no hay que cuidarlas.

Después de aquella lluvia sentí que el trozo de mi cuerpo hincado parecía que se inflaba y unas cosquillitas lo recorrió hasta la punta, estremeciéndome de gusto, y las hojas del poco ramón que me habían dejado pareció que reían, como los humanos cuando disfrutan de algo bueno. Yo gozaba con la lluvia, que al cabo de los días dejó de caer, pero a mí, por mis heridas del pie, me salieron unos hilos finos y tiernos que no los veía pero los notaba, ¡ay, qué gusto cuando noté que se iban haciendo largos, fuertes y duros!

Y temblé cuando una mañana, muy soleada por cierto, escuché: —Ese plantón habrá que arrancarlo porque estorba al paso. Se referían a mí y de pronto me pareció que el sol se había escondido, que se hacía noche sin estrellas.

—Ese plantón no molesta a nadie —dijo otro.

Me llamaron plantón y no vareta. Ya era un plantón como mis hermanos.

Volvió a brillar el cielo con estrellas y el sol se agrandó como un globo gigante. Me habían llamado plantón ¡qué alegría! y me puse a observarme con detenimiento; efectivamente: había engordado, había crecido y el ramón me formaba una copa, una copa clara pero una copa, y el sol me empujaba

y dejaba mi sombra al hilo de la linde. Mi sombra. ¿Y cuando un pájaro se columpió en mis ramitas?

—Buenos días, zorzal —le dije.

El me dijo: Pío, pío... —y yo entendí— Te estás haciendo un árbol y me alegro.

Se formaron mis raíces y empezó mi cuerpo a formar corteza.

El viento de la noche me enteró de todo: Yo fui una vareta del olivo grande del rincón, donde el olivar hacía un repecho, como una cuesta, una loma, que daba siempre buenas cosechas y que pertenecía a los Pérez.

El otro olivar era más llano, también daba buena cosecha y era de los García. Los García y los Pérez siempre fueron muy amigos y muy buenos labradores; murieron apenas empezaron mis raíces a querer alargarse en el interior de la tierra. Los nuevos amos eran hijos de los anteriores y también amigos mientras mi cuerpo se parecía más a una vareta que a un plantón.

Buenos amigos hasta que un día (lo he tenido desde entonces siempre presente) los nuevos dueños comenzaron a fijarse en mí y a discutir quien era mi dueño, ¿los Pérez o los García? Se cruzaron recias palabras y hubo amenazas. Yo temblaba ¿me arrancarían? Fue un atardecer muy amargo, hasta el sol parecía disgustado y se rodeó de nubes rojas. De pronto sentí que algo nuevo ocurría dentro de mi cuerpo y la savia subía a borbotones; me pareció que las nubes rojas me las enviaba el sol para caldear mi carne y al notar los dedos fuertes de una lechuza engarfiados en la axila de mi rama más fuerte, me dije dichoso: "Si la lechuza me busca es que ya huelo a aceite" y me moví sin la ayuda del aire, o tal vez fuera con el impulso de la respiración fuerte del pájaro.

El viento aquella noche fue muy bueno conmigo y me consolaba: "Tus hermanos los de García y los de Pérez están muy tranquilos, cálmate que ya eres casi un olivo, hasta la lechuza te visita".

Pero yo no tengo amo. Estoy clavado en una linde que es de los dos. Me talarán. Brotaré de nuevo porque ya tengo gruesas raíces y un día cavarán a mi pie para arrancarme y me partirán para leña.

Me llaman Discordia. Se pelean los dos por mí. Ya no se hablan las dos familias ni se miran. Y yo no tengo la culpa, soy hojiblanco y

simbolizo la Paz y la Abundancia, igual que mis hermanos, y como ellos no necesito que me estimulen para que llegue a dar fruto, no preciso de mimos para dar cosecha, somos humildes, constantes, generosos, serenos, sabios y poéticos; tan humildes que nuestras flores apenas se distinguen entre el ramón porque no nacen para adornar sino para servir; tan constantes que siempre tenemos el mismo color y volumen; tan generosos, que nos damos cada año en ofrenda de vida; tan serenos que ni el sol, la lluvia, el calor o el frío nos altera; tan poéticos y sabios que nos cantan y pintan los artistas.

Y quiero vivir aunque sea en la soledad de la linde.

El mochuelo también habló de unas cosas muy raras que le ocurrían a los humanos. No me gusta su charla y deseaba el amanecer para no escuchar a los pájaros de la noche. El sol me envía un hilo de luz como saludo y luego juguetea con mis ramas; algún día serán mis ramas más espesas y robustas y le costará trabajo mandarme sus hilos de oro; y el viento (el viento sabe mucho porque anda por todas partes) dijo: "Los olivos son amigos del sol y este puede entrar siempre para que vuestras hojas formen transparencias..."

Por fin un día sentí dedos de niños ordeñándome. Decían: "¡Cuántas aceitunas tiene el DISCORDIA!" —Pero luego llegaron los hombres, los García y los Pérez y discutieron por mi pequeña cosecha. Y así un año tras otro.

Hace poco tiempo, en esta última cosecha, las discusiones fueron terribles. En el olivo del rincón había una muchacha con el pelo de oro, los ojos como mis aceitunas, la boca roja de amapola y parecía que el viento le movía la cintura, igual que cuando por primera vez posó en mi copa un estornino.

Ya no me talarían pero tendría que ser de los Pérez o de los García y eso lo resolvería un juez; me lo dijo el viento a la noche; me lo dijo muy deprisa porque tenía que trabajar con las nubes para que descargaran sus aguas pronto porque la tierra le pedía ayuda: "¡Tengo sed, tengo sed", — clamaba sin descanso. Mi amigo me había preguntado: "—¿No sientes que tus raíces, por falta de agua, te parecen de acero muy duro?"

NO. No. Mis raíces están húmedas, fuertes, hinchidas, como si estuviesen sobre un río, y por el tronco me envían la savia como besos ensartados.

Mi amigo me contó que la hija de los Pérez, la que vi en el rincón, amaba al hijo de los García. "Amar, dijo, es querer estar siempre juntos". —"¿Cómo es él?" —"Alto y derecho como un álamo; del color de tu madera cuando está preparada para hacer un mueble; el pelo y los ojos como la noche cuando yo amontono nubes y tapo luna y estrellas; hoy lloran y blasfeman las dos familias. Al muchacho lo mandarían muy lejos y a la niña la encerrarán en un convento" y ellos no tienen culpa de nada. —"¿La tengo yo?" —"Tampoco, pero por tí se pelean, se destrozan y morirá de pena la niña del cabello de oro".

Se fue dejándome muy triste; mis hermanos me mandaban alientos con otros vientos: "Eres la Paz, eres la Paz, no lo olvides ... "¡Si no hubiera crecido, si no me hubiera convertido en un provechoso olivo...! ¡Si pudiera desaparecer de pronto, volverían los Pérez y los García a ser amigos de nuevo y los muchachos podrían amarse y ser felices...!

El Viento amigo otra vez se detuvo: —"¡Hola Discordia!" — no me gustó el saludo y le contesté: "¿Y a tí cómo te llaman?" —"Cada uno como quiere. Mi padre es el dios Eolo y nos manda a trabajar a todos mis hermanos para las faenas sin importancia; hoy está disgustado porque otro dios se está confabulando con la Tierra para dejar en ridículo a mi padre, y piensa moverla sin nuestra ayuda".

No entiendo. Mis hermanos son sabios y yo soy muy joven para comprender ciertas cosas de los humanos. Si mueven la tierra (los hombres o los dioses) mis raíces pueden sufrir y yo también. Mi amigo se agazapó envolviendo mi cuerpo a ras de la linde; la lluvia vino lenta, menuda y fresca; limpió mis hojas y me siento tan feliz que se lo digo a mis hermanos y llamo amigablemente a la lechuza: "Ven, tal vez encuentres en mi suelo algún animalillo para tu alimento".

Los olivares están en silencio y las nubes corren por el cielo jugando al escondite con la Luna. "¿No trabajas ahora, dulce amigo...?" —Y me contesta: "Estoy observando la tierra...".

¿Qué puede observar? Me siento inquieto. Va pasando la noche envuelta en un perfume delicioso que emana de la tierra mojada. La lechuza mueve la cabeza como una veleta loca, como si mi amigo la estuviera cosquilleando. Pero el Viento sigue al pie de mi cuerpo y está muy quieto. Unos topillos se le han enredado y él los salva de la lechuza.

Noche larga, quieta, misteriosa.

Por los olivares, sin embargo, se sienten pasos de hombres. Mi hermano, el del rincón, me dice con el vientecillo que se pasea por las calles del olivar: "Estos Pérez vienen a darte un hachazo para que desaparezcas y en el otro olivar llegan los García con el mismo pensamiento; y no se acabará la discordia aunque te hagan leña porque seguirán odiándose; cuando alboree se lanzarán a ver quien será el primero en destruirte... los hombres son interesados, avaros y ambiciosos".

Yo quiero paz; yo represento la Paz y el Amor. Quiero que la niña de cabello de oro y el muchacho sean felices. Lo digo a mis hermanos y ellos me consuelan.

A pesar de toda mi angustia, siento que mis raíces parecen tirar de mí. Va naciendo el día y pronto se arrojarán esos hombres sobre mi cuerpo... ¿me escuchas, amigo Viento? y me contesta sacudiéndome el cuerpo y empujando para abajo mis raíces.

Ya nació el día. Parece que llueve porque me estoy mojando. No. No llueve. El cielo está raso y sopla ese aire a quien llaman céfiro. Mi amigo se ha separado de mí pero no se aleja; siento su respiración acariciando mi copa. Poco a poco voy acercándome al suelo de la linde, como si me agachara y estoy quieto, sin moverme ¿qué me pasa? ¡Decírmelo, hermanos...! No los veo enteros, solo diviso los pies de los plantones y ahora los pies de unos hombres que vienen hacia mí ¡socorro...! vienen de los olivares con hachas y hocinos ... no veo ya ¿qué me pasa?, solo distingo un trozo de cielo blancuzco ¡ah!, y las cabezas de unos hombres que miran asustados.

Desaparezco. Mis raíces han tirado de mí y me llevan a unas aguas profundas y correntonas, como si fueran un río soñado... oigo todavía a mis hermanos que me hablan desde todos los sitios de los olivares y me dicen que el dios Eolo no pudo evitar que la tierra se moviera y que un río subterráneo enganchara mis raíces...

El olivo de la Discordia pudo decir todo eso. Su muerte fue poética; se hundió en el agua y se hizo tierra. Su amigo el viento no podrá comunicarse con él. ¿Podría saber que la niña del cabello de oro y el joven de los ojos y pelo como la noche nublada fueron felices? Lo fueron desde que se hundió el Discordia y en su lugar apareció un pozo de agua cristalina salpicada de hojitas de olivo. Los Pérez y los García se habían estrechado las manos y reinó la Paz.

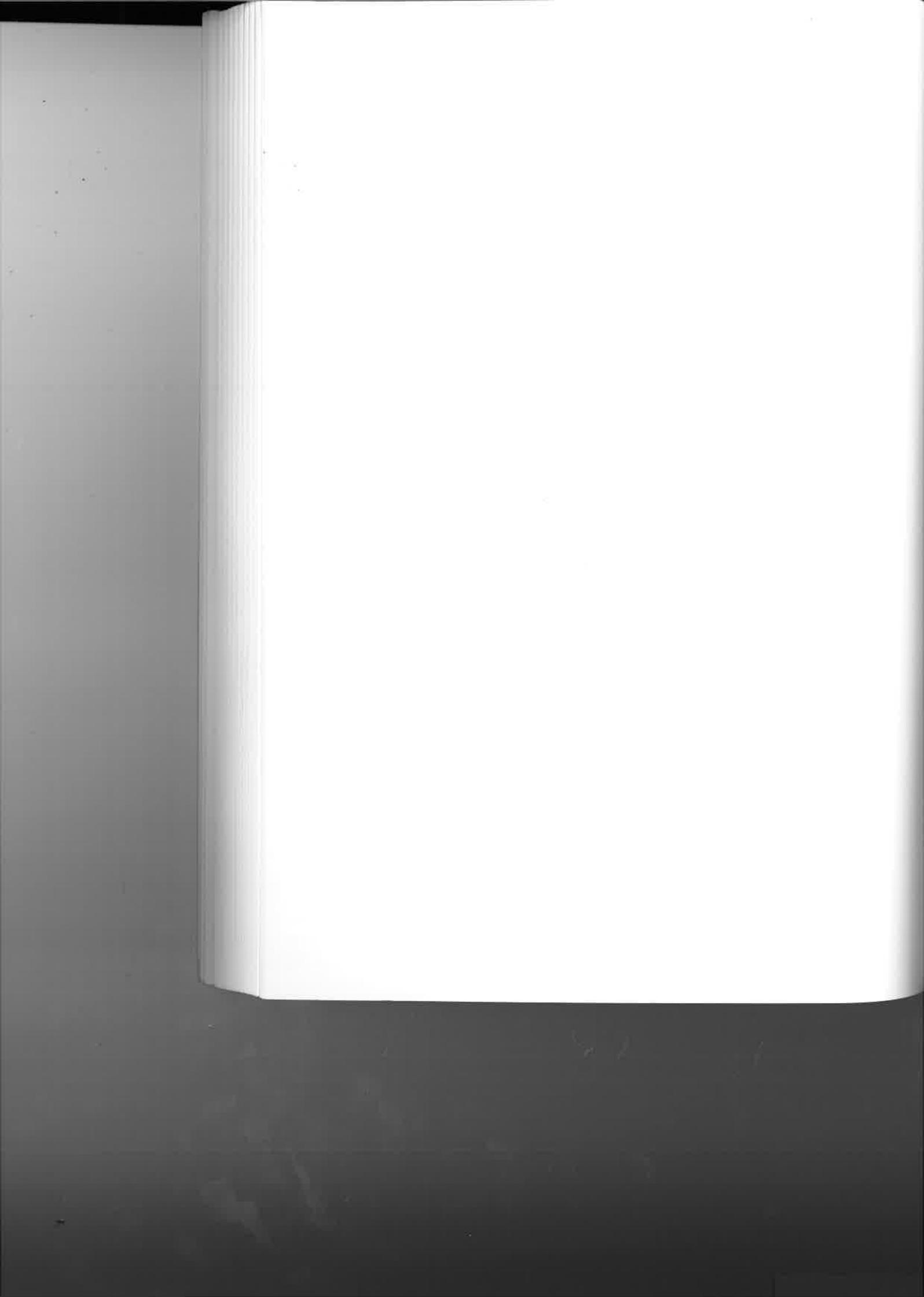
Y preguntaría nuestro olivo: ¿Para que haya Paz tiene alguien que sacrificarse? ¿Qué le contestaría el viento viajero de todos los confines de la Tierra? ¿Y qué los sabios y viejos árboles de la Paz?

Puerto Real, enero 1993

Paula Contreras

LA PERRA DE LA BOVEDA

*A la niña Begoña Hernández
en recuerdo de su naciente
interés por los perros.*



Llegó al pueblo cuando la tarde pardeaba y una campana jubilosa sonaba porque iba a celebrarse una Misa.

Y el corazón de la forastera palpitó con júbilo. "¡Buena llegada", —dijo para sí, Luisa, escuchando el vocerío de la torre de la Parroquia.

Porque Luisa se llamaba aquella señora mayor, muy mayor, que bajaba del taxi, a la puerta de la Pensión, donde pasaría unos días para recobrar parte de la salud perdida.

—¡Qué bien se respira aquí! —dijo bajando del coche y saludando a la dueña de la casa, que se alegró mucho y hasta se envaneció, como si la pureza del aire de Zahara, fuera obra suya.

Es que Zahara de la Sierra —(¡es curioso, que en la provincia de Cádiz, existan dos pueblos con el mismo nombre, aunque con distintos apellidos!)—. Del que estamos tratando de contar algo que sucedió en él, se llama de la Sierra, y, naturalmente nos lo figuramos empingorotado en lo alto de una peña, con sus caminos pedregosos, sus fuentes claras, sus calles empinadas, sus cuervos negros, sus cabras saltarinas y sus hermosos buitres de collares de plumas largas que se pasean por el espacio. Y al de apellido Atunes, claro está, junto al mar, con sus playas, sus peces, sus gaviotas y sus cuervos marinos.

Pero dejemos esto y vamos a conocer lo que le ocurrió a Luisa.

En verdad a Luisa no le pasó nada extraordinario. Ella fue allí, por recomendación médica, con la esperanza de poder respirar con normalidad.

—¡Qué bien se respira aquí! —había dicho al bajarse del coche, y mientras iba colocando al filo de la puerta su pequeño equipaje, no dejaba de mirar a una hermosa perra que jugaba con su cachorillo, que a su vez, éste, intentaba subirse al taxi.

—¡Fuera, fuera...! —gritaba el chófer —Que me manchas los asientos.

La perra miraba al hombre y parecía suplicarle: —No lo echas..., a mi niño le gustan los paseítos en coche... ¡déjalo!

Luisa creía leer en la mirada de la perra esta súplica maternal; dejó en el escalón de la puerta el maletín y quiso acercarse, pero el animal la rechazó con un extraño ladrido que Luisa quiso entender: —¡Mi niño, mi niño, dile al hombre que le dé una vueltecita...!

Después de aquello, todo normal. El taxista cobró y se despidió. Luisa entró en la casa elogiando tanta claridad y limpieza; María, la dueña de la pensión, se volvió a esponjar; mamá perra y el perrillo corrían tras del coche hasta la primera revuelta de la calle —(esto lo supo Luisa después); allí ordenó la perra: "Quieto, niño, vamos a entrar en casa de Gloria, que algo nos dará", efectivamente, Gloria les tenía siempre preparada comida y un barreño con agua detrás de la puerta de su establecimiento, que era de hilos, telas, comestibles, etc. Porque Gloria quería a los animales aunque no poseía ninguno, pero su tienda era punto de amor para los desvalidos y los sin dueño.

Mamá perra tenía amo y refugio: una cuadra cerca de la calle San Juan que le llamaban la Bóveda porque el techo era embovedado y precioso además; conservaba sus dos pesebres y un troje vacíos ya por inútiles; una hermosa ventana enrejada como respiradero; bien enjabelgadas las paredes, limpio el suelo, con un revoltijo de viejas mantas en un rincón que le servía de cama a los animales.

La perra tendría su nombre, pero Luisa la llamaba Bove, porque Bóveda le pareció muy largo y naturalmente el animal no le hacía caso porque Bove no prestaba atención más que a sus amos y a Gloria. Los amos, pasado el verano volvían a Sevilla, donde tenían su trabajo y donde tenía que continuar sus estudios el hijo mayor. A este le gustaba volver a Zahara, los fines de semana, ¡quién sabe si unos ojos zahareños lo estaban martirizando duramente!

Luisa paseaba por las calles e intentaba subir al castillo sin conseguirlo porque a mitad del empinado y difícil camino tenía que sentarse y respirar

hondamente; miraba con envidia a los cuervos que gozaban revolcándose en el aire, y a los buitres, de vuelo majestuoso, indiferentes a la belleza del paisaje, o, acaso este panorama, dulce y salvaje a la par, no era comparable con el de sus buitreras, creía Luisa.

—¡Bah! —musitaba— todo es bello.

Y entretenía su mirada, buscando luces y sombras en la lejanía, donde los montes alternaban con los llanos en una inefable rueda de niñas que jugaran, cogidas de las manos, a "agáchate y vuélvete a agachar...! Allí, Algodonales, más allá Olvera, detrás de aquel coloso, El Gastor...

—¡Oh, la infinita belleza de Dios! —decía siempre, en oración.

Ella sentíase pequeñita, muy pequeñita, más aún que la lagartijilla que se había escondido debajo de una roca, asustada, y más angustiada que aquel escarabajo de charolada capa, que en vano empujaba la pelota de estiércol, más grande que él, y que siempre rodaba al punto de partida. "Si no se asustara, yo le ayudaría —se decía Luisa, compadecida del esfuerzo inútil del bichejo—, si fuera hormiga, ya le habrían ayudado una legión de ellas...".

Luisa desistió de visitar el castillo. Casi una semana llevaba en el pueblo y ya lo conocía y admiraba, como también a sus gentes. Y no se cansaba de pasar horas en el Mirador de la plaza de la Parroquia, observando el paisaje, mirando el puente que dejaron los romanos, los coches que corrían por la carretera para Ronda. Y las cabras que volvían, graciosas y ágiles, a sus albergues; bajaban de roca en roca como un remolino de diablillos juguetones. Cuando el sol disponía su marcha diaria, Luisa iniciaba su otro paseo, siempre igual y siempre nuevo, porque el sol se entretenía descubriendo colores en los campos y huecos en las calles rampantes; al llegar a la torre del Reloj, se detenía Luisa el rato que todavía tardaba el sol en desaparecer y era cuando la tarde se vestía de un dorado mate, como una alhaja antigua.

Aquella vez, habló con Gloria:

—... sí, vengo diariamente a ver jugar al sol al escondite con sus montes de abajo.

Y Gloria quedó pensativa; luego dijo: —Llevo años aquí y no me he dado cuenta de eso...

—Es natural, porque es la hora en que el establecimiento tiene más trabajo... —dijo Luisa.

Y Gloria: —¡Y pensar que cada día la puesta de sol es distinta!

Y Luisa: —Cada día y a cada minuto. Mira, en este momento no se ve el monte de delante y en cambio se destaca aquel que siempre es desapercibido...

Un rato estuvieron las dos viendo aparecer y esconderse las moles de grandes arboledas que aguardaban desde el principio del mundo la hora de su juego mágico.

—¿Qué le pasa a esa perra, Gloria?

—Que está como loca, porque Miguel, su amo, se ha ido a Sevilla y se ha llevado al hijo... Está como loca desde esta mañana, subiendo y bajando la calle, saliendo a la carretera en busca del coche y llorando sin consuelo... La llamo y no me hace caso..., ni come, ni bebe... Está enloquecida.

A Luisa se le encogió el corazón, como si una mano muy fuerte y dura, se lo cogiera.

La perra paraba algunas veces como si escuchara algún ruido lejano y conocido, luego aullaba desesperada y corría trágicamente por su calvario.

—La otra vez que tuvo perritos —continuó Gloria —se los quitaron todos en el mismo día al cumplir el mes, los seis que le nacieron; se los llevaron repartidos por el campo y a Grazales... Los padres de Miguel no los venden, los regala a sus compromisos, porque son muy buenos perros lobos, como la madre... Antes de quitárselos era un espectáculo el día que los sacó de la cuadra; se tumbó allí, al lado de la iglesia y los perrillos jugaban con las tetitas de la madre; todos los días los sacaba... El día que los amos repartieron sus crías se puso como ahora, y fue de casa en casa oliendo, buscándolos, y llevaba las tetitas tan llenas que podrían reventarse... Dejó de comer y de beber y no quería salir de la cuadra...; por eso, esta vez le dejaron uno y a pesar de eso pasaron días y noches que se escuchaban los aullidos que daba en la cuadra de la Bóveda... Y ahora era feliz..., eran felices los dos...

Luisa sentía ganas de llorar y le pareció que rompería en llanto cuando vio que a Gloria le corrían las lágrimas por la cara.

Aquella noche Luisa durmió muy mal. Por la mañana, la perra estaba en medio de la plaza atenta al menor movimiento o ruido. Luisa le habló desde el balcón en voz muy baja: —No te apures, mujer, tu niño lo va a pasar muy bien...

La Bove levantó la cabeza y miró a Luisa: sus grandes ojos miraban con profunda tristeza, y movió el rabo agradecida por las palabras de consuelo, aquella mañana selló una amistad.

Tres días consecutivos se plantó la perra en la plaza mirando al balcón esperando que Luisa se asomara.

—¡Hola, buenos días, Bove!, ¿estás más tranquilita, mujer?

Y la perra movía el rabo con fuerza, con alegría, mientras clavaba su mirada en el balcón.

Esto fue observado por la dueña de la pensión que comentaba con sus vecinas: —Yo no quiero perros..., lo ensucian todo y nos llenan de pulgas y garrapatas...; en mi casa no dejo que entre ningún perro...

Luisa escuchaba desde el balcón y no le cabía duda de que María le hablaba a ella indirectamente.

Al salir para darse su paseo matinal, vio que la Bove estaba recostada en el zócalo de la fachada y que la vio andar sin moverse. Más de una vez volvió la cabeza esperando que la perra fuera siguiéndola y comprobaba que seguía en su extraña actitud.

En el Mirador charló con Frasquito, el viejo tratante que se conocía toda la sierra y que al llegar diariamente al encuentro sacaba de los bolsillos de su chaqueta puñados de jazmines, que ella agradecía y lo compensaba escuchando sus andanzas por las ferias comprando y vendiendo mulos, yeguas y borricos y todo lo que caía y "así me he ido abriendo paso en la vida".

Se despidió Frasquito: —Hasta la tarde, señora—.

Vio como se marchaba, y por el fondo de la plaza, pasado el Hostal y la Biblioteca, divisó a Bove que venía a paso ligero, casi un trotecillo y moviendo con gentileza su hermoso rabo.

—¡Hola, mujer! —le saludó Luisa— no te gusta Frasquito ¿verdad? ¿Te ha pegado alguna vez o sabes que compra y vende animalitos...? Tú sabes eso, ¿verdad Bove?

Parada se había quedado la perra escuchando, quieto el rabo, derechas las orejas, húmedo el hocico y en su vientre se notaba el temblor acompasado de su corazón. Se echó a sus pies, enroscó el cuerpo y cerró los ojos.

El calor hizo que Luisa se retirase a la Pensión. Bove la acompañó y quedó, como antes, recostada sobre el zócalo. Pero a Luisa se le atragantaba la comida mientras aguantaba la charla de la patrona. No había esperanza, no podría darle ni un poquito de pan al pobre animal. Le daría cariño, se colocaría en la casa de forma que pudiera verla y le sonreiría desde dentro.

—Su sitio de siempre es al lado de la escalera, el más fresquito...

—Sí, María, pero para leer, es mejor este delante del ventanal, frente a la calle.

—¿Le descorro la cortina?

—No. Está más bonita la casa con la cortina echada.

—¿Verdad, que sí? Y que a mí me gustan que lleguen las cortinas hasta el suelo.

Encendió la Tele y se metió en la cocina.

Luisa se estremeció. Algo le había rozado por las piernas... Comprendió y sonrió dichosa: la Bove había entrado sigilosamente y se estaba colocando detrás de la cortina.

María no se había dado cuenta. Tres días pasaron la siesta en amorosa compañía, sin que la avispada patrona tuviese conocimiento de lo que estaba ocurriendo en su casa.

Al cuarto día...

—Señora —exclamó alarmada María— ¿no ha oído usted, algo así como un suspiro, como si hubiera alguien con nosotras...? Yo no creo en fantasmas, pero, lo he oído con la misma claridad como si estuviera aquí mismo...

Luisa, un tanto violenta porque la cortina se estaba moviendo... ¿qué podría decir? Pero ya la perra había decidido escapar antes de que la echaran de mala manera.

María hizo un ademán de enojo y Luisa dijo:

—¡Pobre animal, le han quitado su cachorro!

—¡Pobrecilla!— dijo María.

La cortina quedó nuevamente quieta. Y además, entonces, la Bove ya no tenía que acechar para entrar o salir. Aquellos ratitos eran bálsamos maravillosos. Y por la tarde, mientras Luisa contemplaba la puesta de sol, Bove entraba en la tienda de Gloria para engullir su diario alimento. Por eso se notaba ya en su lomo el brillo del bienestar, porque la felicidad iba rozando la vida de la perra.

El otoño quiso adelantar su entrada y Luisa tuvo que pensar en volver a su pueblo. Todo fue muy precipitado.

El taxi llegó muy temprano. La Bove estaba ya esperando en la plaza a que Luisa abriera el balcón. Pero Luisa sabía el dolor que iba a sentir la perra y la miraba tras los visillos.

Bajó triste. Ella no podía llevársela ¡ojalá pudiera hacerlo! Abrazó a María diciéndole: —"Cuide la perra", y le temblaban los labios como si la despedida fuera de un ser muy querido; el abrazo que le daba a la patrona era para Bove, y el temblor de sus labios, por las palabras que no podía pronunciar sin llorar con tremenda amargura.

Pero ¿dónde estaba la perra? ¡Ingrata, se había ido, se había escondido, tal vez detrás de la cortina.. Fue a verla allí...; no estaba... El chófer hablaba muy alto: —¡Venga, fuera de mi coche...!

Allí estaba Bove, acurrucada en la parte de atrás. Se miraron las dos: los ojos serenos y el rabo en movimiento imparable, como una campana tocando a rebato.

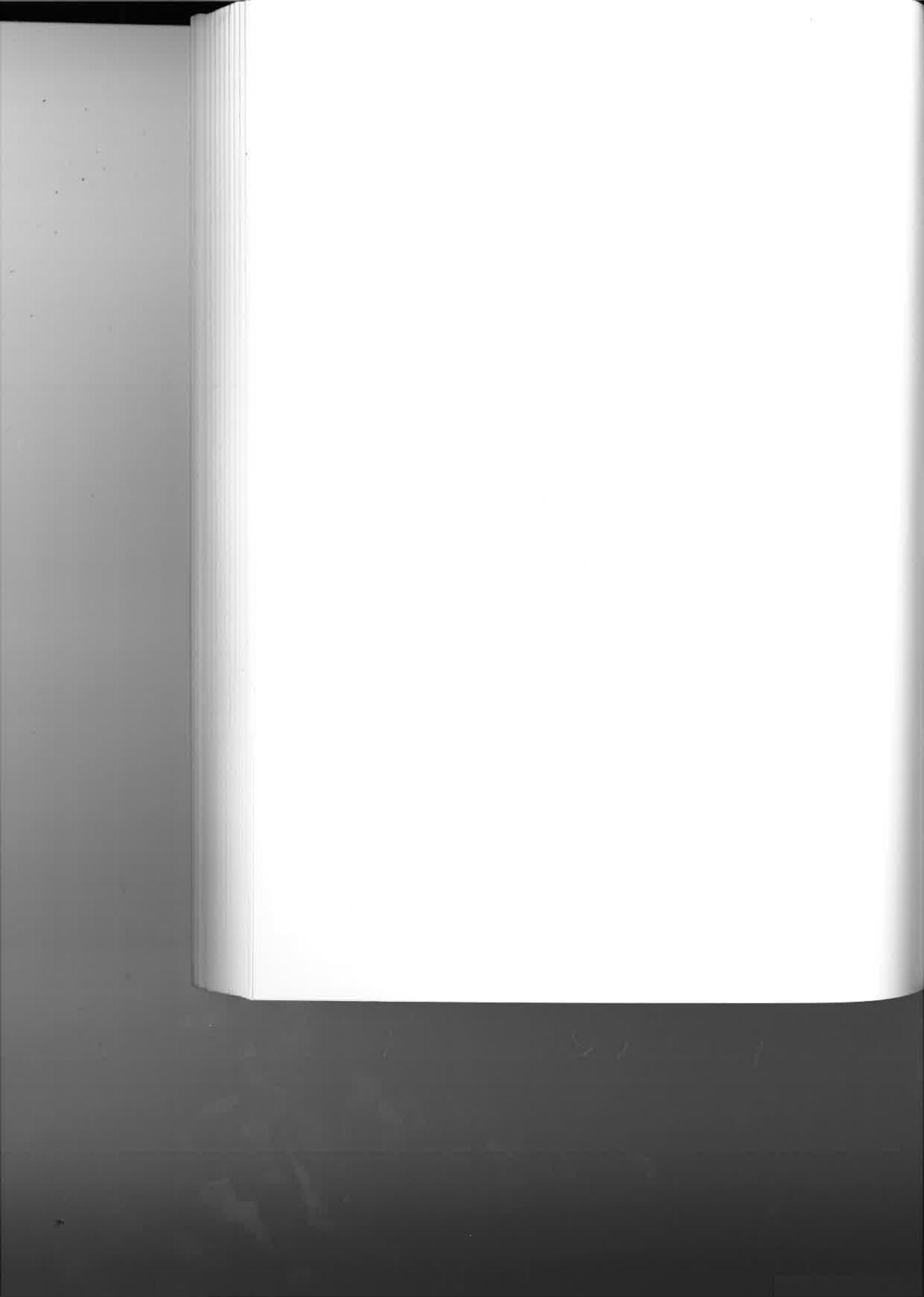
Luego, los ojos suplicantes del animal arrancaron lágrimas en los de Luisa...

Pasado el tiempo, Luisa era ya muy viejecita, aún sentía su corazón blando, blando, como si fuera a derretirse dentro de su frágil cuerpo, cuando revivía aquel momento de la despedida y los ojos suplicantes y confiados de Bove.

—¡No podía ser! ¡No podía ser...! Y allí quedó la perra, nuevamente martirizada, por un desengaño, por una ilusión rota...

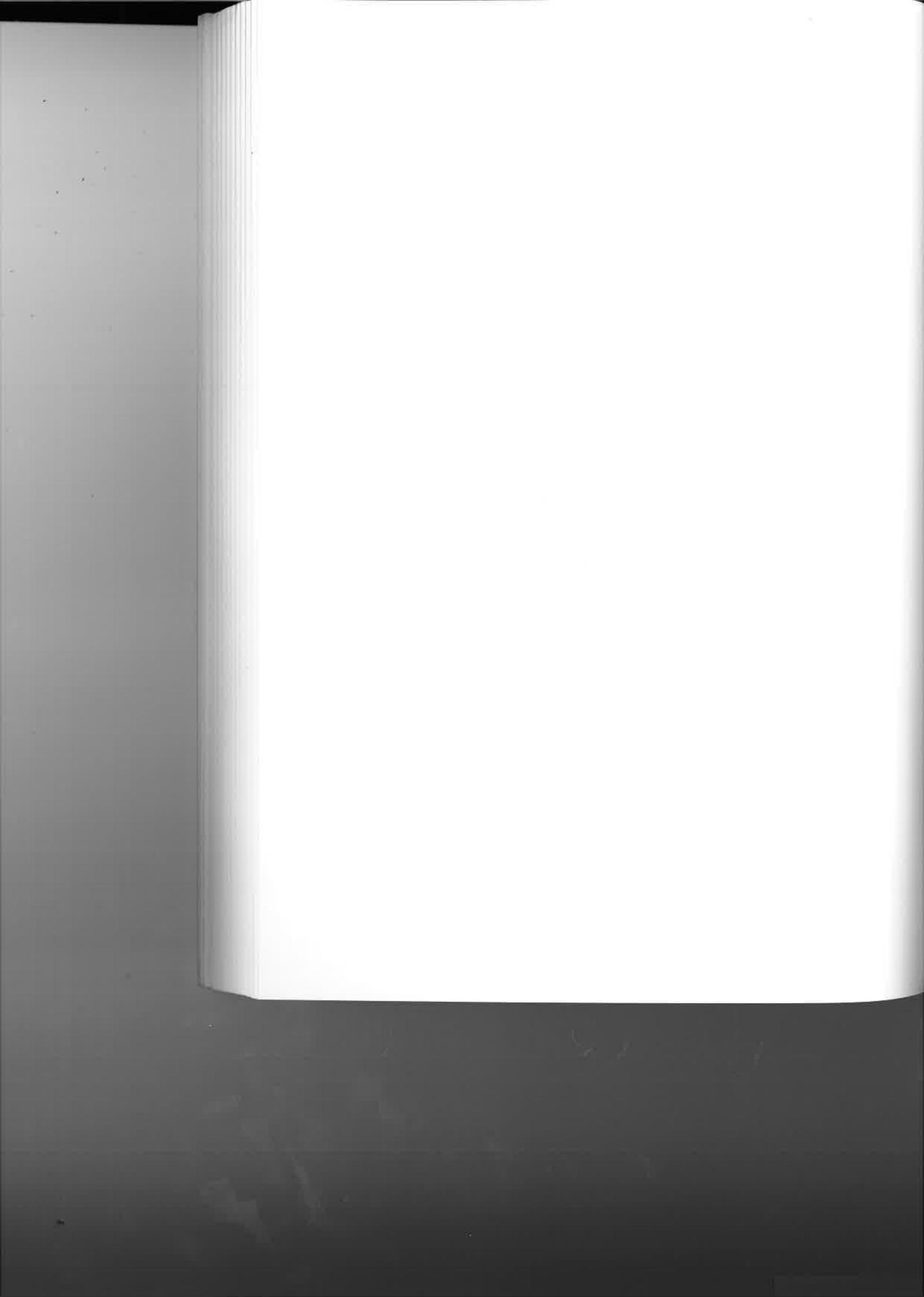
Puerto Real, 24 noviembre 1992

Paula Contreras



TENSA Y GOCÚ

*A Rafael Camilo
de su tía bisabuela.*



¡Qué calor! Mes de julio; y con este vestido de suaves pelitos que tan requetebién nos libra del frío del invierno en nuestra madriguera, donde no podemos disfrutar de un buen descanso como los lirones y otros seres. Nosotras hasta servimos de coplas a las madres humanas:

*¡Ea, la ea!
Mi niño duerme
Con los ojitos abiertos
Como la liebre.*

¡Qué cosas tienen esas gentes que se llaman personas! Lo más acertado es lo que dicen: "¡Estoy a salto de liebre!" Porque es verdad. Vivimos inquietos porque olisqueamos el peligro, saltamos de mata en mata, de terrón en terrón, o de piedra en piedra para salvar la vida. Salimos de la madriguera y antes de ver la amanecida nos llenamos el hociquito de olores. Nuestro hociquito es distinto a los de otros congéneres; nos embellece y nos facilita el comer; a los humanos les molesta nacer con la boca adornada por un labio partido por una o dos rajitas. Son nuestros enemigos: nos cazan, nos despellejan, nos trocean, nos asan o nos fríen porque somos comida exquisita para sus estómagos; a veces los vemos cubriéndose la cabeza, el cuerpo y los pies con nuestros propios pellejos, tan bonitos y suaves, para guardarse del frío; ¡y nos entra una pena! Les servimos de alimento, de adorno y de diversión. Dicen: "¡Vamos a correr liebres...!" ; y salen muy temprano a buscarnos con perros y escopetas.

Calculamos por los olores del campo cuándo llega el tiempo de la caza. Los olores son una señal de peligro o de tranquilidad. Los olores y los

sonidos; el vuelo de los pájaros, el rastrear de culebras, el canto de grillos y ranas, música de arroyos, lluvias, truenos y viento... ¡qué bien se está en el campo y eso no lo entienden los conejos que se dedican a comer, machear y parir ¡qué vida más buena, piensan en su esclavitud!

¡El campo! ¡La libertad! ¡Disfrutar con los machos! ¡Esto sí, que buena vida!

¡Ay, mi pancita! Están queriendo salir. ¿Serán muchos?... ¡Ay, mis hijitos, que se van a encontrar el alimento sin tener que correr para encontrarlo, pues mis tetitas se han hinchado y están como el botón de una flor a punto de estallar!

Hace calor, tengo hambre y no encuentro comida; corro y corro de un lado para otro y todo está seco, ¡ni siquiera una amapola!

Si unos galgos no hubieran venido aquel día, estaría hoy conmigo mi compañero ¡y qué compañero!, tenía las orejas más largas y derechas de todos los machos que he conocido. Nos gustábamos. Nos queríamos. El, grande, fuerte y suave; los dos, pardos y nos confundíamos con la tierra. — "Esperame en casa" —me decía, y volaba por los aires en cada salto. Yo quedaba en la madriguera a la espera, moviendo sin parar mi hociquito, nerviosa aunque segura de su vuelta.

Y llegaba como se fue, por el aire, y sus labios buscaban los míos, y sus patas delanteras las echaba sobre mis lomos y la suavidad de gusanito, de brisa caliente, de yerbita recién nacida, que tenía todo su cuerpo hacía que yo me meciese de gusto queriendo seguir siempre debajo de él en un abrazo eterno y morir en la caricia. — "Anda, sal tranquila a comer que no hay ni hombres ni perros" Y salía porque me empujaba costándome desprenderme de él y dejar de sentir el latido de su corazón y el movimiento estremecedor de su cuerpo.

Mientras yo estaba comiendo él vigilaba. Volvíamos retozones parándonos en sitios ocultos, tropezando con culebras y ratas y luego en la madriguera nos acurrucábamos para dormir, pero no lo hacíamos tranquilos porque siempre esperábamos algún enemigo del que había que defenderse. — "Tú, duerme tranquila" —me decía hociéndome en la cabeza, en las orejas, en la barriguita. Y cuando los lebretillos se movían dentro de mí, juntaba los labios y los paseaba por mi cuerpo. Yo me tendía sobre el lomo y él se reía, sí, se reía, con risita de liebre feliz, porque mis patas traseras tan largas eran un estorbo para su juego. — "Aquí están ellos", —decía y

pasaba las orejas por los bultitos que se movían, y me parecían plumones de algún pajarillo descuidado.

Estoy sola. Hace un calor muy grande.

Estoy sola, sola... Me buscan otros machos. Mejor sola. He pasado unos días en la madriguera sin comer, sin dormir y ya sin ganas de seguir viviendo.

El salió como siempre a prepararme el camino para atravesar el arroyo, donde siempre hay yerba. Quedé asomada al boquete para disfrutar mirando su cuerpo que parecía un extraño pájaro dibujando arcos en el aire.

Un estampido me arrugó el corazón y mis lebretillos se encogieron en sus bolsas. "¡No, no! me dije —¡ha sido un trueno! ¡es una tormenta!", — miré al cielo y estaba claro sin una nube, sólo una bandada de pajarillos pasaba; una sombra en el aire; el ladrido victorioso de un perro me cortó la respiración y la vista.

No volvió. El perro se alejaba y voces de hombres decían:

—¡Buena pieza! ¡Un buen tiro!

Quedé desamparada, huérfana y pobre. El miedo a los perros y los hombres me ha tenido encerrada y el hambre me ha sacado de la madriguera porque hoy espero echar de mi cuerpo los cuerpecitos de mis niños, y si no como algo, no tendré fuerza para parirlos.

Me atreví a salir. Atravesé la carretera y el campo, hasta llegar al arroyo donde las margaritas blancas se han atrevido a nacer, por eso las llaman locas; he devorado con ansia algunas yerbitas frescas por el rocío, y margaritas, muchas margaritas, y me he lavado las patas.

Beberé más y saltaré de miedo y de alegría hasta llegar a mi casa. Comería porque un poco más allá hay un roalito de yerba que parecía decirme: "Cómeme..." Pero no puedo. No puedo porque ellos quieren salir y están empujando, por eso me duelen las ancas y me cuesta trabajo saltar. "No podéis salir, hijos míos, porque estamos en peligro... Quietos, quietos, no os mováis que voy a dar otro salto, y otro, y otro... Ahora la carretera y enseguida, al otro lado, la madriguera tan segura... Otro salto... Viene un coche... "Quietos, que ya estamos muy cerca..." El coche... Me da tiempo... Salto... ¡Ay...!

Antonio y Camilo habían salido de la casa muy temprano "con la fresca" para ir a la viña a injertar y trabajar en las primeras horas antes de que el sol apretase y el trabajo no fuera tan penoso.

Antonio, alto, enjuto, de mirada alegre y bondadosa.

Camilo, el hijo, en plena juventud, de varonil belleza, conducía el coche. El trabajo en el campo era igual para ambos porque los dos tenían empuje y destreza y el mismo temor a los rayos solares.

Habían dejado atrás las calles y casas y corría el coche por la carretera que los conduciría a las viñas. A mitad del trayecto había que pasar por un antiguo puentecillo que salvaba un riachuelo que rara vez veía cubierto su lecho de agua porque ésta se había quedado en gran parte, fertilizando unas tierras de pequeñas ondulaciones, tan avarientas, que recogían y almacenaban el arroyuelo; al llegar y pasar por el puentecillo, descubría impudicamente las piedrecitas que no fueron capaces de retener ni una gota, y era como un reto que la tierra voceara con un largo lecho de margaritas amarillas la ruta del arroyito; cuando éste pasaba por el arco de piedra, las aguas se hacían visibles en su recorrido de tierra calma y olivares y las margaritas cambiaban el color amarillo del sol por el blanco de nieve; por allí bebían, se refrescaban los perros cuando salían los cazadores.

Antonio y Camilo iban callados hasta que el primero dijo:

—Nene, hemos tropezado con una piedra, baja y quítala para que no tropiecen otras personas.

Paró el coche y bajó el joven.

—No es una piedra. Hemos cogido una liebre ¡y qué grande!

También se apeó Antonio que al contemplar el animal exclamó admirado:

—¡Qué hermosa! —y se acercó.

La liebre atropellada estaba tendida en la carretera. Los dos hombres trazaron planes: recogerla, abrirla para extraerle las tripas, ya que el calor haría imposible el aprovechamiento de su carne. Lo hicieron así y Antonio, hecha por él la operación, observó:

—Nene ¿No ves que mondongo tan grande?

—Sí que es raro...

—Pero, nene, parece que esas tripas se mueven...

—Es que la liebre estaba preñada...

—Y a punto de parir...

Los dos miraban al animal, compadecidos.

—A ver, Camilo, alárgame la navaja de injertar.

Tenía la navaja una punta muy aguda, y Antonio, como el mejor cirujano avezado a practicar cesáreas, con la ternura que da el amor, rajó la bolsita y extrajo dos pequeñísimos seres que depositó en la capacha.

Los dedos de Antonio, largos, duros, callosos, torpes... ¿torpes? repentinamente suaves, sedosos y maternales.

En seguida empezaron las crías a querer andar —contaba Antonio más tarde, a la vuelta del trabajo, cuando le enseñó a Araceli, su mujer, los lebretillos.

También ella se compadeció de los huérfanos y preparó un recipiente adecuado para acunarlos provisionalmente.

Como una fiesta fue la vuelta del trabajo; despellejaron rápidamente a la liebre y la dejaron dispuesta para el banquete con arroz.

—Estos animalitos, que parecen bichos, tienen que comer.

¿Quién lo dijo? ¿Antonio, Araceli, Camilo? Tal vez todos a la vez y sobre la mesa apareció enseguida un vaso de leche y una jeringuilla, la de vacunar los perros, y ella, Araceli, como si de sus propios hijos se tratara, con tacto y suavidad de madre, les dio el primer biberón.

Dos veces al día cuidaba los estomaguitos y de cada vez iba notando que crecían, que abultaban y que precisaban una cuna mayor. En el corral jardín, adosado a la pared, construyó Camilo una amplia y espaciosa jaula para sus retozos.

—Siempre están jugando a las carreras.

—¿Se escapan?

—No podrán salir nunca por su cuenta.

Y seguía explicando: —Ya no quieren biberones— se reía al decirlo pensando en la jeringuilla que servía para vacunar a sus perros —ya lo que quieren es comer y les doy trigo y pienso, de esos que venden ya preparados. Son macho y hembra, ¡vamos! niño y niña. Los cuerpecitos se llenaron a los pocos días de una pelusita y pronto tendrán pelo y se les agrandarán las orejas... Mi nieto, Rafael Camilo, se pasa las horas mirando a la pareja. Yo los llamo: "Cuqui", y se acercan los dos para comer, pero mi nieto, ocho añitos, les ha puesto nombres: Tensa y Gocú y parece que saben como se llama cada uno; sólo se diferencian a simple vista por el tamaño: Gocú es más grande.

Todos felices en la casa. Felices también los lebratos que, al paso que llevaban, pronto serían liebres.

Corrían, corrían y hasta saltaban porque las dimensiones de la jaula se lo permitían.

Pero...

¿Qué sabemos de ellos? ¿Y qué del instinto? Tal vez Gocú planeara algo, porque aquellos saltos que daba en un terreno bastante grande, pero liso y plano, fueran protesta por el encierro.

Ellos apeteían salir, corretear el patio, comer las plantas de los arriates y de las macetas y salir fuera de la casa, buscar un sitio grande, grande, que lo presentían. Empezaron a escarbar con el hocico y las patas en el suelo y en la pared. Se afanaron inútilmente porque el piso era de cemento y la pared de ladrillos.

—No importa —pudieron decir— cuando pase más tiempo seremos fuertes y podremos escaparnos.

Porque ambos soñaban con la libertad. "¿Porqué nuestras patas traseras son más largas que las otras? Para saltar. Somos capaces de saltar este patio en uno o dos saltos. Necesitamos salir y entonces seremos felices".

¿Pueden soñar estos seres?

Ellos sabían que fuera de la jaula había otra vida llena de sorpresas. Fuera de la jaula podrían saltar, correr y huir. ¿Huir de qué? ¿Qué podrían saber de peligros? ¿Avisa el instinto? ¿Cuándo? Tensa y Gocú hacían planes: el campo estaba lleno de seres como ellos, de tierra blanda, de árboles, de yerba, de... ¿qué más? Ni el, ni ella, querían seguir pensando en

eso, porque algo muy dentro, muy dentro, les hacía temblar al llegar a ese punto que todavía no sabían cuál era.

Lo supieron un día.

Era un claro y caliente agosto. Rafael Camilo, como cada tarde, se acercó a la jaula.

—Tensa, Gocú; ¡qué grandotes! —y les regalaba yerbitas, casi secas, y siempre flácidas que él se procuraba.

Pero con Rafael Camilo llegó un ser espantoso, que comenzó a gritar y a querer entrar en la jaula. Los lebetos se arrinconaron y sus cuerpecitos de terciopelo se movían convulsos y acelerados.

Araceli echó al perro fuera del patio, pero Tensa y Gocú no osaron separarse. Poco a poco, sus lomitos se apaciguaron, pero sus esperanzas de felicidad se desgajaron, como las hojas marchitas de un árbol viejo.

Tensa y Gocú habían envejecido en unos dolorosos minutos; la libertad tiene un peligro, les dijo su instinto y les dijo más aún: los hombres y los perros son nuestros enemigos mayores; ya no estaban tan contentos, ni deseaban la visita del niño que podría venir acompañado del perro.

Por eso, Tensa y Gocú no dejaron de comer, de crecer y de ejercitarse cada día en carreras y saltos. Brillaban sus lomos como alisados con unto, y las barriguitas se adivinaban sedosas y mullidas; tan hermosas estaban que parecían liebres adultas, y planeaban la huida a pesar de los peligros.

Saldrían de la jaula atacando a las maderas. Fue una idea luminosa: roerían los palos y ante la certeza de la escapada, comenzaron a saltar de júbilo, libertad...

Araceli estaba en el patio regando unas macetas mientras observaba la alegría de los animales. Era una bonita tarde: clara, perfumada y llena de murmullos inefables. De pronto un estallido, un golpe duro, algo que se rompe y miró alarmada: Gocú, en un salto gigante, chocó contra el techo de su prisión y cayó herido en una patita; Tensa, a su lado, movía las orejas asustadas.

Araceli sacó a Gocú y se lo llevó a la casa.

—¿Qué hiciste con él?

—Tenía la pata hecha trizas y hubo que matarlo para que dejara de sufrir.

—¿Lo guisaste?

—¿Guisarlo...? No podía, lo había criado y le tomé cariño.

¿Y Tensa? Acurrucada, moviendo sin cesar su hociquito, como si quisiera hablar y descubrir sus sentimientos de dolorosa soledad. Pocas carreras y pocos saltos ya en adelante porque no necesitaba entrenamiento.

Estrellas, luna, sol, pájaros, niños, flores y soledad.

Tranquilidad, seguridad, cuidados, alimentos y soledad.

Comida, agua, aire, rincón amable y soledad.

¡Pobre Tensa!

Y una tarde, cuando ya el sol iba de recogida, Tensa tuvo una visita que le hizo cambiar su vida alejando la soledad de aquellos tristes días. La tarde había refrescado un poco, en parte porque Araceli había regado las macetas y los arriates; salió sin terminar la faena dejando el cubo con agua casi al borde en medio del patio, y en aquel momento, voló hasta el cubo un pardo y sediento gorrión. Tensa alzó más sus orejas y dejó de mover el hociquito, acercándose curiosa a los barrotos.

—¿Quién eres? —preguntó autoritaria por ser dueña del territorio y del entorno— ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres...? Habla.

Y el gorrioncillo, tragando un buchito, alzó el pico mirando al cielo, para agradecer el bien del agua y no contestó.

—¡Habla! —y Tensa comenzó a mover sus labios impaciente— ¿De dónde vienes?

—Vengo de ahí arriba, de jugar con los árboles y el viento.

—¿Quién eres?

—Soy el hermano gorrión ¿Y tú?

—Yo soy la liebre Tensa, como me llama el niño.

—¿Qué niño? ¿Hay aquí un niño? Me asustan los niños, porque nos destrozan los nidos y nos roban las crías...

—Este niño es bueno, me trae la comida y me limpia la casa.

Apareció, casualmente por el patio, Rafael Camilo, llevando de una correa a un hermoso perro.

¡Horror! El hermano gorrión dio un vuelo y Tensa se replegó hasta la pared y temblaba tanto que su cuerpo parecía contener azogue.

—No te asustes, Tensa, que no te hará nada mi perro, no te asustes...
—decía Rafael Camilo.

Pero la liebre estaba tan asustada que no podía oír las palabras del niño. Araceli reprendió al nieto:

—Le estas haciendo sufrir ¿Cómo se te ha ocurrido traer al perro?

Entretanto el niño libraba al animal de la correa y le hablaba como a un igual.

—No, hombre, ¡tranquilo! ¡No asustes a la Tensa...!; tenéis que ser amigos.

El perro pareció escuchar bajando la cabeza y la alzó cuando Rafael Camilo terminó de hacerle las advertencias; lo miró fijamente e inició un tímido movimiento de su cola; era mucho pedir a un perro cazador, pero había entendido y prometió obediencia; ambos se entendían, pero la liebre seguía temblando en el rinconcito y el gorrión miraba temeroso desde la barda la terrible situación.

Al día siguiente volvió el hermano gorrión y no estaba el cubo del agua en el patio; rebuscó sobre los arriates y bebió las gotitas que habían quedado en las azucenas y en las rosas; al acercarse a la jaula descubrió con alborozo unos granos de trigo que una legión de hormigas intentaba arrastrar y las ahuyentó abanicándolas con sus alas y todos los granos fueron engullidos y depositados en su buche. Quedó un rato en el techo de la jaula conversando con su amiga, enterándola de las maravillas del mundo.

—... Pero algunos hombres lo estropean y seríamos felices sin ellos, porque nosotros los gorriones teniendo aire, agua, árboles, y trigo estamos contentos; nos buscamos unas gorrionas y nos ennoviamos; nosotros ponemos el nido y ella los huevos...

Cuando quedaba sola, rumiaba las palabras del gorrión y no comprendía muchas cosas; no comprendía por qué eran perseguidos los animales

por las personas y por otros animales; no comprendía el por qué las liebres tenían que esconderse en las madrigueras y no disfrutaban en paz correteando encima de la tierra y de las piedras. Todo era muy raro.

Todas las tardes venía el amigo que le enseñaba las cosas que él conocía y que ella no llegaba a comprender, porque a la vez, su nuevo amigo el perro también ejercía de profesor y la inocente liebre se hacía un lío.

—... No podemos remediarlo, Tensa, es algo que nos empuja a correr tras las liebres; a los hombres les divierte y nosotros cumplimos una obligación...

A la noche, los ruidos la sobresaltaban porque ya sabía lo que era el peligro y no dormía tranquila; ¡si estuviera con ella el Gocú! Y la noche era bonita; brillaban las estrellas y la luna; cantaban los gallos y algunos pájaros escondidos en los tejados y en las chimeneas; corrían por las paredes las salamanquesas, y los grillos no callaban nunca. Si conseguía dormir, el solo movimiento de una hoja cualquiera hacía que su corazón diera saltos dolorosos.

Y así pasaban los días y las noches desde que perdió a su hermano Gocú.

Una tarde, el hermano gorrión llegó más contento que otros días; bebió agua del cubo y se le hinchó el buche con tantos granos de trigo que metió dentro.

—Tengo gorriona, Tensa...; la encontré ayer; estaba entre las ramas de mi palmera. "¿Qué haces tú aquí?" —le pregunté. Y me dijo: "—Te esperaba..." y nos hemos hecho novios y tendremos que hacer un nido mayor...

Tensa quiso saber: —¿Un nido es igual que una madriguera?

Y se enteró de que vienen a cumplir el mismo servicio: el de cobijo, albergue, hogar, la casa en fin. Lo que no entendía era lo del emparejamiento por más que él se lo explicara muchas veces y sentía al escucharlo un calorillo muy suave por todo su cuerpo y un deseo enorme de tener junto a ella a un Gocú cualquiera, para hacer una madriguera y esperar hijitos. Y si callaba, soñador, el hermano gorrión, ella lo alentaba: "—Sigue, sigue ¿y qué más?" Y él: "—Entre las pechuguitas de mi gorriona habrá un huevo y luego..."

Tensa sentía angustia y restregaba su pancita por el duro suelo de cemento.

—Me voy porque, allí, mírala, en la bardilla está mi gorriona llamándome...

Quedó sola otra vez y torturada por sus nuevas sensaciones. La tarde había caído; los pájaros cruzaban el cielo como niños juguetones; las salamanquesas asomaban la cabeza por los desconchados de la pared; las hormigas salieron en ejército para rebuscar alimento; y ladraron perros; y paseó un gato por lo alto de la barda que miró a la jaula codicioso; unas nubes inocentes, una luna embrujada y estrellas, muchas estrellas...

¿Sueñan los animales?

Pues Tensa soñó y, sin haberla conocido jamás, vio en su sueño una hermosa y segura madriguera; vio un bosque de plantas y yerbas; se vio a sí misma en el fondo de la madriguera sintiendo un ruidito, como una respiración entrecortada, y el roce de un cuerpo que se acercaba con las orejas muy derechas arrastrándose por la mullida tierra: —¿Qué quieres? — le preguntó moviendo sus labios en una risa contenida de gusto: —¿Eres un Gocú? Te esperaba...

En su ensueño, le llegó la calma entre las patas del macho.

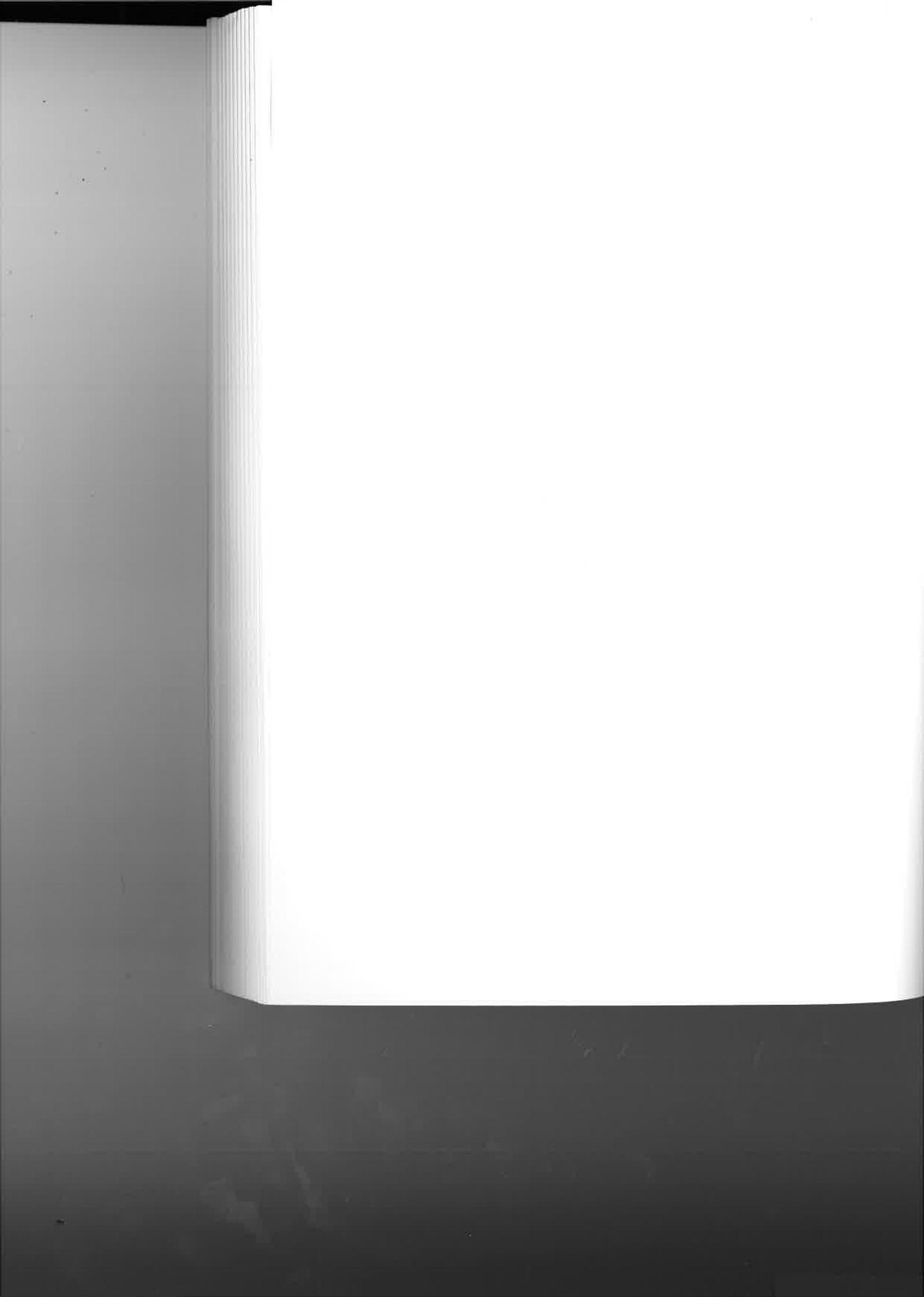
Al otro día Rafael Camilo, llamó a la abuela:

—Mira, ya está contenta y corre y da saltos...

¡Qué bueno es soñar...!

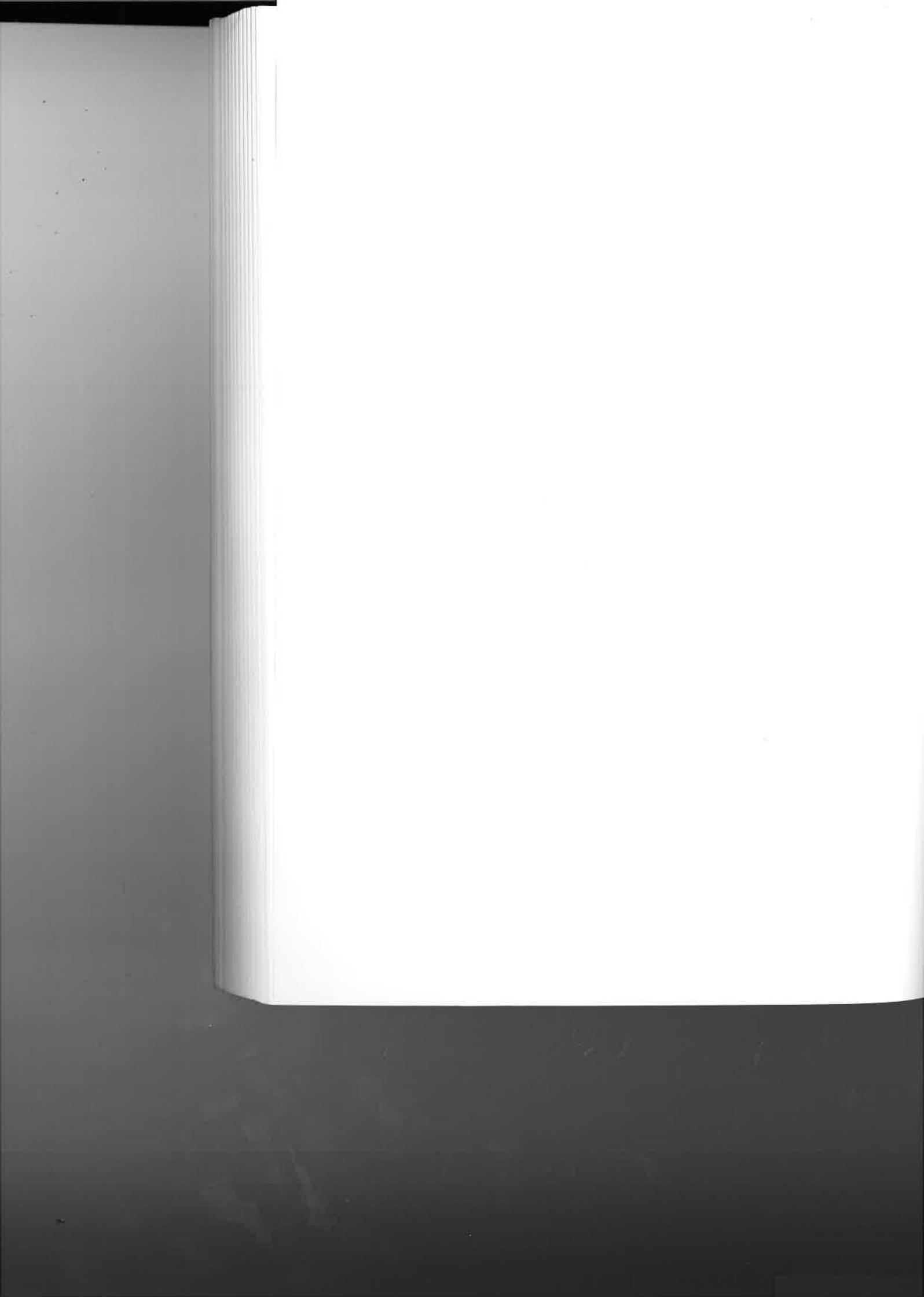
Puerto Real, 1993

Paula Contreras



LAS CAÑAS ABANDONADAS

A Carmen Muñoz Oliva



Somos once cañas, nacidas a la orilla de la alberca, junto a la huerta cercana a la casa; hemos vivido felices, pero ahora estamos lejos del cañaveral, en esta habitación encerrada sin aire y sin agua; ¿y de qué nos serviría mojarnos si hemos sido separadas de nuestras raíces a golpes de hachazos?

Un día, en plena felicidad, escuché una conversación entre un hombre y una mujer:

—Hay demasiadas cañas y a este paso se van a meter en la huerta y la destrozarán —dijo él,

y ella: —¡Son tan bonitas!

Yo sentí que los nudos de mi tallo se me apretaban suavemente, igual que los humanos rodean con su brazo a las cinturas de ellas; me parecía que los nudos me apretaban con cariño y por el hueco de mi cuerpo me subió un cosquilleo delicioso y mis hojas querían abrirse para agradecer el piropo. Porque fue un piropo.

Cuando los hombres quieren decir algo agradable se refieren a las flores, a las estrellas, a los pájaros y a la esbeltez de las cañas.

Habíamos formado un bosque entre todas. Las parejas de gorrioncillos se posaban en nuestras hojas, que, aunque raspan un poquito, como son envainadoras les parecerán cunas; llegan contentos y juntaban sus piquitos igual que las personas juntan sus bocas. Se llaman besos. Los humanos se dicen: "Es que te quiero", y después o antes se besan.

A nosotras nos besa el aire, el sol y el agua, ¡el agua!

Estoy muy triste porque nos moriremos poquito a poco. Pienso continuamente en la tranquilidad que teníamos al amparo de la alberca, disfrutando de la proximidad del agua que nos servía de espejo; verdes, derechas, moviéndonos en danza inimitable, al compás de la fuerza del viento del que nunca nos quejábamos. Algunos seres no están a gusto cuando sopla fuerte; los rosales ponen lacias sus hojas y en vano las rosas quieren erguirse para presumir de bonitas; los geráneos se agachan como si un dolor los abatiera cruelmente. Pocas flores hay a nuestro alrededor porque casi toda la tierra la ocupa la huerta; están las berengenas que se visten de gala palaciega; los tomates que al llegar a la sazón se ruborizan; los ajos, las cebollas, las coles, las coliflores, las lechugas, las patatas... Escuchaba a estos seres que se creen superiores presumiendo de que los hombres les prestan más atención y cuidados que a nosotras porque creen que no servimos para mucho ¡qué saben las hortalizas si apenas conocen el mundo! Y si las arrancan de la tierra con suavidad es porque sirven de alimento... Pero también nosotras somos alimentos y de los más preciados y dulces; somos una familia muy grande que no tiene desperdicio: proporcionamos el azúcar, que es indispensable para la salud y crecimiento de los humanos; la cañaduz tiene una vida corta; le hablaba de esto a una lechuga que estaba presumiendo de familia y gritaron como locas las patatas: "¡Para azúcar, los boniatos, las batatas, la remolacha!" ¡Qué vanidad!, desde entonces no quise hablar con ellas. A nosotras nos gusta ser como somos: una familia grande con pobres y ricos: el bambú, la de azúcar, la india y muchas, muchas... Nosotras nos sentimos felices porque somos útiles, necesarias y no pedimos ni mimos ni cuidados. Y eso que hacemos, dar sin pedir, se llama Amor.

Amor es una palabra que usan los hombres sin apenas pensar lo que significa: Amor es dar. Mis hermanas me lo dijeron una mañana, cuando todavía era muy pequeña; yo había nacido apuntando un botoncito verde en un tramo de rizoma; no veía bien el sitio porque mis hermanas eran altísimas; las más cercanas me dijeron:

—¡Hola, Pito!

Yo contesté: —Hola, no os veo.

Se movieron ruidosamente; luego supe que el aire la empujaba. Me parecía que llevaba ya mucho tiempo fuera del rizoma porque nada me era extraño y creí que apenas nacida lo sabía todo. Y no era así. Cierto que aprendía muy deprisa, tanto que antes de empezar a endurecerme conocía

la historia de mi familia. Me pasó un chorro de agua por encima —bueno, fueron unas gotitas, pero como yo era tan chiquitita todavía, me pareció mucha agua—, aquel fue mi primer baño y me entró el agua por todas partes y mis hojitas, que apenas se notaban porque se confundían con el cuerpo, las sentí estremecerse de gusto. Quería crecer y crecer para igualar a mis hermanas.

—No, Pito, no te agrandes y disfruta ahora.

A mi lado saltó una rana.

—Y tú, ¿qué haces? —le pregunté.

—Yo, cantar para llamar a mi amor— y dio otro salto y la perdí de vista.

Luego se acercaron algunas personas charlando y me gustaba oírlas aunque no las entendía. Unos niños se acomodaron en el suelo.

—¡Qué buena sombrita dan las cañas! —dijo una zagala, y añadió alborozada: —Mira, Juan, está brotando otra— se había agachado y tocaba con sus dedos la puntita de mi cuerpo, y eso que pudo ser una caricia porque los dedos de la niña eran suavísimos, no pude disfrutarla porque, a la vez, escuché algo que ahogó mi felicidad; decía Juan:

—Las cañas se reproducen tanto que llegan a ser peligrosas; de seguir así, se harán dueñas de la huerta y del campo; habrá que hacer una razia, una buena escabechina... Mañana con la fresca meteremos mano a la faena...

¡Ay, mis hermanas la que armaron! Yo estaba asustada temiendo también por mi vida que apenas había empezado; una caña grande, alta, oscuros sus nudos de color de madera vieja, (que yo aún no había visto) me dijo:

—Pito, cuando somos viejas se nos cambia el color tan bonito que tenemos en la juventud por el oscuro del tronco de algunos árboles; fíjate en mí; me cuesta trabajo tener hojas que tanto nos embellecen y que nos ayudan a cantar cuando el viento nos cosquillea...

Pude ver que, arriba, mi hermana tenía muy pocas hojas, su cuerpo estaba casi desnudo y, de trecho en trecho, los nudos oscuros, como aros de hierro, parecía que apretaban demasiado.

Quise empinar.me para conocer a todas mis hermanas y vi muy cerca que en otro rizoma había un bultito y comprendí que estaba a punto de nacer otra caña. Iba el sol paseando por el cielo; ¡qué bonito es el cielo y qué felices los pájaros que lo cruzan locos de contentos!, ¡me gustaría ser gorrión!

—No pienses tonterías, Pito; los pájarros que ves van buscando alimento y huyendo de los humanos que se divierten matándolos... Nosotras solo necesitamos para ser felices agua, sol y aire.

Se iba haciendo oscuro y se escuchaba una música nueva; una niña jugaba y cantaba al otro lado de la alberca. Vino el aire con prisa: "Moverse, moverse, holgazanas: —bromeaba—, y mis hermanas empezaron a mover los cuerpos y a chocar entre ellas como si repentinamente hubieran enloquecido; yo no podía moverme aunque el aire me soplabla invitándome:

—Anda Pito, aprende a bailar y a cantar.

—No puedo —contestaba yo.

La alberca se derramaba al empuje del viento y la niña dijo:

—Parece que el agua hace olas como el mar,

Desde la casa una mujer llamó:

—Lourdes, entra ya y vamos a comer que está viniendo la noche.

Pregunté: —¿Qué es la noche?

Y mi hermana, sin dejar de bailar, me contestó: —Ya lo sabrás.

Y esperé a que llegara. Estaba contenta. El agua que se escapaba de la alberca se remansaba en el entramado que forman los rizomas; de esto me di cuenta pasados unos días, cuando ya medía unos centímetros y se me estaba enroscando el primer anillo. Aquel primer día yo sentía y no sabía qué me pasaba; mis hermanas estaban ocupadísimas bailando y cantando; ¡sentía un gustito tan rico, era como si me auparan, como si el rizoma más cercano estuviera acariciando mi cuerpo y en la punta el aire me soplara besos; de pronto vi que en el cielo brillaba algo:

—Hermana, —dije entusiasmada —¡Ya conozco la noche! —y añadí loca de entusiasmo: —Las veo llegar ¡qué bonitas! ¡cuántas noches!

—Pito —me dijo— la noche es oscura y eso que brilla en el cielo son las estrellas...

—¡Me gustaría ser estrella! Pasé toda la noche mirándolas, escuchando a las ranas y estremeciéndome con las sacudidas de agua.

Hubo un rato en que mis hermanas y las ranas parecían dormidas, de tan quietas y calladas; entonces escuchaba otras cosas y otras músicas, porque a pesar del silencio, las cañas, las ranas, las estrellas y el aire hablaban y algunos pájaros parecían querer subir a jugar con las estrellas; el olor era cada vez más fuerte y más fresco; parecía salir de mi cuerpo.

—Todas las plantas, grandes y chicas, perfumamos la noche, Pito.

—¿Yo también?

—Tú también, como la yerbita y como el árbol.

—¡Qué bien! Soy útil. Y el orgullo hinchó mis hojitas que aún estaban formando un botón; toda la noche la pasé sintiendo las caricias del aire, del agua y de unos empujoncitos que en mis entrañas sentía, como palmaditas que me animaran: "¡Arriba, Pito, arriba...!"

Era un gozo que hacía sentirme sola con el agua y las estrellas; estas fueron perdiendo brillo poco a poco mientras el cielo perdía negrura ¿qué pasaba? El viento se hizo fino, fresco y traía un nuevo aroma; los pájaros de la noche habían callado su música extraña y asustadiza, y otros pájaros se revolcaban en el aire y el nuevo perfume se adueñó del ambiente. Entretanto el cielo barrió las estrellas y un polvillo líquido se derramó en gotas sobre la tierra.

—Es el rocío —me dijeron— es el regalo de cada amanecida y hemos de apresurarnos a absorber para que el sol no se lo beba.

—¿El sol? ¿Qué es el sol?

—Míralo: ya asoma.

¿Dónde tenía que mirar si mis hermanas me rodeaban y solo distinguía sus cuerpos, el cielo y algún que otro pájaro cruzándolo? Mis hermanas tenían un color fuerte en las hojas más altas; parecía que unos dedos dorados iban tocándolas una a una; luego, el cañaveral quedó como atravesado por hilos de fuego y todo el campo se llenó de luz, de colores y de

música; en mi cuerpecito ya no quedaba ni una gota de rocío, pero los dedos del sol me rozaron y sentí estremecerme de placer y me olvidé de todo: de mis hermanas, del agua y del aire, hasta que las voces alborozadas de unas personas me recordaron aquello que dijeron de: —"mañana con la fresca meteremos mano a la faena" —¡Qué angustia!— Y sin embargo mis hermanas estaban quietas sin hacer caso al aire que soplaba suavito para animarlas. Solo dijeron, con mucha serenidad, casi con alegría;

—Ya están los hombres ahí; nos cortaran a las más altas y fuertes.

—¿A tí? —pregunté a la más cercana.

—A mí, no... ¡Ay, Pito soy hermosa pero vieja y sirvo para poco! Al otro lado de la casa quieren hacer un porche y lo techarán con nosotras; escogerán a las más altas, fuertes y nuevas; querrán que todas tengan la misma altura y grosor; formaremos un toldo para dar sombra y fresco a la casa y disfrutaremos al escuchar: "¡Qué bien se está a la sombrita!" ¡Qué cañas más buenas! Porque nosotras disfrutamos sobre todo por cumplir cualquier misión, nos interponemos en este caso entre el sol y las personas que han de pasar en el porche parte de sus vidas; recibimos de lleno los ardores del sol, perdiendo día a día tersura, endureciéndonos y astillándonos hasta rompernos; cuando estamos aquí, en la tierra, nos doblamos y no nos partimos; allí, en ese toldo recibimos el agua de lluvia que nos lava y nos pudre. Mientras, vemos las estrellas y la luna más cerca; recogemos insectos que vienen desorientados; nos rozan las pancitas de las salamanquesas que acechan mosquitos para engullirlos; a veces se posan pajarillos. El sereno, esa humedad de la noche, acelera nuestra decadencia. Alguna planta trepadora nos adorna; las hormigas se refugian y las arañas tejen preparando la caza de moscas... Es una nueva vida insegura porque los niños suben para recoger alguna pelota y nos destrozan... Pito, las mayores adoramos el fuego porque es una muerte digna y útil al transformarnos en cenizas...

Mi hermana hablaba, hablaba...

—¿Sólo servimos para eso? ... Estás triste...

—Nunca estamos tristes, Pito, porque sabemos que Dios nos ha hecho nacer para el servicio de los hombres y de los demás seres. Nuestra misión es hermosa, porque ser útil a alguien es un bien para el servido y para el servidor, con nosotras hacen de todo: paredes, setos, muebles, cestas, cunas, bandejas, de todo lo imaginado por los hombres, Pito.

—¿Por qué me llamas Pito?

—Porque todas servimos para hacer pitos.

—¿Qué son pitos?

—Algo hermoso que los hombres hacen jugando con la boca, los dedos y el aire.

—Yo quiero ser pito.

—Se sufre cuando nos destinan a serlo; nos cortan el cuerpo desde abajo, lo tronchan por los nudos; toman un trozo, lo afilan por un extremo, lo agujerean..., y si no hacen bien esas tremendas heridas, lo tiran y hacen lo mismo con otro trozo y con otro, hasta que consiguen hacerlo bien, y es triste ver el suelo regado con nuestros pedazos sin que ni siquiera los quemem...

—Pero ¿el pito?

—El pito que por fin hacen es precioso y suena tan bonito que se podría echar apuestas con los canarios y jilgueros.

No me importaba que me rompieran en pedazos y ser pito porque así jugaría con el aire. Pensaba entonces así. Ahora he cambiado mucho; cambié cuando vi un canastito lleno de rosas que Lourdes, la niña de la casa, llevaba al brazo; quise con todas mis fuerzas llegar a mayor y ser otro igual; y cambié enseguida cuando vi que el canastito quedó abandonado entre el cañaveral y la huerta y que un perrazo estaba destrozándolo con sus patas y sus dientes; pasados unos días los pedazos del canastito estaban semienterrados en el camino. Yo seguía cambiando continuamente, hasta me decidí a ser bandeja para el pan cuando vi una preciosa, cubierta con un pañito de encaje, llena de bollos y con un clavel acostado entre ellos.

—¡Ilusiones, ilusiones de juventud! —me advertían mis hermanas — En eso te pareces a los humanos: alegrías y quimeras y nadie sabe nada. Solo el tiempo puede hablar.

—¿Qué es el tiempo?

—No lo sé... Dicen que es algo que pasa a nuestro lado y no lo vemos.

—¿Como el viento?

—El viento lo acompaña.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero los hombres hablan mucho de él y dicen cosas como estas: "... Hace tanto tiempo... Dentro del tiempo... ¿Qué tiempo hace? ¿Qué tiempo tienes? ¡Cuánto tiempo! No tengo tiempo. Haré un ratito de tiempo..."

—No me entero de nada.

—Yo tampoco —me contestó; chocó sus hojas con otra, empezó a cantar y a moverse con un vaivén de cuna.

Todo aquello pasaba, mientras crecía feliz y me hice alta, fina y con hojas verdes, largas y brillantes. Casi a la par que yo, nacieron y crecieron otras y formamos el rincón más bonito de aquella tierra.

... de aquella tierra, porque ya no estamos junto a la alberca, en el paraíso, con agua, aire, pájaros, niños, ranas, mariposas, estrellas, sol, rocío...

Eramos once. Bonitas y jóvenes...

Un día nos cortaron casi a ras del suelo; parte de nuestros cuerpos quedaron entre los rizomas, brotando por los bordes la preciosa savia que caía como lágrimas en la base hueca que alimentó nuestra fortaleza y altivez. Nos echaron en el suelo de un camión, revueltas en haz y sin atadizo. Atravesó el camión por campos, carretera y calles, hasta detenerse en una para descargarnos; entre dos hombres nos cogieron y nos tiraron al duro suelo de un local, y después nos fueron metiendo en lo que ellos decían ser un macetón, en cuyo interior habían colocado unos tacos de cemento para mantenernos erguidas, y nos colocaron en el sitio de mayor lucimiento formado por una pared completamente de cristal.

Aquí estamos: en un local donde se hace una Exposición de Trabajos; hechos por presos; presos son personas que no pueden estar con su familia, ni con los amigos, ni salir a la calle. Cuando oíamos estos comentarios, decíamos las once a la par: "Como nosotras". Porque estamos sin nuestros rizomas, sin agua, sin aire y sin luz; si, si, sin luz porque no vemos ni el sol ni las estrellas y el aire que entra por la puerta más nos asfixia que nos alivia, porque estos hombres que visitan y los que cuidan la Exposición fuman y llenan el local de humo; tampoco hay música de pájaros, solo palabras, muchas palabras que no entendemos y que nos apenan porque cuentan cosas de los presos y a cada momento dicen: —"¡Los pobres encerrados!" ¡Qué pena! —Después apagan las luces del local, cierran, se van y vuelven al día siguiente.

Y van pasando los días esperando no sabemos qué. Y nos hacemos ilusiones porque nos miran mucho y una mujer dijo hablando a otra y señalándonos: —"En mi salón estarían preciosas" ¿Nos repartirían? Con esta nueva ilusión aguantábamos que algunos hombres tiraran la colilla en el macetón, que rozaran con violencia nuestras hojas, que nos ensuciaran con el humo y que nos cerraran la puerta única entrada para el aire; la claridad nos llegaba de la luz artificial de la calle y de los establecimientos; hay una tienda, un bar y un puesto ambulante de chucherías; por la calle, mucha gente y jóvenes que pasean abrazados por el cuello o por la cintura; había un momento en la noche que el sufrimiento por el abandono, la indiferencia y la soledad se hacía insoportable: era cuando pasaba un ruidoso camión que parecía un cubo gigante lleno de agua ¡de agua! y un hombre sostenía una manguera por donde salía un chorro enorme de agua ¡de agua! para regar el suelo, y la veíamos resbalar por la pared de cristal y nos desesperábamos —"¡Por lo menos unas gotitas!". Se nos fue el color verde de nuestros tallos y de las hojas que se abatían vencidas por la sed.

En la mañana la tortura se suavizaba algo; aunque veíamos el sol, recibíamos su claridad, pero a medida que el día avanzaba y el sol también, sus rayos se clavaban en la pared de cristal y creíamos morir de dolor. La más pequeña de nosotras, a la que llamamos Cañita, nos animaba y nos hablaba del hombre joven preso en un sillón de ruedas y que era capaz de sonreír, aunque debía sufrir por no poder pasear por la calle, ni montar en bicicleta o andar con patines como algunos niños, o acompañar a una muchacha abrazando su talle, o entrar en el bar y beber, o entrar en la Exposición.

Y Cañita nos hizo observar la mirada de cariño de una señora que pasaba cada mañana y se detenía siempre para mirarnos; nos agrandó las ilusiones ¿y si nos llevara a su casa?

Clausuraron la Exposición y los objetos que no se habían vendido fueron embalados y cargados en un camión para llevarlos a su destino.

Cerraron la puerta y quedamos esperando.

Cada día pasaba la señora y se paraba ante la pared de cristal y la pena que reflejaban sus ojos al mirarnos era para nosotros un consuelo.

La pequeña, la Cañita, como la llamábamos, quiere poner conformidad en nuestra cárcel, pero cada vez que lo intenta aumenta nuestra tortura. Anoche volvieron a regar la calle y la manguera lavó la pared. Cañita decía:

—Mirad las gotitas que al resbalar se visten de colores con las luces de la calle.

Lo habíamos notado desde el primer riego; todas recordábamos el rocío a la salida del sol. Cañita siguió hablando:

—¿Os acordáis de la niña Lourdes cuando cantaba aquello de

*¡Valgame San Rafael
tener el agüita tan cerca
y no poderla beber...*

Hemos callado, Ella también. Nuestras hojas están lacias mirando al suelo, amarillentas como nuestros cuerpos. ¿Qué será de nosotras con este color de muerte, con esta rigidez quebradiza y esta flojedad en los anillos. No serviremos para nada y nos moriremos día a día.

¿Cuántos han pasado ya? Seguimos esperando sin ilusión, hasta Cañita ha dejado de hablar... porque no le hacemos caso...

Decía:

—Yo quería ser arrancada y servir de algún cestillo de costura, cesta grande para guardar ropa o acarrear cosas, o quedarme sola y vieja sirviendo de sosten a una enredadera o servir de palo de escoba y no morir así, sin apenas haber vivido, martirizada en esta cárcel asfixiante, que, hasta el sol...

—¡Calla, calla, Cañita!.. —hemos dicho todas a la vez...

No se le escuchó más. Parecía muerta pero aún tiene dos hojas tersas; podría vivir si llegara a tiempo el aire y el agua...

Pasan los días y todo sigue igual...

Dos hombres se acercan. Uno abre la puerta y entra el aire acariciándonos; intentamos bailar, nuestras hojas no tienen fuerza y solo se balancean con timidez.

—¡Cuánto has tardado Eolo! —nos quejamos.

—No me dejaban entrar.

Quería jugar con nosotras pero la incertidumbre de nuestro destino nos hacía hurañas.

Un hombre, el jefe, señalándonos ordenó:

—¡Esa porquería de cañas hay que llevarlas a la basura!

La humillación fue tan honda que aunque Eolo nos besaba y abrazaba con tiernísimo cariño nos sentimos desgraciadísimas e impotentes para agradecer la compasión del aire. Nos sacaron del macetón. El hombre se quejó:

—Las hojas de las cañas arañan, mira como han puesto mis manos— y mostraba las palmas con enrojecidas rayas.

Cañita quiso reír: —He sido yo.

—No está bien lo que has hecho...

—Son hombres y crueles.

—La venganza es enemiga del amor, Cañita, no lo olvides.

Y el jefe: —Arrancarles todas las hojas y echarlas en el camión...

Sufrimos otra vejación, pero ¿para qué detenernos en considerar por menores dolorosos que aumentan el sufrimiento? Nuestras hojas forman un montón en medio del salón; entró Eolo como una tromba y las esparció por el suelo. Cañita grita:

—¡Bien, bien, Eolito, sigue, sigue, que les cueste trabajo reunir las...!

Estamos de acuerdo con ella.

Ya nos meten en el camión. El aire viene con nosotras; algunas hojas se alzan y quieren escapar pero vuelven a caer en el montón. El camión sale del pueblo y acelera. Entonces se escapa la hoja; ¡qué envidia! Va bailando graciosamente, como un pájaro y después dejamos de verla.

—Es una loca —dije yo— porque entre el viento y el sol la convertirán en polvo.

Hemos llegado a una casa en el campo. Una mujer, con un niño en brazos pregunta:

—Juan ¿qué traes? ¿para qué necesitamos esas cañas? ¿y esas hojas secas?

Y Juan habla y todas temblamos de miedo.

—¿Las hojas? Para llenar la colchoneta. ¿Las cañas?; ya le daremos utilidad, por lo pronto ésta —y tomó en sus manos ¡benditas sean! a Cañita— esta, tan maja y recortadita, para que juegue el niño a montar a caballo; mira, ¿ves? —estaba cogiendo del suelo una cabeza de cartón — ¿ves? se le coloca así y ¡arre caballito!... ¿Las otras, dices? Pues mira, estas, tan parejitas, para formar valla entre el jardín y la huerta, y así no te quejarás de que pisemos tus violetas.

—¡Ay, Juan, tienes unas cosas!

—¡Es que te quiero tanto que solo pienso en que estés a gusto!

—Juan, Juan —llamaba la mujer —¿qué vas a hacer con esa caña tan larga que dejas aquí?

Se refiere a mí, que he quedado aislada en el porche; espero anhelante mientras me veo el cuerpo amarillento y desnudo, pensando que tal vez... Si. Sería bueno morir en el fuego.

Ellos siguen hablando:

—Son buenas cañas. Esa la clavaremos en el suelo para que sostenga al rosal trepador...

La alegría, como un pájaro, anidó en mi cuerpo.

Escuchando al hombre he sentido como si una lluvia fresca me estuviese bañando. Me olvido de todo. Quiero olvidarme del tiempo que estuvimos prisioneras y solo recordar la alberca, el cañaveral, las hojas, los pájaros... Volveré a verlos, y también a las estrellas, a la luna, al sol, al cielo, a las mariposas... Estoy viva y cumpliré una bonita misión al lado de un rosal; lo voy a sostener, le voy a ayudar y nos vamos a querer... ¡qué bien! Cuando el niño monte en el caballito diré: —"¡Hola, Cañita!" y ella dirá: —"¡Hola Pito!" —y desde el rosal veré a las otras. Estamos todas juntas otra vez y felices porque servir, ayudar, amparar, es lo que nuestro Creador nos pide, el que nos regala el aire y el agua... ¡Bendito Creador!

Pero ¿y las estrellas, el sol, los pájaros, los niños... Aquella Lourdes que cantaba como un ruiseñor?

*¡Valgame San Rafael
tener el agua tan cerca
y no poderla beber...!*

Y el pequeño de esta casa cuando le diga a Cañita: "¡Arre, caballo, arre!" y Cañita, como yo, como las otras, como las que están sirviendo de todo, rebosan de felicidad, como la alberca rebosa agua cuando llueve.

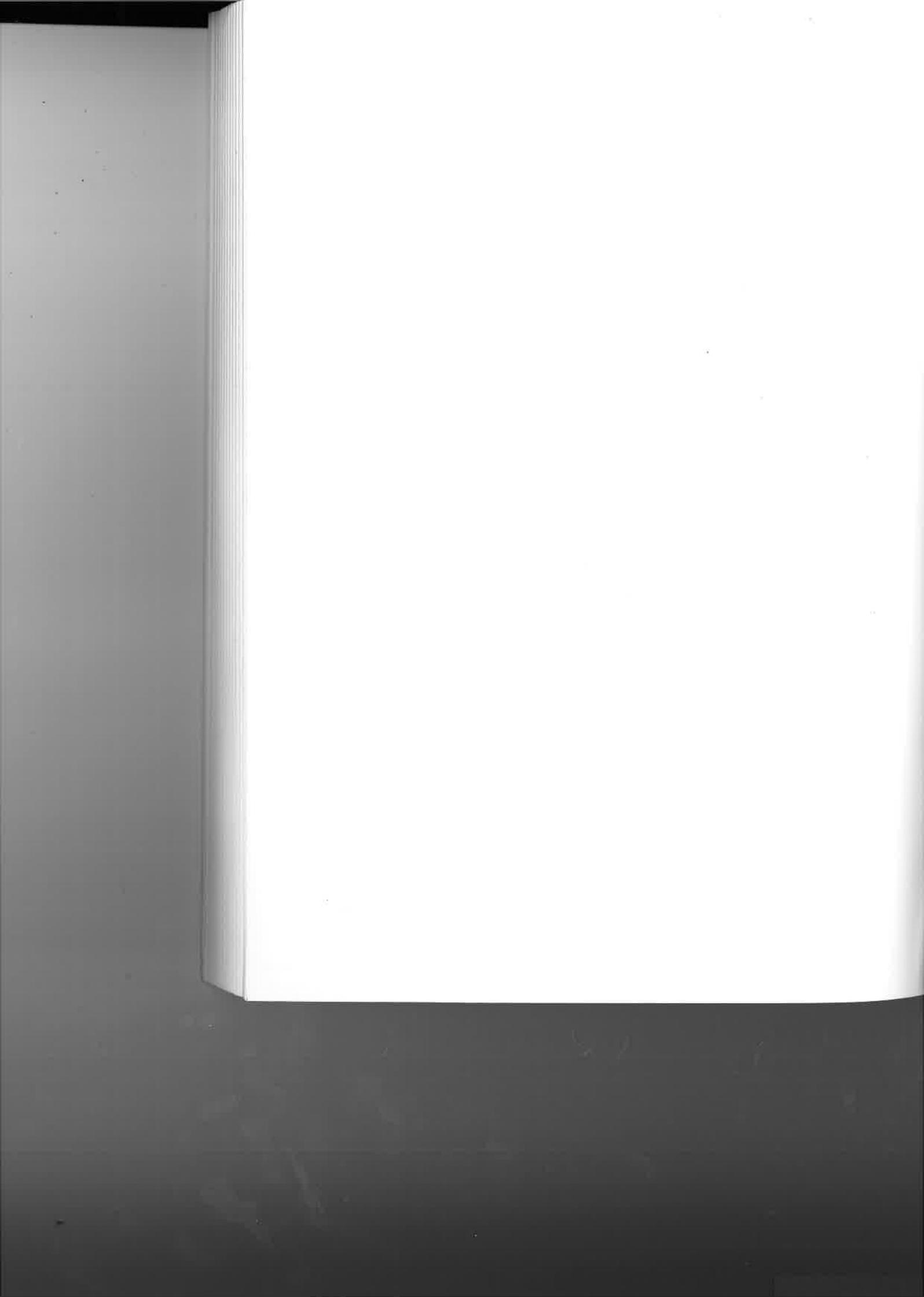
Me están moviendo —Eres tú, Eolo, ¡qué alegría me dan tus besos!

—Pero ya no podrás bailar porque dañarías a las rosas...

—No bailaré, Eolo, pero ellas nos perfumarán cuando llegues y defenderé al rosal de tus embestidas, porque tú a veces traes mucha fuerza... ¡Qué felicidad tan grande da el Amor!

Puerto Real, 1993

Paula Contreras



Aquí acaban estos primeros cuentos.
Los segundos y acaso los terceros,
contando con la ayuda divina,
vendrán pronto.

Granada, Navidad 93

